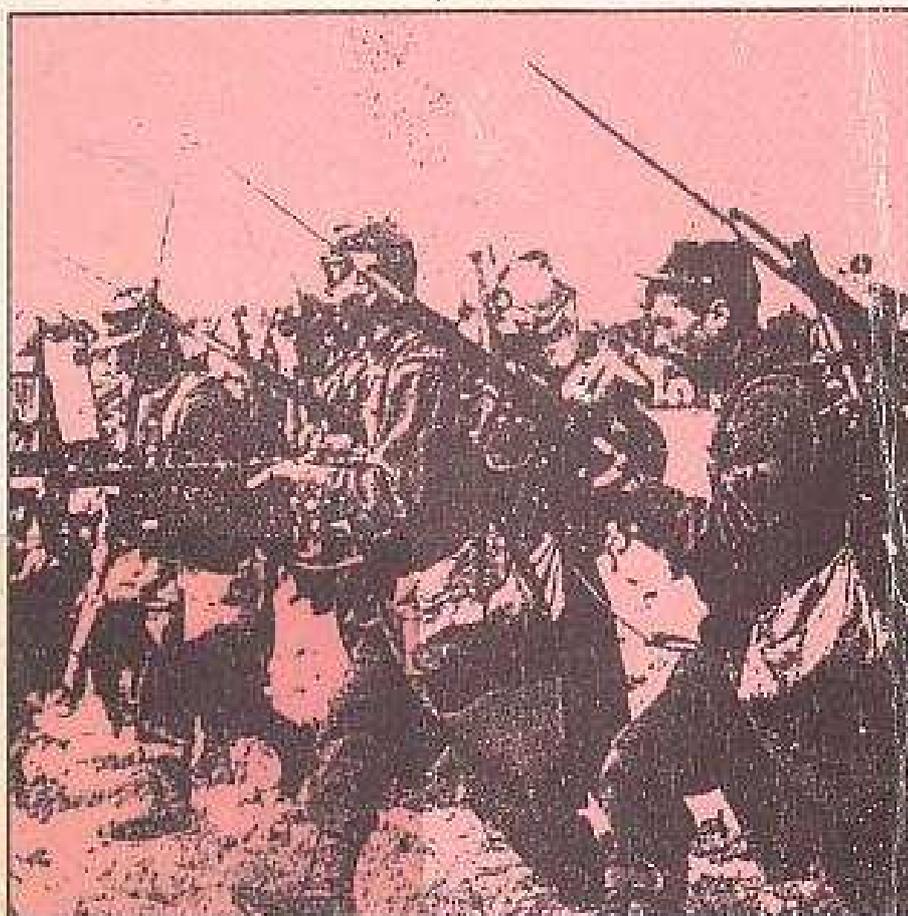


COLECCION
¿qué sé?

NUEVO LANZAMIENTO

LA PRIMERA GUERRA MUNDIAL

Pierre Renouvin



oikos-tau

que sais-je?

EN LENGUA CASTELLANA

N.º 78

LA PRIMERA GUERRA MUNDIAL

POR

PIERRE RENOUVIN

*Miembro del «Institut de France» Decano honorario de la Facultad de Letras y Ciencias
Humanas de París*

¿que sé?

oikos-tau, s. a. – ediciones

APARTADO 5347 - BARCELONA
VILASSAR DE MAR - BARCELONA - ESPAÑA
ISBN 84-281-0201-5
Depósito Legal: B-37.254-1989

Traducción de Jordi García Jacas

Primera edición en lengua castellana 1972
Segunda edición en lengua castellana 1983
Tercera edición en lengua castellana 1990

Título original de la obra:
«LA PREMIÈRE GUERRE MONDIALE»
par Pierre Renouvin

Copyright Presses Universitaires de France 1972
Derechos reservados para todos los países de habla castellana

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni la compilación en un sistema informático, ni la transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro o por otros medios, ni el préstamo, alquiler o cualquier otra forma de cesión del uso del ejemplar, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del Copyright.

Printed in Spain - Impreso en España
oikos-tau, s. a. - industrias gráficas y editorial Montserrat 12-14 - 08340
Vilassar de Mar (Barcelona)

Que sais-je?
EN CASTELLANO

«Cuando a comienzos de agosto de 1914 estalló la "Gran Guerra", Europa no había vivido ningún conflicto general desde las guerras napoleónicas. ¿Por qué después de un siglo todas las grandes potencias se vieron envueltas en una lucha "total"? Las circunstancias de una crisis diplomática no bastan para explicarla. Ante todo hay que tener en cuenta el estado de las relaciones internacionales en los diez años precedentes, en que la paz estuvo vacilando constantemente. Las causas profundas de esta precariedad radican por una parte en las manifestaciones del sentimiento nacional en forma de los movimientos protestatarios de las "minorías nacionales", o de los nacionalismos expansionistas de los grandes Estados; por otra, en la rivalidad de los intereses económicos y financieros. Estas corrientes del sentimiento nacional y estos intereses materiales habían contribuido, al mismo tiempo que las crisis políticas, a formar las mentalidades...» Con estas palabras inicia esta obra Pierre Renouvin, quien con mano maestra nos relata la azarosa historia de la Primera Guerra Mundial.



Algunas webs que contienen información e imágenes sobre la primera guerra mundial:

<http://www.ww1-propaganda-cards.com/>
http://www.nzhistory.net.nz/media_gallery/tid/131
<http://www.firstworldwar.com>

<http://netmole.blogspot.com/2008/09/collection-of-german-first-world-war.html>
<http://www.world-war-pictures.com/>
<http://www.teacheroz.com/wwi.htm>

Las ilustraciones de esta edición no corresponden al libro original (salvo los dos mapas); las fuentes de las mismas son las páginas webs que aparecen reseñadas más arriba [Nota del escaneador].

INTRODUCCIÓN

Cuando a comienzos de agosto de 1914 estalló «la Gran Guerra», Europa no había conocido ningún conflicto general desde el fin de las guerras napoleónicas. ¿Por qué después de un siglo todas las grandes potencias se vieron de nuevo envueltas en una lucha «total»? Las circunstancias de una crisis diplomática —la de julio de 1914— no bastan para explicarla. Ante todo, es necesario tener en cuenta el estado de las relaciones internacionales en el curso de los diez años precedentes. Entre 1904 y 1914, en cuatro ocasiones, Europa había visto surgir la amenaza de una guerra general: en 1905-1906, con ocasión de las iniciativas tomadas por Alemania para dificultar la expansión francesa en Marruecos; en febrero-marzo de 1909, a consecuencia de la anexión de Bosnia-Herzegovina por Austria-Hungría; en julio-agosto de 1911, con ocasión de la nueva crisis marroquí provocada por la política alemana; y en 1912-13, durante las dos guerras balcánicas, las cuales habían enfrentado peligrosamente los intereses de Rusia y de Austria-Hungría. Salvo en 1907 y en 1910, la paz había estado vacilando constantemente.

¿Cuáles eran las causas profundas de esta precariedad? Por una parte, las vigorosas manifestaciones del sentimiento nacional, bajo la forma de los movimientos protestatarios de las «minorías nacionales», o bien de los nacionalismos expansionistas de los grandes Estados; por otra, la rivalidad de los intereses económicos y financieros.

Estas corrientes del sentimiento nacional y estos intereses materiales habían contribuido, al mismo tiempo que las crisis políticas, a formar las mentalidades.

Mentalidad de los jefes de Estado o de gobierno: pensaban que esta guerra general, cuatro veces amenazadora, no tardaría en estallar. Unos la creían probable y otros necesaria (Guillermo II empleó esta palabra en una entrevista con el rey de Bélgica en noviembre de 1913). Tenían tendencia a razonar y a obrar como si la corriente fuera invencible. La mayor preocupación de cada uno era, pues, reforzar sus alianzas en interés de su seguridad.

Mentalidad de los estados mayores: tenían el deber de poner su ejército y su flota en posición de afrontar esta guerra; por lo tanto, querían aumentar los recursos en material y acrecentar los efectivos del tiempo de paz para reducir el plazo necesario a la movilización. La carrera de armamento terrestre entre Alemania, Francia y Rusia, y de armamento naval entre Alemania y Gran Bretaña, había sido la consecuencia de la tensión diplomática, pero también había contribuido a agravarla, pues los gobiernos, para hacer aceptar los nuevos impuestos militares, habían sido inducidos a hacer vibrar la «cuerda» nacionalista. En esta carrera de armamentos, el que poseía una superioridad y que sabía que esta ventaja sería tan sólo momentánea, estaba tentado de aprovecharla. Este era el estado de ánimo del estado mayor general alemán en 1913.

Mentalidad de los pueblos: prestaban más atención a la propaganda nacionalista que a los llamamientos pacifistas; después de estas alarmas repetidas, iban a experimentar una resignación fatalista ante la perspectiva de la guerra; ciertos medios pensaban incluso que, para escapar de la tensión nerviosa, sería mejor «ponerle fin». Después de un largo período de paz —aunque una paz un tanto inquieta—, estos pueblos no se daban cuenta de lo que iba a significar la llamada a las armas.

Era una atmósfera favorable para la explosión de un conflicto. No obstante, ¿parecía inminente esta guerra? Ciertamente, no. En los primeros meses de 1914, la «tensión» en las relaciones internacionales era menor que durante el año precedente. El embajador de Francia en Berlín escribía, el 12 de junio: «Estoy lejos de imaginar que en este momento haya en el aire algo que represente una amenaza para nosotros; todo lo contrario».

Pero, quince días más tarde, el asesinato por un bosnio del archiduque heredero de Austria-Hungría, Francisco Fernando, en Sarajevo —por consiguiente, un individuo austríaco, pero serbio por el sentimiento nacional—, abre la crisis internacional que conducirá a la guerra europea. El gobierno austrohúngaro reprocha al gobierno serbio una «complicidad indirecta» en el atentado, pues las armas del asesino provenían

de los arsenales de Belgrado; envía un ultimátum a Serbia después de tres semanas de reflexión, en el que pide, entre otras condiciones, la participación de agentes de la policía austriaca en la investigación emprendida en Belgrado para encontrar a los cómplices del atentado; cuando el gobierno serbio rechazó esta cláusula, Austria-Hungría le declaró la guerra (28 de julio).

La guerra austro-serbia provocó un conflicto austro-ruso: el gobierno del zar había anunciado, el 24 de julio, que no dejaría «aplastar a Serbia»; ante la noticia del bombardeo de Belgrado, decretó una movilización parcial, dirigida sólo contra Austria-Hungría (29 de julio); pero, como fuese que Alemania, aliada de Austria-Hungría desde hacía 35 años, declarara que no toleraría «la continuación de las medidas militares rusas», el zar promulgó, al día siguiente, la orden de movilización general (30 de julio).

Entonces, el conflicto austro-ruso se convierte en europeo. Alemania proclama el estado de «peligro de guerra» y el 31 de julio dirige un ultimátum a Rusia para exigir la retirada de las medidas de movilización; al mismo tiempo, pide a Francia, aliada de Rusia desde hacía 22 años, la promesa de permanecer neutral en una guerra germano-rusa. El gobierno francés rehúsa dar esta promesa, y decide, al mismo tiempo que el gobierno alemán, la movilización general. El 10 de agosto, por la noche, Alemania declara la guerra a Rusia. El 2 de agosto intima a Bélgica, a pesar del estatuto internacional de neutralidad que la protege, para que dé paso a sus ejércitos. El día 3 envía la declaración de guerra a Francia. Por la violación de la neutralidad belga, Gran Bretaña decide entrar en la guerra al lado de Francia y Rusia, mientras que Italia, aunque desde 1882 es aliada de Austria-Hungría y de Alemania, declara su neutralidad.

¿Por qué esta crisis no pudo ser solucionada por vía diplomática? El gobierno austrohúngaro quiso aprovechar la ocasión que le ofrecía el atentado de Sarajevo para destroz por la fuerza el movimiento nacional serbio. El gobierno ruso no consiente que Serbia sea aplastada, puesto que Austria-Hungría habría adquirido una situación preponderante en toda el área balcánica, la cual, desde hacía casi un siglo, era el teatro de una lucha de influencia entre los dos imperios. Alemania y Francia creyeron que la conservación de sus alianzas era indispensable. Gran Bretaña fue consciente de que sus intereses generales le pedían cerrar el camino a una hegemonía alemana sobre el continente.

En esta crisis de julio de 1914, ni los movimientos de opinión, ni la presión de los intereses económicos, llevarían a los gobiernos hacia la guerra; sólo las preocupaciones de seguridad, de potencia o de prestigio orientaron las decisiones. Ciertamente, ninguno de estos gobiernos había premeditado la guerra general. Pero Austria-Hungría y Alemania habían establecido un plan de acción de fuerza que, en una Europa inquieta, comportaba el riesgo de un gran conflicto; ellas fueron las que rehusaron toda solución diplomática; también fueron ellas las que, cuando se afirmó la resistencia de Rusia, prefirieron la guerra general antes que abandonar su plan.



CAPÍTULO PRIMERO

LAS POTENCIAS EUROPEAS FRENTE A FRENTE

En el momento de empezar las hostilidades, los dos Imperios Centrales (Alemania y Austria-Hungría) tienen como contrincantes a las potencias de la Entente: Francia, Rusia, Gran Bretaña (que el 5 de septiembre de 1914 se unieron en un pacto, en el que se comprometieron «a no firmar ninguna paz por separado en el curso de la presente guerra»), Bélgica y Serbia. De un lado, un bloque compacto de unos 120 millones de hombres que ocupan territorios contiguos. Del otro, 238 millones de hombres, pero repartidos geográficamente en tres masas separadas por grandes distancias.

La suerte de la guerra está directamente unida a la potencia de los medios militares y navales y al valor de los combatientes y de sus jefes. Pero la cantidad y la calidad de los armamentos dependen de la fuerza de producción y, por consiguiente, de los recursos económicos; el coraje y la voluntad de los soldados dependen, en gran parte, de la mentalidad colectiva; por último, cada una de las coaliciones se esfuerzan en atraerse nuevos Estados. Esfuerzos diplomáticos, fuerzas económicas y fuerzas morales son inseparables de la historia militar y naval de la guerra. ¿Cómo han evolucionado todas estas fuerzas en el curso del período «europeo» de la guerra, es decir, antes de que la intervención de Estados Unidos y el desfallecimiento de Rusia cambiaran el curso del conflicto?

I. — Las fuerzas militares y navales

En agosto de 1914, los dos Imperios Centrales pudieron alinear 147 divisiones de infantería activa o en la reserva y 22 divisiones de caballería. Las potencias de la Entente, a pesar de sus recursos demográficos, durante las primeras semanas de las operaciones sólo disponían de 167 divisiones de infantería (activa y reserva) y de 36 divisiones de caballería: Gran Bretaña, cuyo ejército permanente era muy modesto, sólo pudo alinear 5 divisiones de infantería; Rusia, a causa de la insuficiencia de su red ferroviaria, no pudo trasladar rápidamente al frente de combate las divisiones estacionadas en Siberia, Turquestán o en el Cáucaso y, a causa de la escasez de sus mandos, sólo pudo llamar a filas alrededor de un tercio de los hombres en edad militar. De hecho, los ejércitos alemán y francés, el valor de cuyos soldados y el de los mandos eran análogos, fueron los que estuvieron llamados a llevar la carga esencial de las operaciones: uno tiene 87 divisiones de infantería y 11 divisiones de caballería; el otro, 73 divisiones de infantería y 10 divisiones de caballería. El ejército alemán posee, además, una neta superioridad en artillería pesada de campaña, ametralladoras y vehículos automóviles¹.

Por supuesto, esta relación de las fuerzas militares sufrió incesantes modificaciones en el curso de los dos años siguientes. Los Imperios Centrales tenían reservas humanas que podían proveerlos fácilmente de armamentos. Rusia disponía de reservas mucho más importantes, pero tenía dificultad para utilizarlas, falta de oficialidad y de armamento. Gran Bretaña reclutó, por alistamientos voluntarios, un millón de hombres entre agosto de 1914 y abril de 1915. Únicamente Francia, puesto que soportó el peso principal de la lucha durante los primeros meses, no pudo aumentar

¹ Francia, aunque su población es inferior en más del 50 % a la de Alemania, consigue alinear fuerzas militares que tan sólo son inferiores en el 20 % a las de su adversario: este simple hecho permite medir la importancia del esfuerzo realizado por la nación francesa durante los años que precedieron a la guerra.

sensiblemente el número de sus divisiones.

Hasta 1916 no aparece una sensible debilitación de los efectivos en este desarrollo de las fuerzas armadas, por lo menos en los dos Estados que proporcionan el mayor esfuerzo. Alemania, donde las tropas son alistadas sin cesar, empieza a encontrar dificultades de reclutamiento. Francia, para mantener en línea el mismo número de divisiones, multiplica las medidas destinadas a «recuperar» para el servicio de armas los exentos, los considerados inútiles al ser llamados a filas, o los hombres enrolados en el servicio auxiliar; es decir, que el ejército cuenta con un buen número de combatientes cuya condición física es mediocre. Por el contrario, el ejército ruso, a pesar de las considerables pérdidas sufridas, aumenta sus efectivos combatientes a medida que recibe en verano, por los puertos de la costa septentrional, el material enviado por Gran Bretaña o Francia y los pedidos de armamento hechos al extranjero, a Japón y, sobre todo, Estados Unidos, que son transportados por el Transiberiano. El ejército británico se torna importante: en la primavera de 1916 tiene 70 divisiones en campaña; pero la oleada de alistamientos voluntarios, que había empezado a descender a fines de 1915, cesa rápidamente. Para formar nuevas divisiones es necesario establecer el servicio militar obligatorio, contrario a todas las tradiciones nacionales y a la doctrina del partido liberal, cuyos jefes están a la cabeza del gobierno. El Parlamento se resigna a ello y, por lentas etapas, toma medidas que, sin embargo, dejan subsistir numerosos casos de exención. La potencia de los armamentos después de dos años de guerra se ve, pues, acrecentada sensiblemente por doquier.

En cuanto a los armamentos navales, la relación de las fuerzas es evidentemente favorable a las potencias de la Entente. La marina de guerra rusa (8 acorazados y 22 cruceros) sólo puede tener un papel pasivo, ya que está encerrada en el mar Negro y en el Báltico. Francia ha concentrado en el Mediterráneo, en virtud de los acuerdos franco-británicos, casi la totalidad de sus fuerzas navales: 21 acorazados y 30 cruceros. En cualquier otra parte, la marina de guerra británica es la dueña de los mares gracias a sus bases navales y a sus cruceros: la Gran Flota, es decir, el grupo de escuadras que están preparadas para librar una batalla decisiva en el mar del Norte, cuenta con 28 acorazados, 4 cruceros de batalla y 8 cruceros acorazados. ¿Pueden los Imperios Centrales pensar en buscar el combate? En el Mediterráneo, las fuerzas navales austrohúngaras, aunque han sido reforzadas por 2 navíos alemanes, representan sólo la mitad, en acorazados y en cruceros de batalla, de las fuerzas francesas. La flota alemana, que desde 1900 había realizado considerables progresos bajo el impulso del almirante Tirpitz, es, no obstante, muy inferior a la flota inglesa: 40 acorazados contra 64, 4 cruceros de batalla contra 10, 50 pequeños cruceros contra 108; la flota de alta mar —la que tendrá que medirse con la Gran Flota británica el día en que reciba la orden— cuenta con 23 grandes unidades, mientras que el adversario tiene 32. Esta relación de las fuerzas sólo podría ser modificada muy lentamente teniendo en cuenta los largos plazos necesarios para la construcción de los grandes navíos de batalla. Y, los astilleros navales británicos, ¿no tenían una capacidad de producción superior a la de los astilleros alemanes? El almirantazgo alemán llevará su esfuerzo hacia la guerra submarina, pero serán precisos dos años y medio para que llegue a poseer recursos importantes en este terreno.

II. — Las perspectivas diplomáticas

Cada una de las dos coaliciones piensa, desde el principio de la guerra, en arrastrar al conflicto a algunos países neutrales europeos para intentar modificar en su provecho la balanza de las fuerzas. Ningún Estado neutral podía permanecer indiferente a la gran lucha de la que era espectador, ya que una modificación importante del estatuto territorial del continente y un cambio profundo del equilibrio entre las grandes potencias no dejarían de afectar su seguridad o sus intereses. Pero algunos tienen motivos inmediatos para seguir el curso de los acontecimientos con particular atención: estos son los que se quieren liberar de un dominio extranjero, una «minoría nacional»², y

² Ver pág. 18.

unir el territorio donde vive este grupo de poblaciones a su soberanía ¿Qué posibilidades ofrecen a los beligerantes los intereses nacionales de estos neutrales?

Turquía tiene sobrados motivos para temer la política rusa. El gobierno, dominado por el Comité «Jóvenes Turcos», el 2 de agosto de 1914 firma un tratado secreto de alianza con Alemania. Para ejecutar este tratado espera haber terminado sus preparativos militares. El 10 de noviembre de 1914 entra en la guerra y lanza a los pueblos islámicos una llamada a la guerra santa, que se torna peligrosa para los territorios extraeuropeos de Francia y Gran Bretaña, pero que, de hecho, sólo provoca conflictos locales.

Rumanía (7.500.000 habitantes) mira hacia las poblaciones de lengua rumana que viven en territorio ruso (Besarabia) o en territorio austrohúngaro (Transilvania, Banat de Timisoara, Bukovina). Los Imperios Centrales, desde el comienzo de las hostilidades, prometen Besarabia al gobierno rumano si ejecuta el tratado de alianza que le ataba desde 1883 a Austria-Hungría. La Entente le deja entrever que podría obtener Transilvania si toma partido a su favor. La declaración de neutralidad hecha por este gobierno el 3 de agosto de 1914 deja la puerta abierta a negociaciones con los dos grupos beligerantes, que van a proseguir hasta el verano de 1916.

Bulgaria (4.700.000 habitantes), derrotada en 1913 en la segunda guerra balcánica, no ha perdido la esperanza de un desquite: mira hacia Dobrudja, que debió ceder a Rumanía, pero principalmente hacia la Macedonia griega o serbia. Al encontrarse Serbia en una situación crítica, no es sorprendente que la política búlgara busque aprovecharse. Los Imperios Centrales están dispuestos a ofrecerle estas ventajas, mientras que Rusia sólo puede invocar los recuerdos históricos y la solidaridad eslava. La neutralidad búlgara no es más que una posición de espera, que terminará en otoño de 1915.

Grecia (4.800.000 habitantes) quiere defender, contra las codicias búlgaras, los territorios que ha adquirido en Macedonia; pero mira también hacia las poblaciones de lengua griega que, en las regiones litorales de Tracia oriental, de Asia menor y en las islas del mar Egeo, viven bajo el dominio turco: «liberar» estas poblaciones era la «gran idea» que había inspirado, luego de la formación del Estado griego moderno, la reivindicación nacional. Estos sentimientos y estos intereses deberían, pues, orientar la política griega hacia las potencias de la Entente: tal es la política del presidente del Consejo, Venizelos, que sólo ve en la neutralidad un expediente provisional. Pero el rey Constantino, cuñado de Guillermo II, está convencido de que la guerra europea concluirá con una victoria alemana; estima que la neutralidad está conforme con los intereses fundamentales de su Estado.

La actitud de Italia presenta una importancia distinta, puesto que este gran Estado (36 millones de habitantes) posee una fuerza militar y tiene en el Mediterráneo una posición estratégica esencial. Todos los medios políticos italianos estiman que la guerra europea ofrece la ocasión a las aspiraciones nacionales, ya que puede obligar a Austria-Hungría a abandonar la parte de sus territorios cuya población es italiana. Pero unos se contentarían con obtener la cesión del Trentino, y quizá también la concesión de un estatuto de autonomía a la ciudad de Trieste, creyendo posible conseguirlo por una negociación, sin tener que correr los riesgos de una guerra. Otros proponen la intervención al lado de la Entente, único medio de liberar todas las tierras «irredentas» y obtener el dominio del Adriático. La opinión pública está dividida: los partidarios de la intervención se reclutan entre los liberales de derecha, los francmasones, los demócrata-cristianos (que sólo son un grupo reducido), los socialistas reformistas o disidentes (Mussolini) y los republicanos; los neutralistas son los liberales de izquierda, el grueso de los católicos y la mayor parte de los socialistas y de los sindicalistas. El Parlamento se encuentra sensibilizado por la influencia de Giolitti, que ha dominado durante 12 años la vida política y apoya con toda su autoridad el movimiento neutralista. El gobierno, que preside Salandra, declara que sólo se inspirará en el «egoísmo sagrado» de Italia. A comienzos de 1915 negocia, pues, en los dos lados. Después de cuatro meses de ásperas negociaciones toma su decisión. No habiendo aceptado el gobierno austrohúngaro su programa adriático, firma con la Entente el tratado secreto del 26 de abril de 1915, que promete a Italia, además de los territorios de Austria-Hungría cuyas poblaciones son de lengua italiana, la mayor parte de la costa dalmata. Cuando la mayoría parlamentaria parece dispuesta a desaprobar tales compromisos, un movimiento de la opinión pública rompe esta resistencia. Italia es el único país donde se organizan, en las grandes ciudades, manifestaciones populares al grito de «Viva la guerra». El 20 de mayo de 1915, el Parlamento se resigna a votar los créditos militares.

III. — Las fuerzas económicas

Durante los primeros meses del conflicto, la actividad económica queda muy disminuida en

todos los Estados beligerantes, donde se cree en una guerra corta: cada uno cuenta con vivir de sus reservas. La perspectiva de una guerra larga descubre bruscamente graves problemas. Es preciso crear con toda urgencia una industria de guerra, pues el ejército sufre en todas partes una crisis de municiones y de material. Es necesario asegurar a la población civil los artículos alimenticios y los vestidos, a pesar de la enorme sangría que las necesidades del ejército efectúan sobre los recursos. En seguida aparece la escasez de mano de obra, ya que la movilización ha quitado del trabajo la mayor parte de los hombres de edad activa, tanto en la industria como en la agricultura. Por consiguiente, no puede contar con el libre juego de los intereses individuales para satisfacer las necesidades esenciales. Son necesarios la movilización de una gran parte de los recursos económicos y el control del Estado sobre todas las formas de producción.

No obstante, en esta movilización económica la participación no es la misma. Entre los beligerantes, unos deben vivir esencialmente de sus propios recursos o de los de sus vecinos más cercanos, mientras que los otros pueden recurrir ampliamente a las reservas de artículos, de materias primas e, incluso, a los medios de producción industrial que poseen los neutrales, sobre todo Estados Unidos. El dominio del mar asegura esta ventaja, y este dominio pertenece a Gran Bretaña y a Francia.

Gracias a su superioridad naval, estos dos Estados pueden declarar a los Imperios Centrales «en estado de bloqueo» y obstaculizar su abastecimiento en artículos alimenticios y en materias primas. Tienen el medio de destruir a los navíos mercantes enemigos que se aventuraran a salir de los puertos; desde el comienzo de las hostilidades someten a los navíos mercantes neutrales a un derecho de visita en alta mar para embargar las mercancías «destinadas al enemigo», incluidos los artículos alimenticios, sin respetar las reglas del Derecho fijadas en 1909 por una conferencia internacional. El gobierno alemán replica con una «guerra de corso» llevada a cabo por los submarinos.

La lucha económica prosigue, pues, «a expensas de los neutrales». Los armadores escandinavos, holandeses, incluso los americanos, se exponen a ver sus cargamentos apresados por los cruceros británicos y sus navíos torpedeados por los submarinos alemanes. Sus protestas son particularmente vehementes con respecto a Alemania, puesto que los submarinos no perdonan vidas humanas.

En esta guerra económica, Alemania es la más perjudicada. Y aunque es la mayor potencia industrial del continente, se ve privada de una gran parte de las importaciones que recibía en tiempos de paz. Desde 1915 se ve obligada a establecer un racionamiento en los artículos alimenticios.

IV. — Las fuerzas morales

El esfuerzo de los combatientes debe ser sostenido por un esfuerzo de la nación. ¿Conservará esta, a través de largas pruebas, la voluntad de vencer? ¿Está dispuesta a olvidar las querellas políticas o religiosas y los conflictos sociales, que la desviarían del esfuerzo esencial? En todos los Estados beligerantes, los gobiernos hacen, al mismo tiempo en que se empiezan las hostilidades, un apremiante llamamiento a la unión, el cual es generosamente escuchado.

¿Será duradera esta «unión sagrada»? Ciertamente, las divergencias de opinión deben afirmarse inevitablemente cuando se trata de apreciar las iniciativas del gobierno en el dominio económico o los métodos adoptados para la dirección de la guerra; tienen su eco en los debates parlamentarios; pero esta oposición no discute la necesidad del esfuerzo de guerra, sino al contrario: reprocha al gobierno de vacilar en tomar iniciativas más enérgicas. Al margen de estas dificultades menores, dos grandes fuerzas pueden amenazar la cohesión nacional. Una es la de los grupos de población que se consideran extranjeros en el Estado donde viven, porque no hablan la lengua o no practican la religión de los otros habitantes, porque no poseen el mismo patrimonio de recuerdos históricos y de tradiciones, o porque han sido atados a este Estado por la conquista: son las «minorías nacionales». La otra es el ideal internacionalista del socialismo.

La cuestión de las «minorías nacionales» tiene, desde los primeros meses de la guerra, un papel activo. Francia es el único de los Estados beligerantes que ignora estas dificultades. Alemania tiene en su territorio 5 millones de alógenos: alsacianoloreños, polacos de Posnanía y de Prusia occidental y daneses de Slesvig septentrional; pero estas minorías son numéricamente muy débiles

para pasar de la resistencia moral a la resistencia armada. Gran Bretaña se preocupa de la situación en Irlanda, donde la aplicación del estatuto de autonomía votado por el Parlamento británico había provocado en la primavera de 1914 una amenaza de guerra civil entre la provincia del Ulster, poblada mayoritariamente de protestantes, y las otras tres provincias, cuya población es católica; entre los nacionalistas de la Irlanda católica, ¿no intentarán los extremistas, aprovechando la crisis internacional, obtener no sólo la aplicación de la *Home Rule*, sino la independencia? En el imperio ruso viven de 25 a 30 millones de alógenos —polacos, letones y lituanos, finlandeses, rumanos de Besarabia y turcotártaros del Volga—, sin contar los numerosos judíos de las provincias del oeste; ahora bien, los dos grupos que tienen la conciencia nacional más activa ocupan las zonas limítrofes donde se van a desarrollar las operaciones militares. Por último, Austria-Hungría es el «Estado de nacionalidades» por excelencia. Las minorías nacionales —checos de Bohemia, polacos y rutenos de Galitzia, rumanos de Transilvania, eslovacos de Hungría septentrional, serbios, croatas y eslovenos de Hungría meridional, italianos del Trentino y de Istria— forman la mitad de la población; en su mayoría tienen una conciencia nacional activa y poseen una tradición política; ¿no pueden intentar, aprovechando la crisis internacional, liberarse del dominio de los alemanes de Austria o de los magiares de Hungría?

Estos movimientos nacionales ofrecen, pues, a los Estados beligerantes, un terreno de acción. Son las potencias de la Entente las que, en este campo de acción, encuentran las perspectivas más favorables, porque pueden atizar o explotar las fuerzas de disociación que amenazan a la monarquía austrohúngara.

La doctrina socialista internacional está en quiebra abierta. El Buró socialista internacional había pedido, el 29 de julio de 1914, a todas las organizaciones socialistas en los Estados amenazados por la guerra, que se lanzaran a vigorosas demostraciones para impedir el conflicto; no obtuvo nada. Por doquier las masas socialistas y casi todos sus jefes habían sido animados por un impulso patriótico: el sentimiento nacional había sumergido de golpe el ideal de solidaridad internacional de las clases obreras. Las grandes centrales sindicales no habían preparado huelgas ni manifestaciones. Los partidos socialistas habían dado su apoyo a sus respectivos gobiernos y votado los créditos de guerra. La adhesión de los grupos parlamentarios a la «unión sagrada» había sido unánime, tanto en París como en Berlín; en Londres, había sido casi unánime (sólo cuatro voces disidentes), a pesar de que el jefe del partido, Ramsay MacDonald, se declarara «neutralista»; en San Petersburgo, sólo algunos socialistas extremistas —una decena— habían votado contra la guerra: los representantes de la fracción extremista del partido socialdemócrata ruso, los *bolcheviques*, cuyo jefe, Lenin, vivía en el exilio. El Buró socialista internacional, consciente de su impotencia, no había intentado reaccionar.

La reanudación de las relaciones socialistas internacionales se efectúa, sin embargo, en septiembre de 1915. La iniciativa pertenece a socialistas neutrales, que reciben el apoyo de los dirigentes socialistas italianos (el único de estos dirigentes que hizo pasar el sentimiento nacional delante del internacional —Benito Mussolini— fue excluido del partido en enero de 1915). El grupo de bolcheviques refugiados en Suiza alrededor de Lenin o en París alrededor de Trotsky, los apoyan en seguida. Estos promotores quieren formar una nueva organización, que sustituiría al Buró socialista internacional, cuyo «desfallecimiento» es evidente, y que uniría a los socialistas fieles a la doctrina de la solidaridad obrera. Tal es el hito de la conferencia reunida en Zimmerwald, cerca de Berna, del 5 al 8 de septiembre de 1915. No agrupa más que a un pequeño número de militantes, una treintena, reclutados en Alemania dentro del grupo socialista independiente, en Gran Bretaña entre disidentes del partido laborista que han formado el *Independant Labor Party*, y en Francia entre los redactores del diario *La vie ouvrière*. No obstante, el Manifiesto que establece va a tener una gran difusión:

La guerra, «gigantesco matadero de hombres», es «el producto del imperialismo»; sólo puede conducir a «la quiebra de la civilización, a la depresión económica y a la reacción política», dice el Manifiesto. Los partidos socialistas y las organizaciones obreras que han aceptado la «unión sagrada» han faltado a su deber. Los miembros de la conferencia «que han permanecido fieles a la solidaridad internacional del proletariado y

a la lucha de clases» quieren reanudar la lucha «por la fraternidad de los pueblos, por el socialismo» y, también, la «lucha por la paz». Esta paz deberá pactarse «sin anexiones ni indemnizaciones de guerra», pero deberá respetar «el derecho de los pueblos a disponer de sí mismos», que es «el fundamento inquebrantable en el orden de las relaciones de nación a nación».

Este texto, redactado por Trotsky, fue considerado «timorato» por Lenin, que habría querido lanzar la consigna de «huelgas políticas» e, incluso, de «guerra civil». No obstante, Lenin no rehúsa participar en el nuevo movimiento, que tiene por órgano permanente una *Comisión Socialista Internacional* establecida en Berna (incluso no ha rehusado firmar el Manifiesto), pero organiza un grupo distinto, la «izquierda zimmerwaldiana»: la lucha por la paz —declara en su diario, el *Sozialdemokrat*— sólo es «fraseología» si no va ligada a la lucha de clases, a la lucha «revolucionaria» del proletariado.

Sin embargo, estas fuerzas de disociación que amenazan la unanimidad nacional, en 1914 y 1915 sólo tienen un papel episódico. La influencia de los «zimmerwaldianos» está restringida a pequeños grupos de militantes que son más pacifistas que revolucionarios. Las «minorías nacionales», incluso en Austria-Hungría, no son aún focos de resistencia activa. Estos gérmenes no pueden desarrollarse hasta la segunda mitad de 1916. Hasta entonces, la opinión pública, que se manifiesta en una prensa sometida a la censura, se adhiere, sin resistencias aparentes, al esfuerzo de la guerra. En los Estados que llevan el peso principal del conflicto, los medios políticos, la mayoría de los intelectuales y los representantes de los grandes intereses económicos, estiman que la nación debe legítimamente esperar del éxito de este esfuerzo un acrecentamiento de su potencia y de su prestigio. En Alemania, sobre todo, es donde se establece un amplio programa de anexiones y da lugar a importantes iniciativas. No es sorprendente, pues, que a partir de entonces el «mapa de guerra», a pesar del fracaso del primitivo plan del estado mayor alemán, sea ampliamente favorable al Reich.



CAPÍTULO II

EL FRACASO DEL PLAN DE GUERRA ALEMÁN

(AGOSTO-NOVIEMBRE DE 1914)

El plan de guerra alemán, fijado desde hacía 15 años, había previsto una gran ofensiva que sería dirigida inmediatamente contra Francia a través del territorio neutral de Bélgica: esta ofensiva desbordaría por el norte la línea de las fortalezas francesas y podría «en seis semanas» conducir a una victoria completa; seguidamente, todas las fuerzas alemanas se lanzarían contra Rusia. El Gran Estado Mayor concentra, pues, en su frente occidental, 78 divisiones que se van a enfrentar a 83 divisiones (72 francesas, 5 británicas y 6 belgas), emplazadas bajo tres mandos diferentes; ha dejado sólo 9 divisiones en su frente oriental, contando con las austrohúngaras para mantener a los rusos a raya hasta el momento en que se consiga la victoria en Francia. Está convencido de que la guerra será corta: cinco o seis meses a lo sumo; después de la derrota francesa, bastarán algunas grandes batallas en el frente oriental para resolverlo todo.

I. — La batalla de las fronteras

La primera parte de la maniobra —el envolvimiento estratégico— se desarrolla según las previsiones del estado mayor alemán.

El 18 de agosto, el ala derecha alemana, después de la toma de Lieja, empieza a desplegarse por Bélgica, hacia Bruselas y Namur, mientras que el grueso del ejército belga se repliega hacia el campo atrincherado de Amberes. El comandante en jefe francés, general Joffre, había establecido un plan de concentración, el «Plan XVII», en el que los ejércitos de primera línea tenían sus cuarteles generales en Rethel, Verdún, Neufchâteau y Epinal. Sin embargo, esperaba la violación de la neutralidad belga, pero pensaba que el ala derecha alemana se limitaría a penetrar en las Ardenas y no rebasaría el Mosa. ¿Por qué había llegado a esta convicción? Porque había subestimado la fuerza de esta ala derecha: no había considerado que las divisiones de reserva enemigas pudiesen ser alineadas desde las primeras batallas. También había previsto que provocaría dos ofensivas, una entre los Vosgos y el Mosela en la zona de las lagunas de Lorena y otra en el Luxemburgo belga. La toma de Lieja, la marcha de los alemanes hacia Bruselas y las advertencias del general Lanrezac, que manda el ala izquierda (el Quinto Ejército), no fueron suficientes para mostrarle su error: se limita a sacar de sus tropas de Lorena dos cuerpos de ejército para enviarlos al Mosa, en la región de Marienburgo. El movimiento envolvente de las fuerzas alemanas desborda, pues, ampliamente, el dispositivo francés: al norte de Thionville los alemanes tienen 52 divisiones y los franceses 32.

Sin embargo, Joffre mantiene su decisión de ofensiva: supone que, para extender su ala derecha hasta Bruselas, el enemigo ha debilitado seguramente los otros sectores del frente. En tres días se desvanecen sus esperanzas. Mientras que en Lorena el 20 de agosto las tropas de Castelnau se enfrentan en Morhange con posiciones organizadas que no puede cortar y retrocede hacia el Grand-Couronné de Nancy, las tropas de Langle de Cary libran el 22 de agosto la batalla de las Ardenas: aunque disponen de una neta superioridad numérica, estas tropas se consumen en vanos ataques en un terreno cubierto de árboles, donde la acción del mando es difícil; al día siguiente se ven obligadas a replegarse hacia el Mosa. El plan francés de ofensiva ha fracasado.

Al mismo tiempo, el mando alemán lanza su gran operación: la que debe asegurar el éxito del movimiento envolvente. Es la batalla de Charleroi (21 al 23 de agosto). El general Von Bülow, que manda el ala derecha alemana, dispone de 30 divisiones. Las tropas de Lanrezac están apoyadas por 4 divisiones británicas y 1 división belga: en total, 19 divisiones. Por la tarde del 23 de agosto

Lanrezac teme ser rodeado, ordena cesar el combate y repliega sus fuerzas hacia Givet.

La «batalla de las fronteras» acaba, pues, en todas partes, con una victoria alemana. Los ejércitos franceses conservan sólo un eje sólido en Lorena; en todo el resto del frente están en plena retirada. El general Von Moltke, comandante en jefe, da la orden de persecución el 27 de agosto. En 8 días de marchas forzadas, los ejércitos alemanes llegan al Marne. Sin embargo, el mando no ha obtenido el resultado que consideraba más importante: «tomar» el flanco izquierdo del adversario. Las tropas de Lanrezac y el cuerpo expedicionario británico se le han escapado. El 26 de agosto en Cateau y el 29 en Guise, estas fuerzas francobritánicas han conseguido librarse; el 31 pueden franquear el Marne en Château-Thierry antes que la vanguardia enemiga alcance los puentes. La victoria alemana es incompleta, dado que las fuerzas adversarias, a pesar de una agotadora retirada, han conservado su cohesión.

Sin embargo, Moltke mantiene la esperanza de envolver «la masa principal» de las fueras francesas. El 2 de septiembre da a sus tropas la orden de «empujar a los franceses lejos de París, en dirección sudeste». Para protegerse de la amenaza que constituye para su flanco la presencia del campo atrincherado de París, cuenta con el ala derecha de su ejército —el Primer Ejército (Kluck)—, que debe colocarse «escalonado hacia atrás», es decir, mantener la línea del Ourcq sin rebasar el Marne. De hecho, Kluck se limita a colocar en guardia de flanco uno de sus cuerpos de ejército y continúa la marcha adelante.

II. La batalla del Marne

Es entonces cuando empieza a perfilarse la réplica francesa. Desde el 25 de agosto, Joffre ha aprendido la lección de la «batalla de las fronteras»: ha buscado restablecer el equilibrio reforzando su ala izquierda. Gracias a ir sacando unidades de los otros sectores del frente, ha formado en el campo atrincherado de París, cuya guarnición estaba formada solamente por «reservistas», un nuevo ejército, el del general Maunoury, que el 10 de septiembre engloba 11 divisiones: este ejército tiene la misión de atacar por el flanco el ala alemana en ruta, cuando las circunstancias sean favorables.

¿En qué momento? El 3 de septiembre Joffre aún no lo sabe: piensa continuar la retirada «durante algunos días», pero conservando en las dos extremidades del frente —París y Verdún— los puntos de apoyo que permitirán reemprender la ofensiva. Al día siguiente advierte la aventurada situación del Primer Ejército alemán, cuya guardia de flanco es insuficiente. La ocasión es, pues, favorable. Es preciso aprovecharla inmediatamente. Joffre examina la posibilidad de llevar las tropas de Maunoury al sur del Marne, mientras que a Galliéni, comandante del campo atrincherado de París, quiere instalarlo al norte del río. En el primer caso, la batalla empezaría el día 7; en el segundo, el 6. Joffre, después de asegurarse de que el Quinto Ejército, en el que Lanrezac acaba de ser reemplazado por Franchet d'Espérey, y el cuerpo expedicionario británico están listos para reemprender la ofensiva, termina por aceptar el plan Galliéni. A las 22 horas del 4 de septiembre da su orden general: «Conviene aprovechar la situación aventurada del Primer Ejército alemán para concentrar en él los esfuerzos de los ejércitos aliados del flanco izquierdo».

En este mismo instante, Moltke, informado de las reducciones de fuerzas francesas en Lorena, comprende la gravedad de «la tempestad que marcha hacia París». Deja a sus tropas del centro continuar su marcha adelante, pero da la orden de ponerse «cara al este» a sus ejércitos del ala derecha (Kluck y Bülow). La formación de este frente defensivo no puede, sin embargo, ser inmediata, pues la mayor parte de las divisiones alemanas ya han franqueado el Marne, mientras que las tropas de Maunoury están preparadas para la acción al norte de este río.

A la hora en que se va a empezar la batalla del Marne, los dos adversarios tienen alineadas fuerzas más o menos iguales: Moltke tiene 75 divisiones; Joffre, 79. Pero los datos estratégicos dan ahora una clara ventaja a los francobritánicos. Mientras que en Charleroi los dos ejércitos alemanes de la derecha tenían 30 divisiones contra las 19 divisiones francobritánicas, ahora aquellos sólo tienen 20, mientras que los Aliados tienen 30. ¿Por qué estos dos ejércitos, cuya misión era decisiva, fueron privados de una gran parte de sus medios? Los alemanes enviaron 4 divisiones

frente a Amberes, reducto de la defensa belga; dejaron 3 frente a Maubeuge para sitiar la plaza y, por último, el 26 de agosto, pusieron a disposición del Gran Cuartel General 4 divisiones, enviadas el 29 como refuerzo hacia Prusia oriental. Sin duda habrían podido recibir, como compensación, unidades sacadas de los ejércitos de Lorena. Pero hasta el 4 de septiembre Moltke ignora los desplazamientos de fuerzas efectuados por Joffre, y no toma ninguna iniciativa a este respecto. Deslumbrado por los primeros éxitos, y convencido de que la derrota francesa era un hecho, debilitó su ala derecha sin prever la amplitud de la amenazadora réplica.

El 5 de septiembre por la tarde empieza la gran batalla, cuando en las elevaciones al oeste del Ourcq las tropas de Maunoury atacan la guardia de flanco del ejército de Kluck; en la tarde del 9, la victoria francesa es evidente. De hecho, en estos cuatro días en que los dos ejércitos se enfrentan con todas sus fuerzas, de las avanzadas de París a Verdún y de Verdún a los Vosgos, se distinguen perfectamente dos teatros de operaciones:

Al este del campo de Mailly, en el frente de Argonne, de los altos del Mosa y del Grand-Couronné de Nancy, los alemanes atacan en dirección sur; atacan también en la línea del Mosela y del Meurthe, de este a oeste; si estas dos ofensivas triunfaran, todo el saliente que forma el frente francés en Verdún estaría amenazado de ser rodeado. El día 8, durante algunas horas, el mando alemán cree en el éxito: se abre una brecha entre el Cuarto y Tercer Ejército francés, pero es subsanada por la entrada en liza de un cuerpo de ejército sacado tres días antes del frente de Lorena.

En la parte oeste del frente, los ejércitos franceses y el cuerpo expedicionario británico toman la ofensiva. De pronto, la situación de los dos ejércitos alemanes del ala derecha es difícil. Kluck, volviendo a traer a toda prisa sus divisiones al norte del Marne para evitar el ataque de Maunoury, abre una gran brecha entre sus tropas y las de Bülow: la línea del Petit-Morin es conservada por una simple cortina de caballería, que puede ser fácilmente arrasada. Los dos generales alemanes conocen bien este peligro, pero esperan que una acción vigorosa en los dos extremos de su frente de combate logre arrancar la victoria antes de que la brecha sea abierta. En el Ourcq, Kluck intenta envolver a las tropas de Maunoury por el norte; Bülow confía su mayor esfuerzo a su ala izquierda, a través de los pantanos de Saint-Gond, contra las divisiones de Foch. Estos esfuerzos alemanes no sirven para nada, pues el día 8 la línea del Petit-Morin es abierta, y el 9 por la mañana el cuerpo expedicionario británico atraviesa el Marne. Desde entonces, el Primer Ejército alemán está en peligro de ser atacado por la espalda y el Segundo por su flanco izquierdo. La retirada de estos dos ejércitos es inevitable.

Esta derrota sufrida por su ala derecha obliga a Moltke a detener su ofensiva en Lorena y a retrasar sus tropas del centro. El 10 cede todo el frente alemán. Pero la orden de persecución dada por Joffre no puede ejecutarse a la perfección, ya que la infantería y la caballería acusan el esfuerzo que han efectuado sin tregua desde la batalla de las fronteras, y en la artillería escasean las municiones. La entrada en combate de un nuevo ejército alemán, formado de divisiones sacadas de Lorena y de tropas que la capitulación de Maubeuge (8 de septiembre) ha devuelto disponibles, detiene la persecución francesa en la línea del Aisne.

Entonces, los comandantes en jefe de los dos lados se apresuran a extender su frente de combate hacia el noroeste y después hacia el norte, efectuando un desplazamiento lateral de sus fuerzas. Ambos se esfuerzan tanto en desbordar al adversario como en evitar esta amenaza. Es la «carrera hacia el mar».

Joffre alinea un nuevo ejército al sur de Amiens, que es rechazado el 25 de septiembre en el Somme; unos días más tarde lanza sin éxito, entre Arras y Béthune, nuevas fuerzas, y prepara en seguida otra ofensiva en la región de Lille, con la ayuda de las divisiones belgas que acaban de evacuar Amberes. Falkenhayn, que ha reemplazado a Moltke, toma la ofensiva a su vez, queriendo alcanzar los puertos del Pas-de-Calais, cuya posesión le permitiría amenazar seriamente a Gran Bretaña y dificultar la llegada de nuevas tropas británicas a territorio francés. En la batalla, lanza cinco cuerpos de ejército formados por nuevos reclutas y por voluntarios. El 19 de octubre da la orden de atacar la línea del Yser, donde las tropas belgas apenas acaban de establecerse. Durante tres semanas lanza ataques sucesivos, primero en Dixmude, luego en Ypres y en Messines, mientras los belgas han abierto las compuertas de Nieuport e inundado el valle del Yser; pero todo es en vano.

Los ejércitos contendientes se encuentran en lo sucesivo cara a cara, sin ninguna posibilidad de intentar la maniobra envolvente, la única que podría, en la estrategia clásica, permitir obtener un gran éxito. Del mar a la frontera suiza se establece un frente continuo. El mando alemán había tenido la firme esperanza de terminar con la resistencia francesa en una sola campaña: en seis semanas al principio; después, en algunos meses; pero se vio obligado a reconocer su fracaso. Todo su plan de guerra se hunde.

A este resultado decisivo, el ejército ruso también aportó su parte. Los acuerdos concertados entre los

estados mayores y destinados a completar el acuerdo militar francoruso habían previsto que las tropas rusas tomarían la ofensiva a partir del decimocuarto día de la movilización, a fin de aligerar la presión que habrían de soportar los ejércitos franceses. Esta promesa fue cumplida: el mando ruso hizo entrar uno de sus ejércitos en Prusia oriental incluso antes de haber terminado la concentración de sus fuerzas, obteniendo el resultado esperado, puesto que Moltke se vio obligado a retirar 4 divisiones del teatro principal de operaciones y enviarlas al frente oriental. La ofensiva rusa facilitó, por lo tanto, la victoria del Marne, pero fue rápidamente quebrada en la batalla de Tannenberg. A fines de septiembre, mientras en el frente de Francia se desarrolla la «carrera hacia el mar», en la curva del Vístula los rusos y los austroalemanes toman uno después de otro la iniciativa: inician maniobras envolventes sin obtener unos ni otros ningún resultado positivo. Todos estos esfuerzos sólo tienen un destino secundario, puesto que el mando alemán no ha logrado poner «fuera de combate» a las fuerzas francesas.

III. — El balance de la campaña de 1914

¿Cuál ha sido el momento decisivo de la campaña de 1914 y cuáles han sido los factores determinantes en esta batalla del Marne? ¿Los efectivos? Poco más o menos eran los mismos en los dos campos. ¿La calidad de los combatientes? En estos cuatro días de combates, las dos infanterías, después de doce días de marchas forzadas, efectuaron un esfuerzo extraordinario e hicieron gala del mismo valor. El soldado de infantería alemán, puesto que había vivido desde el comienzo de la campaña con la euforia de la victoria, estaba llevado por su ímpetu; el soldado de infantería francés, que acababa de sufrir la prueba de la retirada, reencontró, después de recibir la orden de hacer frente, todo su ardor. Esta reacción fue lo que sorprendió más al adversario. ¿El armamento? La superioridad alemana en artillería pesada no tuvo un papel importante en esta guerra de movimientos, donde el cañón francés de 75 mm conservaba sus ventajas rapidez y precisión de tiro) sobre la pieza alemana de 77. ¿El mando? Es aquí, sin duda, donde es preciso buscar la explicación. Moltke era reflexivo, escrupuloso, pero no le gustaba el riesgo: lo había probado el 26 de agosto cuando debilitó su ala en marcha decidiendo enviar refuerzos a Prusia oriental. Durante la batalla mantuvo su gran cuartel general en Luxemburgo, demasiado lejos del frente, y recibió los informes con una tardanza tal, que tuvo que dar a sus jefes de ejército una amplia iniciativa, uno de los cuales, al menos —Klucklo aprovechó para tomar peligrosas iniciativas. En el último momento, uno de sus colaboradores, el coronel Hentsch, recibió la misión de ir a inspeccionar en el mismo lugar la situación de las tropas del ala derecha y fue él quien dio la orden de repliegue. Moltke no dirigió, pues, la batalla. Joffre, aunque cometió graves errores al principio de la campaña y sufrió pesadas derrotas, mantuvo la calma. Supo establecer un plan de enderezamiento cuando sus ejércitos se encontraban en plena retirada. No previó la hora de la batalla, pero cuando sus colaboradores le mostraron que había llegado el momento favorable, supo tomar la decisión. Durante los cuatro días decisivos dirigió sin cesar a los comandantes de las tropas, y mantuvo entre ellos una estrecha solidaridad. Sin poseer la intuición, la fuerza de irradiación y el ardor comunicativo de los grandes guerreros, dominó por su sangre fría, su lucidez y la firmeza de su ánimo.

El fracaso del plan de guerra alemán abre la perspectiva de una guerra larga, que exigirá a todos los beligerantes un esfuerzo total. El estado mayor alemán se verá obligado a llevar una «lucha en dos frentes», cuyo peligro había previsto desde hacía mucho tiempo. Los recursos económicos van a jugar en lo sucesivo un importante papel en la capacidad de ofensiva o de resistencia de los beligerantes y, en este campo, Gran Bretaña y Francia, puesto que tienen el dominio de los mares, van a poseer una ventaja¹. Sin embargo, en Alemania la opinión pública aún no ha tomado conciencia de estas amenazas a largo plazo. Aunque los resultados militares no hayan llenado todas sus esperanzas, tiene los ojos puestos en el mapa de las operaciones: toda Bélgica, el nordeste de Francia y parte de la Polonia rusa están ocupadas. ¿Tienen serias inquietudes los medios dirigentes? Para juzgarlo, basta mirar cómo consideran las «reivindicaciones».

¹ Ver págs. 16-17

El canciller Bethmann-Hollweg, no obstante ser un «moderado», había establecido en el momento mismo de la batalla del Marne, pero antes de conocer el desenlace, un programa de paz ampliamente anexionista, teniendo en cuenta las sugerencias que le habían hecho algunos grandes industriales.

Francia debería ceder Belfort, la línea de las fortalezas de Lorena, de Verdún a Toul y Epinal, la costa de Dunkerque a Boulogne y, sobre todo, la cuenca de mineral de hierro de Briey-Longwy, indispensable para el desarrollo de la industria metalúrgica alemana; por último, firmaría un tratado comercial que la pondría «bajo la dependencia económica de Alemania». Bélgica debería ceder Lieja y, quizás, Amberes; se transformaría en un «Estado vasallo» que mantendría guarniciones alemanas y entraría en el «sistema económico» alemán. Luxemburgo se reintegraría al imperio alemán. Los Países Bajos permanecerían, en principio, independientes, pero deberían contraer «estrechas relaciones» con el imperio. Al este, los pueblos «no rusos» (polacos, lituanos, rutenos) serían separados del imperio ruso y formarían una zona de estados tapón que mantendrían a Rusia «apartada» de las fronteras alemanas. En Europa central, Alemania establecería una unión aduanera que englobaría no sólo Austria-Hungría, sino también Francia, Bélgica, Países Bajos, Dinamarca y los territorios polacos. África central se convertiría en colonia alemana.

Los dirigentes alemanes no abandonan este programa a pesar del resultado de la batalla del Marne. En un informe del 6 de octubre, el embajador austrohúngaro en Berlín constata que nadie, en estos medios, renuncia a la convicción de que Alemania podrá vencer no sólo a Francia, sino también a Rusia y a Gran Bretaña.

En París, Londres y San. Petersburgo, la victoria del Marne ha despertado esperanzas que se prolongan incluso al final de la «carrera al mar». En las conversaciones de París entre el ministro de Asuntos Exteriores Delcassé y el embajador de Rusia, y en San Petersburgo entre Nicolás II y el embajador de Francia, las deliberaciones efectuadas dan fe de tales ilusiones. Francia —dice Delcassé— no quiere solamente recuperar Alsacia-Lorena, sino que desea «la destrucción del imperio alemán»;

Rusia desearía adquirir una parte de Prusia oriental, Posnania, Galitzia y el norte de Bukovina, y espera arreglar en su provecho la cuestión de los estrechos otomanos; además, cuenta con la «desmembración» de Austria-Hungría.

En Francia y en Rusia nadie piensa en la paz, a pesar del equilibrio de fuerzas que acaban de establecerse en el frente de batalla después de las peripecias que han finalizado por neutralizarse mutuamente.



CAPÍTULO III

LA GUERRA DE POSICIONES (1915-16)

En el invierno de 1914-15 la lucha militar toma nuevos giros que alteran las previsiones de los estados mayores y que paralizan en gran parte los conceptos estratégicos. Sin embargo, el esfuerzo prosigue con el mismo encarnizamiento en los dos campos, al precio de los más duros sacrificios. Las iniciativas alemanas aún continúan dominando durante 18 meses; a partir de julio de 1916, los ejércitos de la Entente intentan tomar ventaja. Pero ninguno de los adversarios consigue asegurarse una ventaja decisiva.

I. — Las nuevas formas de la batalla

La experiencia de la «carrera hacia el mar» ha demostrado que, ante un adversario que ha tenido suficiente tiempo para organizar una posición defensiva, es decir, establecer obstáculos — alambradas principalmente— que obligan al asaltante a marchar lentamente bajo la metralla y protegerse del fuego cavando trincheras, el ímpetu de la infantería, por muy ardiente que sea, acaba por romperse. En las tropas enfrentadas, la instalación de un frente defensivo continuo se convierte en la preocupación inmediata; este frente se equipa rápidamente, preparándolo para recibir perfeccionamientos, tanto en densidad como en profundidad.

Poco a poco queda constituido por dos posiciones paralelas, separadas por una distancia de 3 ó 4 km. El sistema defensivo se completa con centros de resistencia, cuyos defensores pueden operar, mediante fuegos de flanco, contra la infantería enemiga si esta consiguiese tomar la primera posición.

En lo sucesivo, la ofensiva choca con grandes dificultades. Para que el asalto de infantería pueda triunfar, es preciso que sea abierta, una brecha en las alambradas para permitirle el paso, que el fuego de los ocupantes de la trinchera enemiga sea momentáneamente neutralizado, y que los hombres amontonados en los refugios no tengan tiempo de salir. La artillería es la que debe realizar esta preparación del ataque. Pero los progresos de la fortificación dejan pronto los refugios a prueba de obuses ligeros, y el tiro tendido de la artillería de campaña está mal adaptado para la destrucción de las alambradas o de las trincheras. Es necesario desarrollar la artillería pesada y crear una «artillería de trinchera» que utilice aparatos de tiro curvo. El mismo armamento de la infantería ya no se adapta a las nuevas condiciones del combate: la granada de mano es el arma indispensable para alcanzar, a corta distancia, al adversario protegido en su trinchera. Por último, la aviación, que durante la campaña de 1914 sólo había cumplido misiones de exploración, debe hacer frente a nuevas tareas: es la encargada de fotografiar las posiciones enemigas, del reglaje de tiro de la artillería, de vigilar en la retaguardia enemiga los indicios que puedan revelar la preparación de una ofensiva, de bombardear los depósitos de material y de municiones, los convoyes de abastecimiento y, por supuesto, las tropas cuando se ven obligadas a moverse durante el día.

Antes de que la ofensiva pueda reencontrar todas sus posibilidades, es necesario realizar nuevos esfuerzos en la técnica y en la fabricación de los armamentos, cuyos resultados sólo pueden aparecer lentamente.

El problema esencial es, pues, en lo sucesivo, obtener la «ruptura» del frente adverso. ¿Cómo «perforar» las posiciones? ¿Cómo explotar este éxito antes de que la brecha sea cerrada por la llegada de refuerzos? ¿Cómo intentar seguidamente alcanzar, al otro lado de estas posiciones, los centros de abastecimiento y después los nudos de comunicaciones, cuya conquista obligaría al enemigo a replegarse en un frente mucho más extenso y permitiría volver a poner en práctica los

«movimientos envolventes», es decir, la esencia del arte militar? Estas preguntas someten a prueba la imaginación del alto mando y la de los técnicos, pero imponen, sobre todo, duros sacrificios a los soldados de infantería, que tienen que hacer su aprendizaje de los métodos del «combate cuerpo a cuerpo» y la sangrienta experiencia de las tentativas de perforación.

II. — La campaña de 1915

En la marcha general de las operaciones, los beligerantes se ven conducidos ante todo a llevar su esfuerzo hacia las regiones donde las posiciones enemigas carecen de una sólida organización. El alto mando alemán, después de la penosa experiencia sufrida en el Yser, se decide a adoptar en el frente de Francia una actitud defensiva: la guerra de posiciones le permite mantener este frente con pocas fuerzas. Por el contrario, en la inmensidad del frente ruso la organización de las posiciones defensivas no es continua; ni en densidad, ni en profundidad, ni en equipo, estas posiciones se pueden comparar con las del frente occidental. El problema de la «perforación» es, pues, más fácil de resolver. El alto mando francés se da cuenta, después de dos tentativas vanas, que es incapaz de abrir una brecha suficientemente ancha y profunda en las posiciones alemanas, por lo que mira hacia nuevos teatros de operaciones.

La ejecución del nuevo plan de guerra alemán —la gran ofensiva contra Rusia— es el que toma el aspecto esencial en la campaña de 1915. Desde fines de noviembre de 1914, Falkenhayn empezó a enviar hacia su frente oriental las tropas que la guerra de posiciones en el frente occidental dejaba disponibles. En abril de 1915, la masa de maniobra que reunió contaba con una treintena de divisiones. El comandante en jefe de las tropas alemanas en este frente, Hindenburg, y su cuartel maestro general, Ludendorff, esperan obtener un éxito decisivo. Los recuerdos históricos, los de la campaña de 1812, no debilitan su confianza. Uno de los principales colaboradores de Hindenburg decía: «Si Napoleón hubiera tenido los ferrocarriles, el teléfono, los convoyes automóviles, el telégrafo y los aviones, actualmente aún se encontraría en Moscú». Sin duda Falkenhayn tiene dudas en cuanto a la amplitud de los resultados, pero espera obtener suficientes éxitos para llevar al gobierno ruso a las negociaciones.

El primer ataque se lanza el 2 de mayo en un frente de 80 km de extensión, entre el Vístula y los Cárpatos. En 48 horas se efectúa la «perforación». El día 6, en todo este frente los rusos se encuentran en plena retirada, escapando, no obstante, al envolvimiento, e intentan restablecerse en la línea del San y del Dniester. Pero en junio esta línea se rompe: los austroalemanes se apoderan de Przemyśl, después de Lemberg; en dos meses toda Galitzia ha sido liberada de la ocupación rusa.

En seguida el mando alemán lanza un segundo ataque para intentar envolver a las fuerzas rusas, que resisten en la curva del Vístula, al oeste de Varsovia, por dos acciones simultáneas: una, dirigida de norte a sur, en el Narev, hacia Varsovia; otra de sur a norte, a lo largo del Vístula medio, hacia Ivangorod. El éxito táctico de la operación, empezada el 13 de julio, es completo; sin embargo, los ejércitos rusos también escapan esta vez al envolvimiento gracias a una retirada rápida, en el curso de la cual abandonan Varsovia y la fortaleza de Novogeorgievsk. Toda Polonia se encuentra en manos de los austroalemanes.

Inmediatamente se efectúa un tercer ataque en la extremidad septentrional del frente, en la línea del Niemen, el 8 de agosto. En 6 semanas permite a las tropas alemanas adueñarse de Kovno, Vilna y alcanzar la línea del Beresina. Toda Lituania está ocupada. Por un instante el mando tiene la esperanza de poder actuar sobre las líneas de comunicación enemigas al este de Vilna, pero la caballería que lanza en la brecha es rechazada.

Cuando a fines de septiembre los ejércitos austroalemanes cesan en su empeño, ocupan un frente casi rectilíneo que va del Báltico al Dniester; en el centro del mismo han avanzado más de 150 km. En el curso de estos 5 meses el ejército ruso ha sufrido enormes pérdidas: 151.000 muertos, 683.000 heridos y 895.000 prisioneros, es decir, ha perdido la mitad, o casi, de sus combatientes. Durante varios meses no estará en condiciones de volver a tomar la iniciativa de las operaciones. En cada uno de los tres ataques, los austroalemanes han obtenido la «perforación», porque las posiciones adversas no estaban sólidamente organizadas y porque el mando ruso, sin aviación, no estaba informado de las concentraciones de tropas. Y pudieron sacar provecho de estas perforaciones porque el adversario, al no poder dar fusiles a los hombres

que se concentraban en masa en la retaguardia, no disponían de reservas generales importantes y, a falta de una red suficiente de líneas férreas, no conseguían llevarlas rápidamente hacia los puntos sensibles. De hecho, el estado mayor ruso se mostró incapaz de maniobrar: se limitó a intentar neutralizar las brechas abiertas en su frente de combate sin llegar a encontrar a su vez el punto débil del adversario. Sin embargo, los austroalemanes, aunque habían acumulado victorias, no pudieron realizar la operación de gran envergadura que les habría permitido «destruir» al adversario: los ejércitos rusos han logrado, en un nuevo frente, restablecer su cohesión. Y tampoco han obtenido el resultado político esperado por Falkenhayn: el gobierno ruso no ha podido ser obligado a la paz.

¿Por qué no ha sido posible obtener resultados militares decisivos? Desde las primeras semanas de esta gran ofensiva, el ejército austrohúngaro debió enfrentarse a un nuevo adversario: la intervención de Italia, que alineó 37 divisiones de infantería, le obligó a formar un frente defensivo en el Carso y el Isonzo. Las fuerzas necesarias fueron sacadas, sobre todo, de las que estaban alineadas contra Serbia; sin embargo, el frente de Galitzia suministró varias divisiones. Sin esta intervención italiana, la presión sufrida por los ejércitos rusos aún habría sido más acusada. Además, en el tercer ataque el ejército alemán no consiguió todos los medios de acción de los que habría podido disponer si Falkenhayn hubiera trasladado a su frente oriental los refuerzos reclamados por Hindenburg: en octubre, los dos hombres se lanzan mutuos reproches. En el fondo, Falkenhayn no creyó posible aniquilar un enemigo que se escapaba en retirada.

Pero la suspensión de las operaciones en el frente ruso no significaba que los austroalemanes renunciaran a la ofensiva: Falkenhayn llevó el esfuerzo contra Serbia, la cual, con la ayuda de Bulgaria, fue totalmente conquistada en 6 semanas.

Mientras que Alemania y Austria-Hungría acumulan estas victorias, ¿qué réplicas intentan oponer Francia, Gran Bretaña y su nueva aliada Italia? Joffre tiene las tropas francesas ocupadas en múltiples acciones locales, sangrientas y vanas; en dos ocasiones, sin embargo, el 9 de mayo en Artois, y principalmente el 25 de septiembre en Champagne, intentan romper el frente enemigo y obtienen resultados locales, sin poder ensanchar la brecha. Las tropas italianas atacan en julio el Carso y en octubre en el sector de Gorizia. Los británicos y los franceses intentan sin resultados, por medio de una acción naval (18 de marzo) y después terrestre, forzar el paso de los Dardanelos para restablecer comunicaciones permanentes con Rusia; también intentan en vano socorrer a los serbios. Estos esfuerzos permanecen sin una trascendencia sensible, al menos a corto plazo. Pero la presencia de tropas francesas en Salónica es importante para el futuro.

Esta campaña de 1915, a pesar de la intervención italiana y de la entrada en combate de nuevas divisiones británicas, valió a los ejércitos austroalemanes estrepitosas victorias. El «mapa de la guerra» es cada día más favorable a los Imperios Centrales, cuyas tropas ocupan Bélgica, el nordeste de Francia, la Polonia rusa, Lituania y Serbia, mientras que sus adversarios sólo ocupan el valle de Thann, en la Alta Alsacia, y una parte del valle del Isonzo, en los confines austro-italianos. Sin embargo, los resultados conseguidos no fueron decisivos: ni el ejército ruso ni el ejército serbio han sido eliminados, y la esperanza alemana de disolver la coalición enemiga por medio de una paz separada se desvanece, aunque el gobierno alemán intentara, en dos ocasiones, tomar contacto con el gobierno ruso. Las potencias de la Entente sufrieron duras pruebas y dolorosas decepciones, sin conseguir, en el verano de 1915, establecer una coordinación eficaz entre sus estados mayores, ni siquiera concretar un plan preciso para el año siguiente: la conferencia militar interaliada de Chantilly, reunida en diciembre de 1915, se limitó a manifestar la esperanza de que los Aliados podrían empezar una ofensiva simultánea en el verano de 1916, pero sin llegar a fijar una fecha, puesto que el ejército ruso no sabía el tiempo que necesitaría para reorganizarse. Sin embargo, la Entente dispone aún en Rusia y en Gran Bretaña de importantes reservas de hombres, y gracias al dominio de los mares no tiene por qué temer un agotamiento de sus recursos económicos; puede, pues, llevar una «guerra de desgaste».

III. — La campaña de 1916

Esta «estrategia de desgaste» es el rasgo dominante en la campaña de 1916; en el frente francés se aplica por los dos mandos adversos. En todo el primer semestre del año, la iniciativa continúa perteneciendo a los ejércitos austroalemanes, que quieren sacar provecho en los meses en que el ejército ruso se encuentra convaleciente, pero no logran llevar a cabo una acción ajustada. En seguida, a partir de julio, los ejércitos de la Entente emprenden ofensivas simultáneas por primera vez. En el frente de Italia, el ataque italiano obtiene un éxito —la toma de Gorizia— pero es sofocado en una decena de días. En el frente oriental, las grandes operaciones duran más tiempo —

unas 10 semanas— y toman durante un momento el aspecto de una «batalla de ruptura». Pero en el frente de Francia la lucha prosigue sin respiro de febrero a octubre, con más encarnizamiento que nunca, en dos grandes batallas, una de las cuales dura 4 meses y 3 la otra. De esta campaña de 1916, Verdún, el Somme y Lutsck son los grandes momentos.

1. La batalla de Verdún. — ¿Cuál es el plan de Falkenhayn al entablar la batalla de Verdún? Lo expuso en una memoria dirigida al emperador en diciembre de 1915. La fuerza esencial de la Entente es —dice— Gran Bretaña, de la cual el ejército francés es el «instrumento». Alemania podrá, más tarde, amenazar directamente las Islas Británicas, cuando posea un número suficiente de submarinos. Mientras espera, puede cansar a este adversario obligándolo a llevar, incluso en las operaciones terrestres, el peso principal. Para conseguir este propósito, es preciso «abatir» el ejército francés; pero sería inútil intentar una ofensiva que pretendiese la ruptura del frente adverso, pues las experiencias hechas en 1915 por el ejército francés demostraron que este resultado estaba, de momento, fuera de lugar. El medio que sugiere el comandante en jefe es una «batalla de desgaste», en la que el mando francés se verá obligado a empeñar poco a poco todas sus reservas.

¿Cómo obligarle a ello? Eligiendo un objetivo que no tenga únicamente una importancia estratégica, sino que represente un valor al cual la mentalidad colectiva, en Francia, sea sensible. El mando francés no podrá, pues, escaparse por medio de un repliegue parcial, sino que se verá obligado a defender el terreno palmo a palmo, sin importar las pérdidas. Este objetivo debe ser Verdún. La ofensiva se presentará en condiciones favorables porque el frente francés forma, alrededor de esta plaza fortificada, un saliente que puede ser atacado en los dos flancos, y porque las tropas francesas sólo podrán ser abastecidas por una vía férrea de interés local —la línea de Bar-le-Duc a Verdún—, cuyo tránsito es muy débil.

Para Falkenhayn, lo esencial no es «tomar Verdún». Lo importante es fijar las fuerzas enemigas en este campo de batalla, donde serán «diezmadas». Este plan supone, naturalmente, que las tropas alemanas sufrirán mucho menos que las tropas francesas. Falkenhayn estima que la infantería atacante, apoyada por una considerable densidad de artillería, podrá adueñarse sin demasiadas dificultades de los principales puntos de apoyo y dejar que el adversario se agote en vanos contraataques; cree que las pérdidas alemanas no sobrepasarán las dos quintas partes de las pérdidas francesas.

Tal será la «batalla de desgaste» en la mente del comandante en jefe alemán.

En una primera fase de la batalla, del 21 de febrero al 10 de marzo, los ataques alemanes obtienen los resultados esperados: alcanzan los principales puntos de apoyo en las posiciones francesas, el fuerte de Douaumont en la orilla derecha del Mosa, el Mort-Homme y el bosque de Avocourt en la orilla izquierda. Pero se organiza la defensa bajo la dirección del general Pétain, a quien Joffre confió el mando el 25 de febrero. Durante más de 2 meses, alemanes y franceses lanzan alternativamente, para la conquista o reconquista de los puntos de apoyo, ataques parciales que no resuelven nada.

En junio empieza la segunda fase crítica de la gran batalla. Con las 20 divisiones de que ahora dispone, las tropas del Kronprinz obtienen nuevos éxitos: el fuerte de Vaux se toma el 7 de junio, después de una vigorosa resistencia; el 11 de junio cae el punto de apoyo de Thiaumont; y el 23 de junio el fuerte de Souville, último centro de resistencia que cubre Verdún, se encuentra amenazado. Al día siguiente, sin embargo, Falkenhayn se resigna a suspender el ataque, pues se espera una ofensiva francesa en el Somme: reduce, pues, los efectivos que había alineado frente a Verdún.

La suerte de la gran batalla está echada. La «estrategia de desgaste» ha fracasado. Las pérdidas alemanas han sido de unos 240.000 hombres, mientras que el ejército francés ha perdido 275.000. Es el fracaso de los cálculos de Falkenhayn.

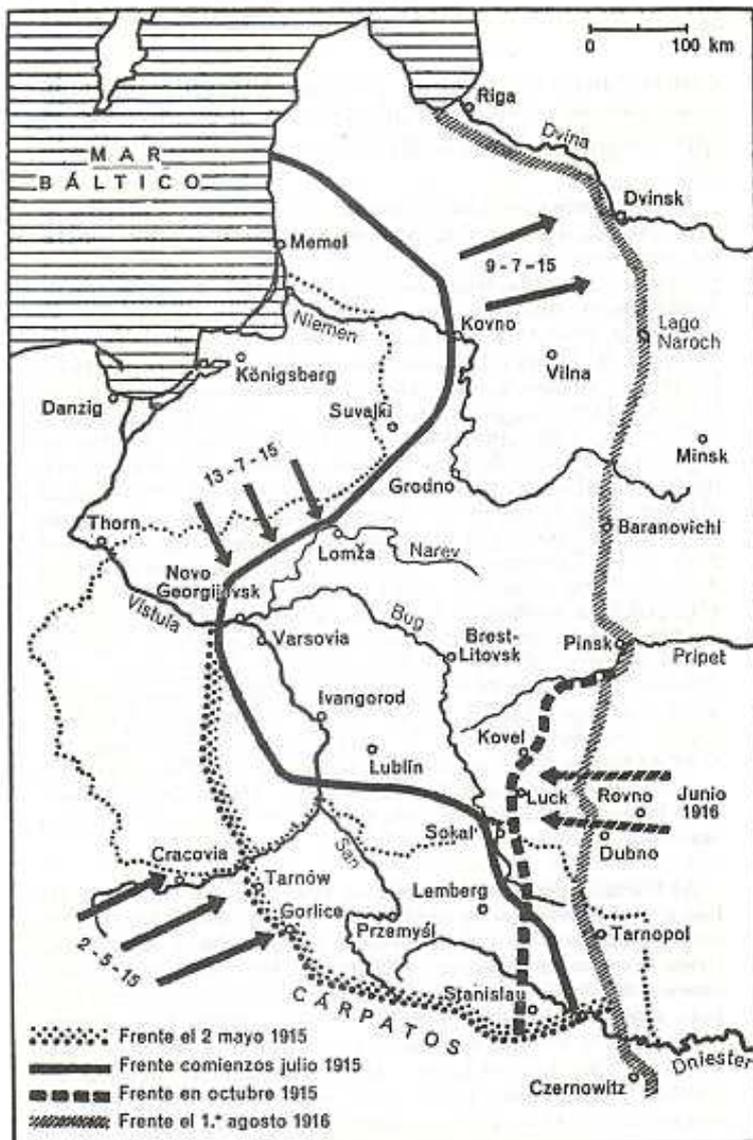
Durante más de 4 meses el encarnizamiento de la lucha ha impuesto a las tropas el más heroico esfuerzo. En un campo de batalla transformado por los tiros de artillería, los soldados de infantería, cuyas trincheras y refugios han sido destrozados, se agachan en el suelo, en los agujeros de los obuses; los enlaces están destruidos; en el curso de los penosos trabajos de abastecimiento y de los relevos a través de las zonas castigadas por un bombardeo implacable, las pérdidas son a menudo tan grandes como en las tropas alineadas. Los combatientes, aislados por las barreras de artillería, escapan a la acción del mando. Es una lucha dirigida por los jefes de batallón, de compañía, a veces por grupos aislados. En ninguna parte la tenacidad, la

abnegación y la resistencia nerviosa del soldado fueron puestas a pruebas tan duras. En ninguna parte el soldado de infantería conoció tantos sufrimientos.

2. La batalla del Somme. — El 10 de julio el mando francés lanza su réplica. En febrero Joffre había establecido el plan de una gran ofensiva al norte y al sur del Somme, en un frente de 70 km; el 18 de febrero —tres días antes del principio de la batalla de Verdún— obtuvo el consentimiento del nuevo comandante en jefe británico, Douglas Haig. No había pensado realizar este plan antes del verano, porque quería esperar el desarrollo de las fabricaciones de artillería. Además, ni los rusos ni los italianos podían estar preparados antes. La ofensiva debería conducirse según un método preconizado por Foch: una serie de ataques con objetivos limitados que, lanzados a cortos intervalos, serían proseguidos en el mismo frente durante varias semanas; estos ataques podrían triunfar sin demasiadas pérdidas si la preparación de la artillería fuese suficiente, y debilitarían poco a poco la resistencia enemiga; el enemigo, hostigado sin tregua, destrozado por las ráfagas de artillería, obligado a mantener en la proximidad de las líneas importantes efectivos para neutralizar las brechas, terminaría por experimentar un momento de desconcierto, que daría la ocasión propicia a un ataque «de ruptura». Es, pues, una «batalla de desgaste», como la de Verdún; sin embargo, el frente es mucho más amplio, y el objetivo no es sólo agotar las reservas del enemigo, sino obligarlo a retirarse.

La densidad de los tiros de artillería será análoga a la que los alemanes llevaron a cabo en el primer ataque ante Verdún; es decir, teniendo en cuenta la extensión del frente, el número total de baterías alineadas deberá ser mucho más importante.

Joffre mantuvo este plan a pesar de la batalla de Verdún. No quiso, a pesar de la insistencia a veces vehemente de Pétain, dejarse «absorber» por las peripecias de la lucha entablada en el Mosa. A fines de abril decide que el ejército de Verdún quedará limitado a 24 divisiones, y sólo concede un refuerzo de 4 divisiones durante la crisis de junio. Guarda, pues, a su disposición, medios suficientes para preparar la batalla del Somme, a condición, no obstante, de reducir el frente ofensivo a 40 km y de confiar la mayor parte a las fuerzas británicas: las tropas de Foch, que ataca al sur del Somme en un frente de 15 km, son 14 divisiones, 900 piezas de artillería pesada y 1.100 cañones de trincheras. En esta «batalla de material», los francobritánicos pueden emplearse a fondo, mientras que el mando alemán, obligado a enviar refuerzos hacia su frente oriental, donde los rusos acaban de reanudar la



MAPA 1. — El frente oriental en 1915 y 1916

ofensiva, no puede lanzar grandes ataques.

Sin embargo, esta vez aún no se consigue la ruptura del frente alemán.

La brecha que el asalto francés practicó el primer día al sur del Somme fue rápidamente neutralizada. La táctica de machacamiento aplicada durante 15 días sin el menor respiro permitió a los francobritánicos arrebatar únicamente algunos puntos de apoyo: Thiepval, Biaches y el bosque de Mametz. Después de una corta tregua, la lucha se reemprende paso a paso, durante 6 semanas, alrededor de los mismos pueblos, pero el ataque sólo obtiene escasos resultados. El 27 de agosto el mando francobritánico está a punto de abandonar la ofensiva. Sin embargo, decide hacer un último esfuerzo: en el curso de la primera semana de septiembre, lanza aún tres importantes ataques, en Cléry, en Bouchavesnes y en Sailly-Saillisel. Los éxitos son mínimos. Finalmente, a principios de octubre, después de 3 meses de lucha, se detiene la ofensiva.

El método de Foch no dio, por lo tanto, resultados más eficaces que el de Falkenhayn. La experiencia de esta nueva batalla de desgaste confirmó que la superioridad de los efectivos y la abundancia de material podían asegurar éxitos parciales, pero que estos éxitos, incluso repitiéndose en breves intervalos, no bastaban para implicar la ruptura del frente. Sin embargo, el ejército alemán conoció la prueba más dura. El frente sólo aguantó al precio de un esfuerzo encarnizado de la tropa, y las pérdidas fueron grandes: 267.000 soldados y 6.000 oficiales. La infantería alemana, cuyos mandos fueron diezmados, ya no tendrá, después del Somme, la misma calidad de antes. Recordemos que los resultados adquiridos en Verdún fueron anulados en gran parte, a fines de octubre, cuando un ataque francés reconquistó fácilmente el fuerte de Douaumont y, mucho más penosamente, el fuerte de Vaux.

3. La ofensiva de Luck. — En el frente oriental, los austroalemanes se encuentran, por primera vez, ante una ofensiva enemiga de gran envergadura. El ejército ruso, gracias a la ayuda de sus aliados y a los pedidos hechos al extranjero, casi ha superado la crisis de material de artillería. El comandante en jefe, el general Alexeiev, ha concentrado en su frente sudoeste 4 cuerpos de ejército que dirige el general Brusilov.

El 4 de junio se lanza el ataque en un frente de 150 km, arrebatando, en una amplitud de 50 km alrededor de Lutz, las posiciones enemigas, y obliga a los austrohúngaros a batirse en retirada hacia la línea del Seret y los Cárpatos meridionales: un retroceso de 100 km. Sólo a principios de julio unas divisiones alemanas lanzan una contraofensiva en el flanco del Octavo Ejército ruso, en Kovel; no da resultado: las tropas alemanas son rechazadas en el Stockod. El 28 de julio, un nuevo ataque ruso en el centro del frente, en Brody, obtiene otro éxito que obliga a los austrohúngaros a retirarse de nuevo. El mando ruso intenta entonces un doble movimiento envolvente, en las dos extremidades del frente: en el ala norte, en la región de Kovel, lanza sus mejores tropas; en el ala sur intenta abrirse un paso en los Cárpatos, en el paso de los Tártaros. Pero, falto de aviación, la preparación de la artillería es mediocre. El fracaso de estos ataques lleva a Brusilov, a mediados de agosto, a detener la ofensiva que, en 2 meses, conquistó Bucovina y una parte de la Galitzia, y que costó a los austroalemanes 378.000 prisioneros.

Estos éxitos no fueron decisivos, aunque excedieron en mucho las esperanzas del mando ruso. Acarrearon, sin embargo, un resultado político: la intervención de Rumanía, que el 17 de agosto firmó un tratado de alianza con Rusia, Francia y Gran Bretaña; pero, en diciembre, Alemania, mediante una fulminante ofensiva, conquistó casi todo el territorio rumano.

Al término de esta campaña de 1916, en que todos los esfuerzos ofensivos en el frente de Francia resultaron vanos, pero en que la gran sorpresa fue la «resurrección» del ejército ruso, el mapa de la guerra es aún más favorable que un año antes a los Imperios Centrales. Pero el futuro es inquietante para ellos en el aspecto de la conducción general de la guerra.

El ejército alemán está amenazado por una crisis de efectivos, ya que las pérdidas sufridas durante las batallas de Verdún y del Somme fueron más importantes que las de las campañas de 1914 y 1915; atraviesa, además, una crisis de material: en el Somme la artillería alemana estuvo, por primera vez, en estado de inferioridad. Para evitar estas amenazas, la ley del 2 de diciembre de 1916 sobre el «servicio auxiliar patriótico» obliga a todos los hombres que sobrepasan o no llegan a la edad militar, a tomar un empleo en los servicios administrativos o en las fábricas; esta mano de obra de reemplazo permitirá, manteniendo, e incluso desarrollando, el programa de fabricaciones de guerra, enviar al ejército un buen número de obreros que fueron puestos en sobreesimiento de llamada.

El bloqueo sigue siendo una seria amenaza. Para intentar escapar de él, el Almirantazgo alemán intenta debilitar la potencia naval británica: a pesar de la desproporción de fuerzas, decide que la flota de alta mar

saldrá al mar del Norte y entablará combate si encuentra sólo una parte de la armada británica. En la batalla de Jutlandia, el 31 de mayo de 1916, este plan se frustró, pues las fuerzas alemanas entraron en lucha con el grueso de las fuerzas británicas: sin duda la marina de guerra alemana obtuvo un éxito relativo, ya que infligió al adversario pérdidas mayores que las suyas. Pero debió regresar rápidamente a sus bases y, en lo sucesivo, no osó correr nuevos riesgos.

En este momento (verano de 1916) Francia y Gran Bretaña agravan el bloqueo: limitan las importaciones de los Estados neutrales europeos que hasta entonces habían suministrado productos alimenticios a Alemania. Así, las raciones cotidianas —las que indican las cartillas de racionamiento— se reducen, en Berlín, a 200 gr. de pan, 40 gr. de carne y 400 gr. de patatas (excepto para los obreros de trabajos pesados). No hay duda, pues, de que la población urbana sufre.

Las potencias de la Entente aún tienen, por el contrario, abundantes recursos en hombres, tanto en Rusia como en Gran Bretaña. Pueden disponer, gracias al dominio de los mares, de los recursos económicos del mundo entero, tanto para el abastecimiento de las poblaciones como para las fabricaciones de guerra. Encuentran en los bancos americanos los recursos necesarios para financiar las compras que efectúan a Estados Unidos¹. Son ventajas cuya importancia no cesa de acrecentarse a medida que la lucha se prolonga.



¹ Ver págs. 70-71.

CAPÍTULO IV

LA EUROPA BELIGERANTE A FINES DE 1916

Después de dos años y medio de guerra, las largas pruebas y los sacrificios cada vez más pesados (las batallas de la «guerra de desgaste» fueron más sangrientas que nunca) llevaron a los pueblos a preguntarse sobre el sentido o la eficacia de un esfuerzo del que nadie podía prever el final. Los estados mayores buscaban nuevos métodos por medio de los cuales pudiesen obtener la «decisión». Los gobiernos, en ambos campos, sentían la necesidad de llegar a un acuerdo para determinar las reivindicaciones que pedirían en esta guerra, o para afirmarlos, en el momento en que por primera vez la palabra «paz» se pronunciase en las declaraciones públicas.

I. — Las mentalidades colectivas

El peso de las pruebas no quebrantó la firmeza de ánimo de los combatientes. El impulso patriótico que los animó en 1914 decayó, sin lugar a dudas: dejó sitio a una especie de sumisión fatalista al destino; pero el espíritu de sacrificio permaneció intacto. La camaradería de combate estableció, en el seno de las unidades, un sentimiento de solidaridad, un sentido del deber y, a veces, un amor propio «profesional» que eran potentes resortes de la acción individual. Pero las familias de estos soldados —y ¡cuántas de entre ellas ya han perdido a uno de los suyos!— soportaron cada vez más penosamente una angustia permanente: en esta guerra interminable, ¿cómo podrán sobrevivir por mucho tiempo aquellos a quienes la muerte ha perdonado hasta ahora? La «zaga» empezó a dar síntomas de fatiga moral.

En la opinión pública, por lo menos en aquella que se manifestó —puesto que las masas campesinas apenas demostraron más que su resignación—, surgen dos corrientes.

Unos demuestran su impaciencia y ponen en entredicho los métodos adoptados por los políticos en la conducción militar o diplomática de la guerra. Por lo tanto, dirigen sus críticas a los gobiernos. Para obtener resultados más eficaces y para abreviar la duración de las pruebas y de los sufrimientos, bastaría —dicen— con tomar iniciativas más vigorosas, practicar una acción más firme. Quizás estos llamamientos a la energía sean, en el fondo, el indicio de una decepción, de una perplejidad e, incluso, de una profunda inquietud. Al menos indican la voluntad de continuar la lucha hasta la victoria.

Los otros —sólo son aún una minoría en la mayor parte de los Estados beligerantes— manifiestan dudas sobre la necesidad de este inmenso esfuerzo, discutiendo incluso su razón de existir.

Los signos de impaciencia se manifiestan por doquier, en los medios políticos, y encuentran un eco en los debates parlamentarios en Alemania, donde los partidos de derecha, sostenidos por el Gran Cuartel General, reprochan al canciller Bethmann-Hollweg su «debilidad»; en Francia, donde la Cámara de Diputados, reunida en comité secreto, durante diez sesiones critica tanto la conducción de la política exterior como los métodos de la acción militar; y en Gran Bretaña, donde el primer ministro Asquith es sustituido por Lloyd George, que llega al poder el 6 de diciembre encabezando un gabinete de coalición.

Estas críticas de la conducción de la guerra y de los métodos de gobierno sólo adoptan una forma grave en Rusia.

Desde 1915, la oposición liberal había criticado abiertamente en la Duma, la incapacidad e incluso la venalidad de los servicios de la administración de la guerra, la «dulce anarquía» de las oficinas ministeriales y la carencia del gobierno. En septiembre de 1915, esta oposición parlamentaria asoció, bajo el nombre de

«bloque progresista», tres partidos: constitucionales-demócratas, progresistas y «octubristas»; agrupaba ya los dos tercios de los diputados y había reivindicado la formación de un ministerio compuesto de miembros del Parlamento. Estos grupos políticos habían recibido el apoyo de la Unión de los Zemtvos y de la Unión de las Ciudades, es decir, de comités centrales designados por los cuerpos administrativos de los distritos o de los «gobiernos» y por las municipalidades. En el seno de esta oposición «burguesa» estaban asociados comerciantes o industriales, intelectuales y miembros de profesiones liberales, sostenidos por ciertos elementos de la nobleza provinciana. Pero el zar no se resignó a compartir su poder con el Parlamento.

En noviembre de 1916 estalla la crisis política: ataques vehementes en la Duma contra la apatía del poder y contra las «potencias ocultas» que actúan alrededor del zar, en particular la de un aventurero, el monje Rasputín, cuya presencia en la corte compromete la dignidad de la familia imperial. La oposición quiere obtener la formación de un ministerio que se responsabilice ante el Parlamento y que se muestre capaz de «dirigir la guerra». El Consejo del Imperio y la Asamblea de la Nobleza se unen a esta reivindicación el 9 y el 14 de diciembre, respectivamente. Sin duda esta oposición permaneció hasta entonces en la legalidad. Pero el 29 de diciembre Rasputín es asesinado por el príncipe Yusupov: la exasperación se torna peligrosa.

La «descomposición» del poder impresiona a todos los observadores políticos extranjeros. ¿Intentará el zar romper la oposición por la fuerza, o será él mismo derribado por un golpe de Estado? Este golpe de Estado empiezan a soñarlo ciertos miembros de la Duma, y entre ellos Gucbkov, jefe del partido «octubrista».

Al mismo tiempo, pero en otros medios, la propia guerra es puesta en entredicho. Esta oposición procede, más o menos conscientemente, de la iniciativa tomada por los socialistas internacionalistas durante la conferencia de Zimmerwald¹. Una nueva conferencia, reunida por iniciativa de la Comisión Socialista Internacional en Kienthal (Suiza) en abril de 1916, no se contenta con establecer principios; dirige un llamamiento no sólo a todos los partidos socialistas, sino «a los pueblos a los que se destroza y se mata», para predicar la acción directa: declinar toda participación en el gobierno, rechazar el voto de los créditos militares, reclamar un armisticio inmediato, e imponer la paz «sin anexiones ni indemnizaciones». «Acabad por todos los medios a vuestro alcance con la carnicería mundial». Esta Comisión intenta, pues, propagar una consigna de orden revolucionario, y ya no vacila en hacer suya la idea básica de Lenin: preparar la guerra civil para poner fin al conflicto internacional.

Este manifiesto de Kienthal encontró entre los militantes socialistas y las masas obreras un eco muy desigual.

En Rusia los socialistas están divididos en dos tendencias —los «socialdemócratas», que son marxistas, y los «socialistas revolucionarios», cuyo programa está orientado principalmente hacia la cuestión agraria. En el seno del grupo socialdemócrata, la controversia está viva entre los intransigentes —los *bolcheviques*— y los moderados: los *mencheviques*. Los jefes bolcheviques, que conservan relaciones secretas con Lenin y los emigrados que lo rodean en Suiza, adoptan el programa de la «Izquierda Zimmerwaldiana»; los otros socialistas no van tan lejos, pero retienen la consigna revolucionaria en la medida en que se puede aplicar a la situación política de su país: la ocasión parece favorable para derribar el régimen zarista, debilitado por la oposición que dirige el bloque progresista. Tal es el sentido de la llamada lanzada el 29 de diciembre de 1916 por los partidos socialistas a los partidos «burgueses»: «Si continuáis combatiendo a este gobierno por medios legales, os parecéis a Don Quijote, que luchaba contra molinos de viento. Actualmente, el deber cívico es desobedecer la ley».

En Italia, el partido socialista había manifestado su hostilidad a la entrada en guerra y expulsó a aquellos de sus miembros que, con Mussolini, seguían animados por la idea nacional; había declarado que «separaba su responsabilidad de la de las clases dirigentes», pero que, sin embargo, no «sabotearía» la defensa nacional. En el invierno de 1916-17, esta relativa moderación está fuertemente discutida: en el congreso del partido, los «zimmerwaldianos» son 14.000 contra 17.000.

En Alemania y en Gran Bretaña, por el contrario, en su gran mayoría los socialistas sostienen la política de unión nacional. El partido laborista aceptó, desde mayo de 1915, la participación en el poder y, en diciembre de 1916, apoya al gabinete de coalición formado por Lloyd George. El partido socialdemócrata alemán, aunque no fuese invitado a colaborar con el gobierno, permanece fiel a la «unión sagrada». Pero en los dos Estados se crea un partido de oposición a la unión nacional: el partido «laborista independiente», representado en la conferencia de Zimmerwald; el partido «independiente» en Alemania fue formado en mayo de 1916, y los extremistas del mismo, agrupados en el *Spartakusbund*, predicaban con Liebknecht una resistencia activa a la guerra.

La situación es diferente en Francia, donde el partido socialista unificado, que da su colaboración al

¹ Ver pág. 21.

gobierno, no ha sufrido ninguna escisión; pero la línea de conducta adoptada después de agosto de 1914 es, a fines de 1916, abiertamente criticada por una gran parte de los militantes. En el congreso socialista nacional de diciembre, 1.407 votos (contra 1.537) se pronuncian en favor de reemprender las relaciones con los partidos socialistas de todos los países, y 1.372 (contra 1.637) se declaran hostiles a la participación de miembros del partido en el gobierno de unión nacional. Los socialistas «minoritarios», sin seguir todos los artículos del programa zimmerwaldiano, adoptan la idea de paz «sin anexiones ni indemnizaciones». No obstante, se inclinan ante la disciplina del partido. ¿Por qué tomarían la iniciativa de una escisión, ahora que pueden esperar llegar a ser pronto «mayoritarios»?

Austria-Hungría es el único de los grandes Estados beligerantes donde el partido socialista no tiene ocasión de ejercer una acción política importante. Este partido tiene efectivos muy débiles en Hungría. En Austria dispone de una fuerza parlamentaria, pero no ocupa un asiento en el Parlamento. El asesinato, el 21 de octubre de 1916, del presidente del Consejo austríaco por el secretario del partido socialista, es el acto de un aislado que sus amigos desapruaban.

En conjunto, los progresos de una oposición socialista a la unión nacional y a la guerra son evidentes. La convicción doctrinal y el apego a la idea de solidaridad internacional del proletariado fueron los que orientaron la acción de los militantes. En cuanto a las masas obreras, se sensibilizaron sin duda con los sufrimientos materiales que eran consecuencia de la guerra. En todas partes las dificultades del abastecimiento y la inflación monetaria provocaron una subida del coste de la vida, que no tuvo como corolario una subida equivalente de los salarios. La diferencia es particularmente sensible en Alemania, donde, a consecuencia del bloqueo, el precio de los artículos alimenticios se duplicó con creces entre 1914 y 1916, mientras que en numerosos oficios los salarios sólo aumentaron el 25 %. Aproximadamente lo mismo ocurre en Gran Bretaña: los artículos no faltan, pero los costes de compra en Estados Unidos y los costes de transporte aumentan rápidamente. En Francia, donde la necesidad de importación de productos alimenticios es menos importante, el índice de los precios (1914 = 100) alcanza, según los artículos, de 145 a 165 en el segundo semestre de 1916, mientras que el índice medio de los salarios es de 125. En Italia, donde la crisis de vida cara se desarrolla más lentamente, la disminución del «salario real» es algo menor. Estas dificultades económicas contribuyeron en gran manera a debilitar el ímpetu patriótico y acrecentaron el deseo de poner fin a la guerra. Aun es preciso abstenerse de establecer una correlación directa: el progreso del ideal internacionalista fue más sensible en Italia y en Francia que en Alemania, donde, no obstante, el alza de precios y la crisis de abastecimiento fueron mucho más graves.

II. — Las reivindicaciones de los beligerantes

A fines de 1916, en el momento en que en los Estados beligerantes el peso de las decepciones debilita la unión nacional, es cuando los gobiernos toman partido por la idea de paz. Los Imperios Centrales lanzan la iniciativa: el 12 de diciembre proponen a sus adversarios entablar negociaciones, pero sin indicar cuáles serían sus condiciones; es, pues, sólo un gesto destinado a mejorar la situación moral de Alemania de cara a los neutrales y al mayor de ellos: Estados Unidos. Algunos días más tarde, el 20 de diciembre, la idea es adoptada por el presidente Wilson, quien por dos veces, en enero de 1915 y febrero de 1916, ya había buscado una ocasión de mediación: pide a los beligerantes que den a conocer sus condiciones de paz, esperando que no serán «incompatibles». Pero, a pesar de la lasitud de los pueblos, ninguno de los gobiernos beligerantes consiente en examinar verdaderamente la eventualidad de la paz: Alemania ha acumulado demasiadas victorias para aceptar una vuelta al *statu quo ante*, y las potencias de la Entente no admitirían la idea de una «paz blanca». El hecho sólo tiene importancia en la medida en que lleva a estos gobiernos a mostrar sus «reivindicaciones».

En una nota enviada el 10 de enero de 1917 al presidente de Estados Unidos y publicada seguidamente, la Entente indica sus fines:

Los Imperios Centrales y sus aliados deberán evacuar Bélgica, Serbia y Montenegro, Polonia, Lituania y nordeste de Francia, así como conceder compensaciones financieras por los perjuicios sufridos; deberán devolver Alsacia-Lorena a Francia, liberar del dominio austrohúngaro las poblaciones eslavas, italianas y rumanas, y del dominio otomano las poblaciones no turcas; deberán también aceptar una «reorganización de Europa», que aseguraría «tanto a los pequeños como a los grandes Estados» la seguridad y la libertad de

desarrollo económico.

Esta nota no sólo exige, pues, que el «mapa de guerra» se borre, sino que pide a Alemania la cesión del «suelo imperial», y anuncia su voluntad de destruir Austria-Hungría y el imperio otomano². Por último, un mes más tarde, se empezó una negociación franco-rusa sin que Gran Bretaña se enterase; esta concluiría, el 14 de febrero de 1917, con un acuerdo secreto, que definía las reivindicaciones de guerra de los dos Estados en caso de victoria completa:

Francia podría recuperar Alsacia-Lorena, anexionarse «la cuenca hullera del valle del Sarre» y separar del imperio alemán los territorios de la orilla izquierda del Rin, que formarían «un Estado autónomo y neutralizado»; Rusia tendría «toda la libertad de fijar a su antojo sus fronteras occidentales», es decir, que los polacos no tendrían ningún medio de hacerse escuchar en la Conferencia de la Paz.

El gobierno francés, que temía una paz separada de Rusia, creyó necesario ofrecer al zar ventajas bastante importantes para que mantuviera su interés en permanecer en la coalición.

El 26 de diciembre, el gobierno alemán rehusó declarar públicamente sus reivindicaciones de guerra; sin embargo, un mes más tarde las comunicó al presidente Wilson:

Exige, por supuesto, la restitución de sus colonias, ocupadas casi todas por los británicos y los franceses (sólo conserva el este africano). Reivindica, directa o indirectamente, todos los territorios de Rusia occidental: el 5 de noviembre, los Imperios Centrales anunciaron que los territorios polacos que tienen ocupados desde 1915 formarían, una vez terminada la guerra, un Estado «independiente», al que impondrían un estatuto de vasallaje; asimismo, sería necesaria una extensión de territorio hacia el este «para proteger a Alemania y a Polonia económica y estratégicamente de Rusia». Quiere obtener «una modificación» de la frontera franco-alemana en Lorena: la anexión de la cuenca minera de Briey. Finalmente, si admitiese la «restauración» de Bélgica, sería a condición de que el gobierno belga firmase «garantías especiales para la seguridad de Alemania»: ocupación duradera de las fortalezas de Lieja y Namur, control alemán de las redes ferroviarias y supresión del ejército.

Resumiendo, el gobierno alemán mantiene lo esencial de las reivindicaciones de guerra que estableció el canciller Bethmann-Hollweg antes del desenlace de la batalla del Marne³. Al mismo tiempo los alemanes, al igual que sus adversarios, se preparan para continuar la lucha económica después del fin de las hostilidades: el Gran Cuartel General mandó hacer un informe sobre las 4.000 fábricas de la Francia ocupada para evaluar los daños sufridos, tiempo necesario para repararlos y apreciar qué partido podrá sacar la industria alemana de esta ruina de productores, cuya competencia la estorbó antes de 1914.

En los dos grupos beligerantes, uno de los cuales, de hecho, ha realizado grandes conquistas, mientras que el otro ha soportado invasiones, ambos gobiernos tienen programas anexionistas. ¿Están verdaderamente convencidos de que podrán conseguir estas reivindicaciones de guerra?

Gran parte de la opinión pública francesa es favorable a la reivindicación de Alsacia-Lorena, que ciertamente no aparece como una anexión, sino como una restitución; por el contrario, no desea verdaderamente la destrucción de Austria-Hungría, a la que una parte de la opinión se muestra incluso netamente hostil; en cuanto a la eventualidad de una autonomía de los territorios renanos del imperio alemán, es una reivindicación de ciertos ambientes políticos, que el presidente del Consejo, Briand, no tomó en cuenta hasta después de muchas indecisiones. La opinión pública británica nunca manifestó interés alguno por tales reivindicaciones. El gobierno francés tuvo sin duda la intención de demostrar al mundo, al indicar un vasto programa de transformaciones territoriales, que, a pesar de las decepciones, mantuvo la certeza de vencer.

En Alemania, por el contrario, los proyectos anexionistas encuentran un punto de apoyo en la

² En marzo-abril de 1915, el gobierno ruso obtuvo de Gran Bretaña y de Francia la promesa de que, después de la victoria, podría anexionarse Constantinopla y asegurarse ala total posesión» de los estrechos otomanos. Además, en 1916, acuerdos secretos franco-anglo-rusos previeron el reparto de la Turquía asiática.

³ Ver págs. 32-33.

mayoría de la opinión pública: partidos políticos, agrupaciones de intereses económicos y asociaciones patrióticas; además, el Gran Cuartel General, sobre todo después de que Hindenburg, ayudado por Ludendorff, reemplazó a Falkenhayn el 26 de agosto, defendió con vigor este programa. El canciller Bethmann-Hollweg, en su fuero interno, es más reticente, pero no puede oponerse a la corriente dominante.

En todo caso, incluso haciendo caso omiso de la exageración táctica, aparece claramente que las respectivas reivindicaciones de guerra son «incompatibles», a pesar de la esperanza que manifestó el presidente Wilson. La eventualidad de una paz diplomática está prácticamente descartada por los medios dirigentes.

III. — La búsqueda de la «decisión»

¿Cómo espera imponer su voluntad al adversario cada una de las coaliciones?

En los últimos meses de 1916, la Entente persiste en dar su confianza al esfuerzo militar, mientras que los Imperios Centrales, conscientes de que «en tierra» la balanza de fuerzas no les permiten seguir esperando la victoria, deciden emprender una nueva forma de guerra, en la cual los submarinos van a desempeñar el papel esencial.

El plan de campaña de la Entente se fijó el 18 de noviembre de 1916 en la conferencia interaliada de Chantilly: los ejércitos de la coalición deberán estar preparados para emprender ofensivas de conjunto «desde la primera quincena de febrero de 1917», con miras a anticiparse a toda iniciativa alemana. A decir verdad, en esta fecha la nieve aún dificultará las operaciones en los frentes ruso e italiano; pero el ejército británico anuncia su intención de lanzar una ofensiva en el frente del Somme en febrero si las condiciones atmosféricas lo permitieran; el ejército francés debe atacar, 15 días después, en el frente del Aisne, entre Craonne y Reims. No se trata de reanudar una batalla de desgaste, puesto que los procedimientos de «machacamiento» sólo dieron decepciones. El método que preconiza el general Nivelle, que en diciembre reemplaza a Joffre en el mando de los ejércitos franceses, es el que aplicó, a fines de octubre, cuando reconquistó a los alemanes, en Verdún, las fortalezas de Vaux y de Douaumont: un asalto lanzado audazmente, después de una corta preparación de artillería, puede arrebatar de un solo golpe las posiciones adversas; si se lleva con una rapidez tal que el enemigo no tenga tiempo de desplazar sus reservas, podrá obtener resultados que los estados mayores, en los dos campos, no han podido realizar en el frente de Francia desde el otoño de 1914. «Romperemos el frente alemán cuando queramos —escribe el nuevo comandante en jefe en una nota del 14 de enero de 1917—, a condición de atacar el punto más débil y de efectuar la operación por sorpresa y en tropel, en 24 ó 48 horas.» Nivelle obtiene el visto bueno de Douglas Haig. Varios generales no comparten esta aseveración y temen todos los riesgos de una aventura; pero ninguno osa manifestar una oposición absoluta a un proyecto que quizá lleva en sí una posibilidad de éxito.

El plan de los Imperios Centrales lo fijan los estados mayores alemanes, imponiéndolo al canciller Bethmann-Hollweg y luego al gobierno austro-húngaro. La guerra submarina llevada por Alemania a título de represalias en 1915, fue concebida como un medio de obtener el aligeramiento del bloqueo⁴. No consiguió su propósito, pero tuvo graves consecuencias en las relaciones con los neutrales: el torpedeo de los barcos británicos *Lusitania* (7 de mayo de 1915) y *Sussex* (24 de marzo de 1916) causaron la muerte de ciudadanos americanos, por lo que el gobierno de Estados Unidos amenazó con romper las relaciones diplomáticas. Ante esta amenaza, el 4 de mayo de 1916 el gobierno alemán tuvo que dar la orden a los comandantes de sus submarinos de no torpedear más «sin aviso»: significaba, de hecho, suspender la guerra submarina. Ahora bien, a partir de octubre de 1916, el estado mayor de la marina, que dispone ahora de más de 100 submarinos⁵, afirma la voluntad de reanudarla y conducirla, esta vez, «a ultranza», lo cual es sostenido vigorosamente por

⁴ Ver pág. 17.

⁵ En febrero de 1917, 106; en marzo, 120

el estado mayor del ejército. El canciller protesta contra esta intervención de los estados mayores en un asunto que compromete directamente la marcha de la política exterior, puesto que concierne a las relaciones con Estados Unidos; pero la mayoría del Reichstag no le hace caso.

El estado mayor de la marina piensa dirigir esta guerra submarina contra la navegación comercial neutral o enemiga, alrededor de las Islas Británicas y a lo largo de las costas francesas. Es necesario paralizar el abastecimiento de víveres a Gran Bretaña. Los expertos dicen que es posible conseguirlo si el tonelaje hundido por los submarinos alemanes alcanza las 600.000 toneladas mensuales: en seis meses, Gran Bretaña habría perdido un tercio de su flota mercante y no podría contar con las flotas mercantes neutrales, ya que no querrán arriesgarse a ser torpedeadas. Si esta crisis del abastecimiento de artículos alimenticios pudiera coincidir con la «soldadura», es decir, el período que precede a la comercialización de la cosecha, la población británica padecería hambre. La situación sería tanto más grave si también faltaran las materias primas industriales, el algodón americano sobre todo, ya que muchos obreros se encontrarían en paro. La guerra submarina «a ultranza» debe empezar, pues, a principios de febrero de 1917: en agosto Gran Bretaña se verá obligada a capitular. Poco importa saber si Estados Unidos se resignarán o no tolerar la guerra submarina, ya que no tienen ejército y no podrán, al menos antes de un año, conseguir uno capaz de tomar parte en la batalla de Europa. La guerra habrá terminado antes de que la intervención de Estados Unidos pueda modificar la suerte de las operaciones militares. Esta es la tesis de los expertos.

Sin embargo, ¿confirmará estos cálculos el «rendimiento» de la guerra submarina? Y la población británica, incluso si padece hambre, ¿capitulará rápidamente? El canciller manifiesta sus dudas. En todo este asunto sólo ve una cosa casi cierta: la entrada de Estados Unidos en la guerra.

El 9 de enero de 1917 el emperador toma su decisión y firma las órdenes: la guerra submarina se reemprenderá el 10 de febrero y será «sin restricciones»; la notificación a los neutrales se efectuará la víspera.



CAPÍTULO V

EL MOMENTO CRUCIAL DE LA GUERRA

En 15 días, entre el 16 de marzo y el 2 de abril de 1917, las previsiones establecidas por los estados mayores se vieron trastornadas por dos grandes acontecimientos, totalmente independientes uno del otro: la caída del régimen zarista y la intervención de Estados Unidos. La abdicación de Nicolás II fue el primer acto de un movimiento revolucionario que 9 meses más tarde llevará a Rusia a dejar las armas. La entrada de Estados Unidos en la lucha aporta a los Estados de la Entente una ayuda que será decisiva. Es necesario situar bien estos dos hechos en la historia de la guerra.

I. — La primera revolución rusa

A finales de 1916 la oposición política en Rusia tomó un grave aspecto¹. «En todo momento — escribía el embajador británico— las llamas pueden brotar del fuego que está latente.» El movimiento revolucionario que derribará el régimen estalla en marzo de 1917.

1. **El fin del régimen zarista.** — El punto de partida de estas inquietudes revolucionarias es un motín de abastecimiento.

A causa del rigor invernal, que aumenta las dificultades de transporte, las reservas de harina en la capital están casi agotadas. A fines de febrero el gobierno se ve obligado a establecer un estricto racionamiento y las panaderías se ven incapaces de «canjear» todos los cupones. Los primeros movimientos son de grupos de gente hambrienta. Al mismo tiempo, y por las mismas razones, las reservas de carbón se vuelven insuficientes para asegurar la marcha de las fábricas, que se ven obligadas a despedir a los obreros por millares. La protesta obrera se manifiesta en la calle mediante desfiles de parados, y en las fábricas de guerra aún activas, mediante amenazas de huelga, a lo cual la dirección de los grandes establecimientos metalúrgicos Putilov responde con un *lockout*. El 9 de marzo² se producen los primeros choques entre los huelguistas y la policía.

A partir del día siguiente cambia el carácter del movimiento, sin duda porque los militantes socialistas han tomado la dirección: los manifestantes ya no se contentan con protestar contra la incuria de los servicios administrativos, que no han sabido evitar esta crisis de abastecimiento, sino que atacan al régimen político: «¡Abajo la autocracia!». Entonces los jefes de la oposición burguesa —los líderes del «bloque progresista»— intentan aprovechar las circunstancias para obtener la formación de un ministerio parlamentario; el gobierno replica cerrando la Duma. Es la prueba de fuerza.

En dos días sobreviene el desenlace: la defección de la guarnición de Petrogrado, donde el grueso de los efectivos está formado por reservistas sensibles a la propaganda de los militantes, paraliza la resistencia de los poderes públicos. En la noche del 12 de marzo dimiten todos los ministros. El zar, que se encuentra en el Gran Cuartel General, en Mohilev, no toma ninguna iniciativa.

En el momento en que desaparece el gobierno, se constituyen dos poderes en la capital, después de alguna indecisión, ya que incluso los mismos revolucionarios se sorprenden de su victoria. Uno es el «comité provisional» de la Duma, que representa los puntos de vista de la oposición liberal, y que al principio sólo pensó en imponer al zar el régimen parlamentario. El otro es de inspiración socialista: el «comité ejecutivo provisional», que manifiesta los puntos de vista del «Soviet de los obreros y soldados», formado a imagen y semejanza de las agrupaciones revolucionarias de 1905; reclama de golpe el fin del sistema monárquico. Los dos poderes negocian. En la noche del 14 se ponen de acuerdo sobre la formación de un gobierno provisional.

El 15 de marzo el zar recibe en el cuartel general del frente del norte, en Pskov, a dos delegados de la

¹ Ver pág. 53.

² Las fechas indicadas en el texto son según el calendario «occidental».

Duma, que le piden que abdique. Para intentar resistir sería necesario que pudiese contar con la fidelidad de las tropas y de sus jefes, y que empezara una operación militar contra la capital: para el enemigo, esto sería la guerra civil. El jefe del estado mayor general y los comandantes de los cuerpos de ejército deciden unánimemente descartar esta eventualidad y aconsejan la abdicación, con el fin de restablecer la unidad nacional. El zar se somete; sin embargo, intenta salvar la monarquía y designa como sucesor a su hermano, el gran duque Miguel; pero este, advertido por el presidente de la Duma, rehúsa a la corona. El 17 de marzo Rusia se convierte, de hecho, en república.

2. El alcance de la revolución. — ¿Cuál va a ser el alcance de este hecho para la suerte de la guerra europea? Es lo que en seguida se preguntan los beligerantes y, ante todo, los aliados de Rusia.

En el primer momento, el hundimiento de un régimen que no supo dar a la organización militar un vigoroso impulso ni rodearse de las fuerzas vivas del país, tranquiliza a los gobiernos aliados de Rusia, que temían ver al zar poner fin a la guerra incluso por una paz separada, para escapar a las amenazas de la crisis interior y salvar su corona. El gobierno republicano, ya que tendrá por fundamento el consentimiento popular y estará apoyado por un vasto movimiento de opinión, no tendrá dificultades en obtener un gran esfuerzo del país. En París y en Londres se espera, pues, que Rusia se convertirá en una aliada más segura y más eficaz. Un gran patriota, Miliukov, es ministro de Asuntos Exteriores del gobierno provisional. Principal orador del «bloque progresista» en la Duma, aprobó calurosamente las reivindicaciones de guerra de la Rusia zarista, aunque criticando ásperamente los métodos del gobierno. El 17 de marzo manifiesta en una nota a los Aliados el deseo de «respetar de una forma inquebrantable las obligaciones internacionales contraídas por el régimen derribado», incluyendo los acuerdos secretos firmados con Francia y Gran Bretaña³, y de «combatir al enemigo común hasta el fin y con decisión». La alianza permanece, pues, intacta, y el gobierno ruso parece animado por una firme voluntad.

Pero bastan pocos días para disipar estas ilusiones. La revolución fue obra de dos fuerzas cuya colaboración no podía durar: la burguesía liberal y el socialismo. Pronto las posiciones de estas dos fuerzas se vuelven incompatibles: el 24 de marzo, el Soviet de Petrogrado vota una moción en la que se pide la inmediata apertura de negociaciones de paz y el abandono de todo programa de anexiones. Desde primeros de abril se entabla, pues, una lucha entre el ministro de Asuntos Exteriores y el Soviet sobre la cuestión de la guerra y de la paz. Miliukov no cuenta ni con el apoyo de todos sus colegas, pues el ministro de Justicia, Kerensky, que se encuentra en el extremo del socialismo, y que pronto se adherirá al partido socialista revolucionario, en este asunto comparte la opinión del Soviet. Tampoco cuenta con el apoyo de la masa, ya que la población obrera sigue las consignas del Soviet y los campesinos quieren «olvidar la guerra» para mirar solamente la perspectiva de una reforma agraria.

En esta dualidad del poder, ¿podrá el gobierno seguir siendo dueño de la situación? El 4 de mayo empieza una revuelta. El gobierno provisional reprime este movimiento, pero no se ve capaz para arriesgar una nueva prueba de fuerza: el 15 de mayo decide destituir a Miliukov. El 19 de mayo declara desear una paz general «sin anexiones ni indemnizaciones, sobre la base del derecho de los pueblos a disponer de sí mismos».

Al mismo tiempo, el ejército está profundamente debilitado por la dimisión de generales y de oficiales de carrera adeptos al régimen zarista, y sobre todo por el nuevo concepto de los «derechos del soldado». El 15 de marzo, en un *Llamamiento a la guarnición de Petrogrado*, el Soviet decidió la formación de comités de soldados en las unidades, encargados de controlar los «actos políticos» del ejército y arbitrar en las «diferencias entre oficiales y soldados». Esta medida fue tomada para asegurar el éxito del movimiento revolucionario en la capital, pero pronto se aplicó a las tropas en campaña, donde mina la autoridad de los mandos. El comandante en jefe comunica a los aliados que, por el momento, no puede pensar en dar a sus tropas una orden de ataque. El ejército ruso ya no es una fuerza con la cual se pueda confiar.

Apenas un mes después de la caída del zar, Francia, Gran Bretaña e Italia se convencen de que la revolución rusa no ha terminado. Y pueden apercibirse de las consecuencias inmediatas: no se podrá realizar el gran plan de campaña previsto para 1917, puesto que la participación del ejército ruso es, al menos, improbable, si no inverosímil; la cuestión de la paz, que los Aliados descartaron de su horizonte en diciembre de 1916, va a replantearse de manera urgente en términos tales, que las «reivindicaciones de guerra» de los Estados occidentales corren el riesgo de ser desaprobados por la opinión pública rusa. Empieza a aparecer la eventualidad de una divergencia profunda en el seno de la coalición y de un desfallecimiento del aliado ruso.

³ Ver pág. 57.

Para los Imperios Centrales, la revolución rusa es un buen augurio: reanima la esperanza de una paz separada. En 1915¹⁹¹⁶ esta paz fue un objetivo permanente de la política alemana, pero el zar había guardado fidelidad a sus compromisos⁴. Ahora Alemania puede jugar con la dualidad del poder y con la influencia del Soviet. Y lo hace. Cuando el 23 de marzo el embajador alemán en Berna se entera de que Lenin y el grupo de bolcheviques instalados en Suiza desean regresar lo más rápidamente posible a Rusia, el gobierno y el Gran Cuartel General se ponen inmediatamente de acuerdo para concederles la autorización de atravesar el territorio alemán y darles un vagón que los transportaría con un estatuto de extraterritorialidad. El secretario de Estado de Asuntos Exteriores escribe: «Tenemos interés en ver que la influencia del ala radical de los revolucionarios tome la dirección en Rusia». Efectivamente, a su llegada a Petrogrado el 16 de abril, Lenin lanza una consigna de paz. La prensa alemana anuncia que su gobierno está dispuesto a negociar con el gobierno ruso una paz que aseguraría a todos los pueblos «la existencia, el honor y la libertad de desarrollo».

II. — La intervención de Estados Unidos

Al principio de la guerra europea, el 19 de agosto de 1914, el presidente Wilson anunció en un *Llamamiento al pueblo americano* una política de estricta neutralidad e, incluso, recomendó a sus ciudadanos no manifestar preferencia por ninguno de los grupos beligerantes. No veía ningún motivo para desear antes que una victoria alemana una victoria de la Entente, ya que pensaba que podría conducir a una «hegemonía de Rusia sobre el continente europeo». Temía, sobre todo, que la opinión pública americana se dividiese profundamente: en las regiones del este se manifestaba una corriente de simpatía hacia la Entente; en el centro, muy indiferente ante los asuntos europeos, la propaganda de los germanoamericanos y la de los inmigrados irlandeses, adversarios de Gran Bretaña, o de los inmigrados polacos, adversarios de Rusia, actuaban en sentido inverso. La neutralidad recomendada por el presidente no fue aceptada por nadie. ¿Cómo fue que 30 meses más tarde Estados Unidos entrara en el conflicto?

1. La práctica de la neutralidad. — En agosto de 1914 la neutralidad política tuvo por corolario una neutralidad económica y financiera: el gobierno recomendó a los bancos no otorgar facilidades financieras a los beligerantes. Al principio esta consigna fue fácilmente respetada, pues los beligerantes, durante los primeros meses del conflicto, creyeron en una guerra corta y vivían de sus reservas⁵. Pero, a partir del otoño de 1914, los exportadores americanos recibieron, a un ritmo cada vez más rápido, pedidos de material de guerra, de materias primas y de artículos alimenticios; de hecho, esta corriente comercial se estableció casi únicamente con Gran Bretaña y Francia, puesto que Alemania se encontraba bajo bloqueo. En 1915, el desarrollo de las exportaciones americanas fueron considerables, y todos los productores, agrícolas o industriales, se beneficiaron ampliamente. Pero este desarrollo no habría sido posible si el gobierno de Estados Unidos hubiese continuado practicando la neutralidad financiera, pues los compradores europeos no habrían podido conseguir los medios de pago. Entonces el presidente autorizó a los bancos americanos a conceder créditos a estos compradores. Admitió incluso la emisión de un gran préstamo francobritánico en octubre de 1915 sobre el mercado americano. Estados Unidos se había convertido, pues, en proveedor y prestamista, principalmente en provecho de uno de los grupos beligerantes. Estableció con Gran Bretaña y Francia lazos económicos y financieros que aseguraban a la mayoría de la población americana una gran prosperidad.

La amplitud de estas relaciones comerciales entrañaron dificultades políticas. Estados Unidos, gran exportador, tuvo gran interés en mantener la libertad de navegación por el Atlántico: reclamó, pues, el principio de la «libertad de los mares». El presidente Wilson protestó contra el bloqueo francobritánico a causa del ejercicio del «derecho de visita», pero sobre todo contra la guerra submarina, que no perdonaba vidas humanas; dirigió a Alemania una amenaza de ruptura de las

⁴ Ver págs. 40 y 57.

⁵ Ver pág. 16.

relaciones diplomáticas y, en mayo de 1916, obtuvo la suspensión de la guerra submarina en el Atlántico. Sin embargo, sólo fue un resultado precario, constantemente discutido por el almirantazgo alemán⁶.

La perspectiva de una agravación de estas dificultades políticas y la intención de prevenirlas, condujeron al presidente Wilson al deseo de ver la guerra europea acabada. Si el conflicto se prolongaba, ¿no correría Estados Unidos el riesgo de ser arrastrado hacia una intervención armada para proteger los derechos de los neutrales? Sin embargo, pensaba mantener la línea de conducta que había seguido y proseguir a Estados Unidos «al margen de la guerra», asegurando al mismo tiempo la prosperidad económica, es decir, la libertad de navegación por el Atlántico. Cuando fue reelegido en la presidencia el 7 de noviembre de 1916, se declaró, al igual que su competidor republicano Hughes, firmemente «neutralista». El 22 de enero de 1917, en un mensaje al Senado, expresa el deseo de que ninguno de los beligerantes pueda «aplantar» a su adversario y que la guerra termine con «una paz sin victoria». «Somos la única de las grandes naciones blancas que permanece al margen de la guerra; sería un crimen contra la civilización tomar parte en ella», declaró a su amigo el coronel House.

2. La decisión de intervención. — La guerra submarina alemana determinó el cambio de frente. El cuerpo electoral americano, en ocasión de la elección presidencial de noviembre de 1916, se afirmó «neutralista»; pero dio la mayoría a quien podía gloriarse de haber asegurado la prosperidad económica; ahora bien, desde que los submarinos practicaron «a ultranza» la guerra contra la navegación comercial en el Atlántico, las exportaciones destinadas a Gran Bretaña, a Francia y a sus aliados, que formaban las tres quintas partes de las exportaciones totales, corrían el riesgo de ser gravemente dificultadas. Pero, sobre todo, lo que se perjudicaba era el prestigio nacional: ¿podía Estados Unidos aceptar que Alemania se desprendiera de la promesa que dio el 4 de mayo de 1916, y destruyera dotaciones americanas? El presidente Wilson, desde la declaración alemana del 31 de enero de 1917, anuncia, el 3 de febrero, la ruptura de las relaciones diplomáticas con Alemania y declara que, si los submarinos alemanes hunden un navío americano, Estados Unidos defenderá por medio de las armas la libertad de los mares.

¿Por qué todavía demora dos meses la decisión final? Porque, dice a sus colaboradores, a través de la simple amenaza aún espera «que Alemania vuelva a la razón». Pero también porque cree que sólo un «acto manifiesto» —el torpedeo de un buque— permitirá evitar todo titubeo de la opinión pública. La gran preocupación del presidente— escribe el embajador de Gran Bretaña— es «no intervenir hasta que el país apruebe unánimemente esta acción». Wilson sabe que las poblaciones del centro y del oeste, que observan de lejos los asuntos europeos, y que se creen indiferentes a la suerte de la navegación comercial en el Atlántico, son menos sensibles que las del este a la declaración alemana de guerra submarina a ultranza; quiere, pues, darles tiempo para que tomen conciencia de los intereses nacionales.

A lo largo del mes de febrero de 1917 empezó a manifestarse esta evolución de la opinión pública.

El primer motivo de esta evolución es la «congestión económica» que sufren los puertos americanos del Atlántico: los armadores, ante la amenaza que pesa sobre sus navíos, deciden detener el tráfico en la zona donde ha sido decretado el bloqueo submarino; las mercancías en espera de transporte se amontonan en los muelles y en los almacenes, mientras los exportadores se apresuran a suspender sus compras en los centros de producción; los agricultores del *Middle West* y los plantadores de algodón del sur comprenden, pues, que la guerra submarina daña la prosperidad de Estados Unidos. Para estimular la reanudación del tráfico, el 26 de febrero el presidente recomienda al Congreso decidir que los navíos comerciales llevarán cañones con el fin de defenderse contra el ataque de los submarinos; el 12 de marzo, este armamento de la marina mercante es un hecho.

El otro motivo es la revelación de una oferta hecha por el gobierno alemán al gobierno mexicano: Alemania, previniendo la guerra con Estados Unidos, propone a México una alianza, prometiéndole la

⁶ Ver págs. 61-72.

reconquista de los territorios anexionados por la Unión americana en 1845 (Texas, Nuevo México y Arizona); el telegrama cifrado, expedido de Berlín a México vía Nueva York, fue captado y descifrado por el Servicio de Informaciones británico y remitido el 24 de febrero al presidente Wilson, quien, el 10 de marzo, se decide a publicar este documento para hacer sentir a cada uno el carácter de la amenaza alemana. El movimiento de indignación que sacude la opinión pública es profundo, sobre todo en los estados del oeste y del sudoeste.

Estados Unidos adopta, pues, una actitud de «neutralidad armada»: basta que un navío mercante americano sea atacado y entable combate con un submarino alemán para que empiecen las hostilidades. La nación se encuentra ahora preparada para aceptar la guerra.

El 19 de marzo se produce el «acto manifiesto»: el torpedeo del *Vigilantia*, cuya tripulación perece. El día 20 el presidente decide convocar al Congreso en sesión extraordinaria y se declara resuelto a la guerra. El 2 de abril el Congreso aprueba por una gran mayoría el mensaje que anuncia esta decisión⁷. Y la opinión pública se muestra efusiva.

El simple examen de los hechos conduce, pues, a pensar que la declaración de guerra submarina a ultranza fue la causa directa de la intervención de Estados Unidos. Tal era también, en 1917, la opinión del embajador alemán en Washington. Algunos años más tarde, después de terminada la guerra, los adversarios de la política wilsoniana intentarán, no obstante, acreditar otra versión, según la cual la declaración alemana no fue la causa, sino *la ocasión*, de la intervención americana: los grandes intereses bancarios que estaban relacionados con Gran Bretaña y Francia deseaban la intervención; habían dado la impresión de un gran movimiento de opinión subvencionando una campaña de prensa y el presidente cedió a esta petición, tanto más por cuanto deseaba representar un papel de árbitro en la Conferencia de la Paz. Pero, si esta tesis fuese exacta, ¿cómo se explica que la influencia de los intereses bancarios no se ejerció en la prensa del centro y del oeste, que al principio era reticente? Y, ¿cómo explicar las largas indecisiones del presidente, constatadas por todos sus inmediatos colaboradores?

3. La trascendencia de la intervención americana. — Estados Unidos, dijo el presidente Wilson en el Congreso, entra en la guerra «con todas sus fuerzas». ¿Cuál fue el sentido de este acontecimiento para el destino de la guerra europea? Desde el punto de vista militar, la intervención americana transforma las condiciones de la lucha, pues la Unión posee recursos en hombres muy superiores a los de los Imperios Centrales, y puede fabricar fácilmente toda clase de armamento. Se tiene la certeza, pues, de que el equilibrio de las fuerzas en Europa se romperá. Pero serán necesarios 12 ó 15 meses, como mínimo, para decidir el servicio militar obligatorio, establecer listas de reclutamiento, formar mandos, instruir a las tropas, constituir grandes unidades dotadas de un personal de estado mayor y transportar a Europa, a pesar de los submarinos alemanes, los primeros elementos de este ejército.

La intervención aporta inmediatamente a las potencias de la Entente cuatro importantes ventajas.

Ventaja naval: la participación de la marina americana acrecienta los medios de lucha contra la guerra submarina en el Atlántico, donde 35 cazatorpederos americanos reforzarán desde junio, para el servicio de las patrullas y de los convoyes, el centenar de unidades británicas en servicio.

Ventaja económica: el gobierno de Washington embarga las exportaciones destinadas a los Estados neutrales, acrecentando así el rigor del bloqueo dirigido contra Alemania; pero, sobre todo, dispone del medio de presión necesario que le permite obligar a los navíos mercantes noruegos, suecos, daneses u holandeses, a continuar navegando por cuenta de Gran Bretaña y de Francia, a pesar del riesgo de ser torpedeados; por fin, el ejemplo de Estados Unidos lleva a Bolivia, Perú, Brasil, Uruguay y a las pequeñas repúblicas de América Central a entrar en guerra, es decir, a poner a disposición de la Entente su flota mercante y los navíos alemanes refugiados en sus puertos desde el comienzo del conflicto. Esta aportación de navíos desmiente los cálculos del estado mayor naval alemán sobre la eficacia de la guerra submarina.

Ventaja financiera: Gran Bretaña y Francia recibirán en lo sucesivo del gobierno americano, y no de los bancos, las sumas necesarias para el financiamiento de las compras de material de guerra, de materias primas y de artículos alimenticios que efectuaban a Estados Unidos; se libran, pues, de las dificultades que encontraba sin cesar su llamada al crédito privado.

Ventaja moral: la intervención de Estados Unidos tiene gran trascendencia en la mentalidad colectiva, pues, por primera vez, un Estado neutral entra en la guerra sin regateos previos y sin promesa de

⁷ En el Senado, por 82 votos contra 6 y, en la Cámara de los Diputados, por 373 contra 50.

compensación. Defender los derechos de los neutrales contra métodos de guerra que son «un desafío a la humanidad» y combatir la «voluntad alemana de dominio» son, según el presidente Wilson, los únicos deseos americanos. En las naciones de la Entente esto refuerza un sentimiento de superioridad moral.

Verdaderamente, el idealismo wilsoniano puede dificultar, por el contrario, las iniciativas de estas naciones en materia de «reivindicaciones de guerra». Estados Unidos no se adhiere al pacto⁸ del 5 de septiembre de 1914; no es el «aliado», sino el «asociado» de la Entente, y se reserva el derecho a retirarse de la guerra si lo cree oportuno. Evidentemente, el presidente Wilson no se encuentra ligado a los acuerdos secretos estipulados entre los beligerantes europeos y se aparta de los programas de anexiones territoriales; está convencido de que en Alemania la «camarilla militar» es, en el fondo, desaprobada por un movimiento «liberal» que aún no ha podido expresarse. Los puntos de vista que lo separan de los Estados de la Entente son, pues, evidentes. El 21 de julio de 1917, Wilson escribe al coronel House: «Cuando la guerra termine, les podremos imponer nuestra manera de ver las cosas».

En lo sucesivo, para obtener la victoria, los Imperios Centrales deberán obtener éxitos decisivos antes de la entrada del ejército americano en batalla. El gobierno alemán confió en la guerra submarina, pero la presión que Estados Unidos puede ejercer sobre los neutrales europeos desmiente pronto todas las previsiones hechas sobre los posibles resultados de esta forma de guerra. En adelante, sólo le queda la esperanza de una disolución del ejército ruso y de una paz separada. En la política de Gran Bretaña y de Francia, una defección rusa se vuelve también preocupación esencial. El 2 de junio de 1917, en el comité secreto de la Cámara de los Diputados, uno de los interpelantes —Victor Augagneur, ex ministro de Marina— la presenta en términos apremiantes: Rusia no quiere batirse más; si se encuentra «desfalleciente», o si sólo da una ayuda militar muy reducida, «¿podemos esperar continuar la guerra hasta la victoria, y por qué medios?». Ciertamente, «queda Estados Unidos». Pero, «¿cuándo y en qué medida» Francia podrá contar con el concurso de su ejército?



⁸ Ver pág. 9.

CAPÍTULO VI

LAS CRISIS DE 1917

En el momento en que se abren estas nuevas perspectivas, la opinión pública, en los grandes Estados que llevan el peso principal del esfuerzo de la guerra, aún no miden sus consecuencias. En abril de 1917, la intervención efectiva de las tropas americanas está muy lejos para suavizar en Francia, Gran Bretaña e Italia, las preocupaciones y los sufrimientos inmediatos; la perspectiva de una paz separada rusa sólo es una eventualidad para el pueblo alemán. En todas partes esta opinión pública permanece dominada por las esperanzas próximas: en Francia sobre todo, pero también en Gran Bretaña, se espera la gran ofensiva, que debe, según el alto mando, obtener éxitos «decisivos»; Alemania sigue confiando en los resultados de la guerra submarina. Sólo cuando se hundan estas esperanzas se empiezan a dar, en todos los países, signos de inquietud o de irritación. En estas turbias horas de la primavera y del verano de 1917, el espectáculo de la revolución rusa juega un papel importante, a veces esencial. La crisis política es también una crisis social. Incluso los gobiernos, en toda la Europa beligerante, buscan la ocasión de negociar la paz o, por lo menos, no rechazan ya tal idea. En estas horas de desfallecimiento, los principales aspectos son: decepciones estratégicas, dificultades sociales y políticas y gestiones de paz.

I. — Las decepciones estratégicas

El general Nivelle se había mostrado seguro de romper el frente alemán con ataques franceses y británicos convergentes. El almirante Holtzendorff había asegurado que, en 6 meses, la guerra submarina llevaría a Gran Bretaña a capitular. ¿Cómo y por qué fueron desmentidas tales esperanzas?

1. La batalla del 16 de abril de 1917. — El plan de campaña de la Entente, que había previsto ofensivas simultáneas, fue desmantelado por la caída del régimen zarista. El comandante en jefe francés mantiene sin embargo, con el asentimiento reticente de su colega británico, la orden de ofensiva, con la que espera una «desorganización completa» del enemigo. El 6 de abril el gobierno francés, a pesar de la insistencia del ministro de la Guerra, Paul Painlevé, no osa tomar la responsabilidad de renunciar a la ofensiva y deja al comandante en jefe libertad de acción, recomendando, sin embargo, no sacrificar a «esperanzas estratégicas» la preparación del éxito táctico. En 10 días se fija la suerte de esta ofensiva.

El 9 de abril, las tropas británicas lanzan un gran ataque que permite conquistar la cresta de Vimy, pero que no puede romper el sistema defensivo alemán. El 12, las tropas francesas intentan, en dirección a Saint-Quentin, en un frente mucho más estrecho, una operación destinada a tantear la solidez de las posiciones en la zona donde las tropas alemanas efectuaron, un mes antes, un movimiento de retirada preventiva. Por fin, el 16 de abril, en un frente de 70 km, del Oise a la montaña de Reims, 30 divisiones francesas ejecutan la ofensiva de la que Nivelle espera los más halagüeños resultados: Cambrai, Douai y Vervins son los objetivos designados. El asalto toma en casi todas partes la primera posición alemana, pero, salvo en un punto, fracasa ante la segunda; una nueva arma, los carros de asalto, intentan en vano ampliar la estrecha brecha abierta entre Craonne y Berry-au-Bac. Estos resultados son tan inferiores a las previsiones, que Nivelle renuncia alinear las divisiones de reserva. El 19 se da la orden de suspender la gran ofensiva y ejecutar solamente algunos ataques parciales, que tienen lugar el 4 y el 5 de mayo, con resultados modestos.

El plan de Nivelle sufrió, pues, un grave revés. El error del comandante en jefe fue considerar como cierta la conquista de las dos posiciones alemanas y de pensar, sobre todo, en la fase de «explotación» de la ruptura. Basaba sus cálculos en el éxito de las experiencias de ataque brusco que hizo en otoño de 1916 ante

Verdún. Ahora bien, estas operaciones fueron conducidas sobre frentes muy estrechos —unos pocos kilómetros—, donde fue posible concentrar una considerable densidad de artillería. En un frente de ataque de 70 km las condiciones eran muy diferentes. A decir verdad, este fracaso no sorprendió a los gobiernos francés y británico ni a los principales jefes militares, que en su mayoría habían manifestado su escepticismo. Pero la opinión pública, principalmente en Francia, queda muy afectada. Esta decepción de la «retaguardia» no es, sin embargo, la mayor consecuencia: lo más grave es la sacudida moral que sufren los combatientes cuando comprueban que su esfuerzo ha sido vano. Durante 3 semanas, del 20 de mayo al 10 de junio, en numerosos regimientos que se encuentran descansando detrás del frente, se registran negativas de obediencia en el momento en que llega la orden de «volver a primera línea»: estos motines, que hacen pesar sobre el ejército la amenaza de una disgregación moral, tienen como causa profunda el fracaso de la ofensiva, dando un argumento a la propaganda pacifista. La depresión moral y el peso de las pérdidas sufridas el 16 de abril son razones que llevan al nuevo comandante en jefe, el general Pétain, a pensar que en 1917 el ejército francés no puede hacer un nuevo esfuerzo. «Espero —dijo— a los americanos y a los tanques.»

En el frente francés, quien entabla operaciones ofensivas es el ejército británico; la principal —la serie de ataques llevados a partir del 22 de julio en la región de Flandes— sólo da éxitos locales. Los esfuerzos italianos en el frente del Carso, en mayo, y en el frente del Isonzo en julio, obtienen buenos resultados iniciales, pero no consiguen obtener la «ruptura». Tal es también el caso de los ataques lanzados en mayo por el cuerpo expedicionario de Salónica, en la curva del Cherna. El acontecimiento significativo en el curso de este verano de 1917, en el plano militar, es la ofensiva llevada el 1° de julio por el general Brusilov, con 23 divisiones, sobre el frente de la Zlota Lipa, en dirección a Lemberg; ella atestigua la voluntad del gobierno provisional ruso de intentar devolver a los soldados su ardor combativo, pero muestra también lo vano de su esfuerzo; el ataque, después de haber tomado la primera posición enemiga, se detiene pronto, ya que unas divisiones de refuerzo rehúsan entrar en combate. El ejército ruso —constata el agregado militar británico— «ya no vale nada como organización combatiente».

2. La guerra submarina. — La guerra submarina a ultranza, empezada el 10 de febrero de 1917, según las previsiones del estado mayor alemán, debía conducir a Gran Bretaña a la capitulación en 6 meses si el tonelaje hundido alcanzaba una media de 600.000 toneladas mensuales. Ahora bien, los resultados efectivos fueron: en febrero, 540.000 toneladas; en marzo, 578.000; en abril, 874.000; en mayo, 591.000; en junio, 695.000; y en julio, 550.000. La media —638.000 toneladas mensuales— fue, pues, superior a las previsiones. Sin embargo, Gran Bretaña (aunque experimentó grandes temores en abril, cuando aún no tenía a punto sus métodos de defensa), no quedó a su merced. ¿Por qué los pronósticos de los expertos alemanes fueron desmentidos? Porque contaban con que los armadores neutrales, ante el riesgo de ser torpedeados, renunciarían navegar por cuenta de Gran Bretaña. Esta esperanza casi la consiguieron en febrero-marzo. No podía ser de otro modo, después de los grandes éxitos obtenidos en abril por los submarinos alemanes: este mes, sobre 874.000 toneladas, el tonelaje «neutral» alcanzaba 192.000 toneladas. Pero el embargo en las exportaciones americanas decidida por el gobierno de Estados Unidos obligó a los neutrales europeos a responder al llamamiento de Gran Bretaña. Y la confiscación por los gobiernos sudamericanos de los navíos alemanes que se encontraban en sus puertos acrecentó el tonelaje disponible por los adversarios de Alemania¹. De hecho, las cinco sextas partes de la marina mercante del mundo estaban, o podían estar, al servicio de la Entente.

Sin duda Alemania, aunque no alcanza el fin esencial, continúa la guerra submarina para agravar, por medio de una acción de larga duración, las dificultades económicas del enemigo. Pero, ¿qué podía esperar en lo sucesivo? La eficacia de los medios de defensa establecidos por el Almirantazgo británico (barreras de minas en el mar del Norte, patrullas de caza que cuentan con 8.000 embarcaciones ligeras y formación de convoyes de navíos mercantes escoltados por torpederos), aumenta de mes en mes, después del periodo de sorpresa; en agosto, el «rendimiento» de la guerra submarina —con 508.000 toneladas— es más bajo que en febrero y, en septiembre (351.000 toneladas), declina rápidamente. Desde que el rendimiento se establece en los alrededores de 300.000 toneladas y que el tonelaje global disponible es de 30 millones de toneladas más o menos, es evidente que el arma submarina ya no puede ser un instrumento de victoria.

De estas comprobaciones, el diputado Erzberger, importante miembro del Centro, saca los elementos del

¹ Ver pág. 76.

informe que pronuncia el 6 de julio en la sesión secreta de la comisión principal del Reichstag contra el estado mayor de la Marina. «¿No podemos, pues —concluye—, agruparnos para decir al gobierno que estamos dispuestos a firmar la paz bajo la base de 1914?»

II. — Las amenazas a la cohesión nacional

Mientras que en tierra y en los mares sigue, pero a un ritmo moderado, la vana batalla, todos los Estados beligerantes conocen en su política interior horas turbulentas.

Es en Rusia, ciertamente, donde la crisis moral, social y política es más grave. Después de la dimisión de Miliukov², los socialistas tuvieron representantes en el seno del ministerio, la mayoría de miembros del cual son burgueses liberales. La influencia dominante es la del ministro de la Guerra, Kerensky, miembro del partido «socialista revolucionario». Kerensky no es marxista, mientras que el Soviet de Petrogrado está animado por las iniciativas rivales de los «socialdemócratas», mencheviques y bolcheviques. Tiene la voluntad de mantener a Rusia en la guerra, a condición de que sus aliados acepten un programa de paz «democrática», es decir, una paz «sin anexiones», que tendría por base el derecho de «libre disposición» de los pueblos. Pero el gobierno está en lucha con cuestiones agrarias y económicas, a las que no llega a proponer soluciones. Reserva incluso a la Asamblea Constituyente, cuya convocatoria está fijada para el 30 de octubre, el cuidado de hacer las reformas fundamentales; es decir, que demora cinco meses tales reformas.

Esta impotencia es provechosa para los bolcheviques, que han rehusado tomar parte en el poder. La propaganda bolchevique despierta el ardor revolucionario del proletariado, el cual, el 17 de julio, en un gran movimiento insurreccional, reclama «todo el poder para los Soviets». El gobierno permanece dueño de la situación, gracias al ejército, y sin duda gracias también a la actitud de los jefes bolcheviques, que consideraron este movimiento como prematuro. Pero son los «socialistas revolucionarios» quienes, después de una nueva modificación del ministerio (24 de julio), consiguen en lo sucesivo la mayoría en el gobierno provisional, del cual Kerensky toma la presidencia. Este ministerio, al igual que su predecesor, tampoco consigue contener la crisis económica y financiera ni apaciguar las revueltas agrarias.

Ante esta disgregación que arriesga abrir las puertas a los bolcheviques, las fuerzas de derecha buscan reagruparse. Los industriales, los notables y los miembros del antiguo personal político eliminado después de la caída del zar, encuentran el apoyo de los generales y de la *Unión panrusa de los oficiales*. El 9 de septiembre, el generalísimo Kornilov intenta un golpe de Estado y hace marchar sobre Petrogrado un cuerpo de caballería cosaca. Este alzamiento fracasa en una semana, porque la mayor parte de las tropas rehúsan su participación. Pero el gobierno provisional, aunque ha conseguido detener tanto a la insurrección de derechas como a la insurrección de izquierdas, permanece sin autoridad.

La influencia de la revolución rusa, del movimiento de ideas y de las esperanzas que ha creado, sensibiliza a todos los países beligerantes.

No es sorprendente que los Estados, donde la «unión sagrada» nunca se realizó, conozcan horas inquietantes. En Italia, donde la crisis de los transportes marítimos debida a la guerra submarina provoca una escasez de artículos alimenticios, en mayo las manifestaciones obreras son violentas en Milán, y en agosto toman, en Turín, una grave tendencia, pues la propaganda socialista, dicen los gobernadores civiles, explota las dificultades de abastecimiento. En Austria-Hungría, las noticias de Rusia encuentran un profundo eco entre las poblaciones eslavas; el emperador Carlos, que acaba de suceder a Francisco José, querría intentar satisfacer a las «minorías nacionales» por medio de reformas de la estructura política y administrativa, pero no encuentra a los hombres capaces de realizar este deseo.

Las dificultades son menos serias en Francia, Gran Bretaña y Alemania, donde, sin embargo, la protesta obrera se manifiesta: en mayo, huelgas francesas arrastran en París a 100.000 obreros y obreras, y tienen por

² Ver pág. 68.

causa principal el alza de precios de los artículos alimenticios; huelgas británicas en las que, sobre todo en las fábricas de guerra, 230.000 obreros «cualificados» quieren oponerse al empleo masivo de los obreros «no cualificados»; y huelga en las fábricas de guerra alemanas en abril, a causa de la escasez de artículos alimenticios. Las consecuencias políticas son desiguales. En Alemania, los socialistas, gracias al apoyo del Centro, el 19 de julio hacen votar al Reichstag una resolución que pide «una paz de armonía y de reconciliación duradera entre los pueblos» y condena las «conquistas territoriales obtenidas por la fuerza»; pero este gesto no sirve para nada. En Francia, donde el gobierno niega a los socialistas la autorización de ir a la conferencia socialista internacional convocada en Estocolmo por los socialistas holandeses, escandinavos y rusos, se rompe la «unión sagrada» cuando, el 7 de septiembre, el partido socialista rehúsa mantener su participación en el poder. En Gran Bretaña, por el contrario, en un contexto análogo, el partido laborista sigue participando en el gobierno.

Estas agitaciones dan testimonio de un desconcierto moral. ¿Serán capaces los gobiernos de enderezar la situación? Sólo el primer ministro británico, Lloyd George, atraviesa estas horas difíciles sin que vacilara su autoridad. En Italia, el presidente del Consejo, Boselli, se contenta con vivir al día; en Alemania, Bethmann-Hollweg, impelido a la dimisión por el Gran Cuartel General, ha sido reemplazado por hombres sin gran autoridad: Michaelis y, después, Hertling; en Francia, por el contrario, cuando el 13 de noviembre el sucesor de Alexandre Ribot, Paul Painlevé, es derribado por una coalición momentánea de la derecha y de los socialistas, toma el poder Georges Clemenceau, apoyado por una gran parte de la opinión pública: algunas semanas más tarde, el nuevo presidente del Consejo provoca la caída del ministro del Interior, Malvy, de quien reprocha la debilidad ante la propaganda pacifista; afirma la voluntad de «mantener la moral del pueblo francés a través de la peor crisis de toda su historia» y de «conducir la guerra con redoblado esfuerzo».

III. — Las tentativas de paz

En este período en que la fuerza de las armas parece desfalleciente, en que los pueblos manifiestan sus inquietudes y su cansancio, y en que uno de los gobiernos beligerantes anuncia un programa de paz «sin anexiones», no es sorprendente el impulso que toma la acción diplomática. Sobre todo, merecen retener la atención cuatro tentativas:

Sin saberlo Alemania, el emperador Carlos entra en contacto en tres ocasiones, por medio de la intervención de su cuñado, el príncipe Sixto de Borbón-Parma, con el gobierno francés; el 24 de marzo declara que desea la paz y que usará su «influencia personal» para apoyar ante el gobierno alemán las «justas reivindicaciones francesas con respecto a Alsacia-Lorena»; pero, en lo que concierne a Austria-Hungría, el 9 de mayo indica que la paz deberá mantener «la integridad territorial» de la Doble Monarquía, y que, por lo tanto, no puede admitir ninguna cesión de territorio a Italia, salvo por vía de compensación. El gobierno italiano, valiéndose de las promesas que le fueron dadas en 1915³, elude toda conversación. También Francia y Gran Bretaña dejan sin respuesta la oferta del emperador.

El gobierno alemán toma dos iniciativas. En junio hace llegar a Petrogrado, por medio de la intervención del socialista suizo Robert Grimm, importante miembro del movimiento zimmerwaldiano, una oferta de negociación; parece dispuesto a aceptar la paz «sin anexiones» formulada por el gobierno provisional ruso, y propone un «acuerdo con Polonia, Lituania y Curlandia», tomando en consideración el «derecho de los pueblos a disponer de sí mismos». Pero se trataba de una paz *separada*. El gobierno provisional quiere ser fiel a sus compromisos para con sus aliados y expulsa a Grimm. En septiembre, después de una lenta preparación efectuada por importantes personalidades belgas, el Ministerio alemán de Asuntos Exteriores propone una entrevista en Suiza entre el jefe de la sección política del gobierno general alemán en la Bélgica ocupada, Lancken, y Aristide Briand, que en este momento no tiene responsabilidad directa en el gobierno francés, pero que, ex presidente del Consejo, conserva una gran autoridad en los medios políticos. Briand acepta la cita, pues cree que la negociación permitiría obtener algo en la cuestión de Alsacia-Lorena; sin embargo, renuncia ir ante las objeciones del ministro de Asuntos Exteriores y del presidente de la República, quienes temen que un intento de negociación estimule la propaganda pacifista y no creen que Alemania esté dispuesta a abandonar Alsacia-Lorena.

Finalmente, el papa Benedicto XV, que ya manifestó varias veces su deseo de trabajar por la paz, el 14 de

³ Ver pág. 15.

agosto publica una nota que envía a los gobiernos beligerantes, proponiendo afirmar el principio de la libertad de los mares, arreglar por medio de «compromisos razonables» las reivindicaciones francesas e italianas, restaurar la «plena independencia política, militar y económica» de Bélgica y arreglar «en un espíritu de equidad y de justicia» las cuestiones relativas a los «territorios que integran el antiguo reino de Polonia». Sólo el gobierno británico parece dispuesto a escuchar la oferta pontificia, haciendo hincapié en la cuestión belga. Pero el gobierno alemán no quiere admitir devolver a Bélgica una independencia real. La iniciativa de Benedicto XV no sirve, pues, para nada.

¿Cuál es el espíritu que anima estas iniciativas? El Papa deseaba sinceramente la paz general por motivos humanitarios, pero también para afirmar la misión universal de la Iglesia católica y para poner fin a los riesgos de discordia que le hacía correr la exasperación de los nacionalismos; finalmente, no deseaba dejar al socialismo internacional el beneficio moral de una acción pacifista. El gobierno alemán, a pesar del voto de la «resolución de paz» del Reichstag, no admitía renunciar a sus pretensiones anexionistas; solamente había esperado, con sus iniciativas, obtener informes sobre el estado de ánimo de los rusos y de los franceses, y quizás abrir la vía a negociaciones de paz separada con unos u otros. El emperador Carlos deseaba ardientemente la paz y estaba preparado para abandonar los territorios ocupados por sus tropas. ¿Se trataba de una paz general, o de una paz separada pactada a pesar de Alemania? El príncipe Sixto decía «paz separada», y no vacilaba, para hacerla efectiva, remitir a París el 9 de mayo una traducción inexacta del documento que le había sido enviado a Viena. El gobierno austrohúngaro sólo pensaba en obtener el consentimiento de su aliado para una proposición de paz que satisfaría a Francia: Alemania restituiría Alsacia-Lorena, y encontraría una compensación en la Polonia rusa que le cedería Austria-Hungría por completo. No consiguió convencer al gobierno alemán. Tal vez el emperador no descartaba, en el fondo, la idea de una paz separada, pero nunca dijo nada en tal sentido. En cuanto al gobierno francés, bajo el impulso de Poincaré y de Ribot adoptó una actitud casi constantemente negativa y, salvo en el caso de la nota pontificia, estuvo plenamente de acuerdo con Gran Bretaña. ¿Dejó pasar la ocasión de una paz favorable? Nada permite pensarlo. En Francia, una gran parte de la opinión deseaba obtener la restitución de Alsacia-Lorena. Ahora bien, en ningún momento el gobierno alemán estuvo dispuesto a renunciar: los documentos alemanes actualmente conocidos dan la prueba indiscutible. Lo máximo que los dirigentes alemanes consentían revisar era una «rectificación de frontera» en el ángulo sudoeste de Alsacia (es decir, en el valle de Thann, ocupado por las tropas francesas desde septiembre de 1914), a condición de que Francia cediera a cambio a Alemania la cuenca de mineral de hierro de Briey. Manteniéndose resueltamente en su decisión de obtener la restitución de Alsacia-Lorena, el gobierno francés corrió, en verdad, el riesgo de ver producirse una defección de Rusia antes de la entrada en combate de las fuerzas americanas, riesgo que asumió conscientemente.

En octubre de 1917 cesan las «gestiones de paz». La solidaridad austroalemana, que parecía debilitada en primavera, se restablece. El ministro de Asuntos Exteriores declara ahora en Viena: «Combatimos por Alsacia-Lorena, al igual que Alemania combate por Trieste». El gobierno austro-húngaro ha recobrado la confianza después de que la descomposición del poder en Rusia le da nuevos motivos de esperar una paz separada. Desde que el emperador Carlos da públicamente esta prueba de fidelidad a la alianza, el alto mando alemán, que siempre rechazó hasta entonces enviar tropas al frente italiano, consiente en revisar su actitud y en preparar en este frente una gran ofensiva austroalemana. El 24 de octubre de 1917, en 24 horas se rompe el sistema defensivo italiano en Caporetto. La retirada se torna en derrota. Sólo 15 días más tarde, el ejército italiano, después de haber perdido 293.000 prisioneros, más de 3.000 cañones y retroceder 140 kilómetros, consigue establecer un nuevo frente en el Piave, apoyado por algunas divisiones francesas y británicas; escapó a un desastre total, pero se encuentra fuera de combate para unos seis meses cuando menos para tomar parte en operaciones ofensivas.

CAPÍTULO VII

LA REVOLUCIÓN BOLCHEVIQUE Y LA DEFECCIÓN DE RUSIA

La posible defección de Rusia se convirtió —después de que la impotencia del gobierno provisional se agravara¹— en el rasgo esencial de la situación militar y diplomática. La eventualidad se torna en una cuasi-certeza a principios de noviembre de 1917, cuando la segunda revolución rusa lleva al poder a los bolcheviques.

I. — El golpe de Estado bolchevique

El gobierno provisional fue abandonado por aquellos de sus miembros que pertenecían a la burguesía liberal: después del 8 de octubre, sólo estaba formado por socialistas revolucionarios y mencheviques; tenía que afrontar la abierta hostilidad de los bolcheviques, que habían adquirido la mayoría en el Soviet de Petrogrado, y ya no podía contar con el ejército, cuyos mandos superiores fueron simpatizantes de Kornilov. Kerensky veía ascender la anarquía. ¿Podría dominarla hasta el momento en que las elecciones de la Asamblea Constituyente, fijadas, al fin, para el 6 de diciembre, darían quizás una posición menos frágil a su poder?

Lenin estima cercano el «momento decisivo». El 28 de octubre vuelve a Petrogrado desde Finlandia, donde se había refugiado después del fracaso del movimiento insurreccional del 17 de julio. La Asamblea Constituyente —dice al comité central de su partido, «evidentemente no estará con nosotros». Es preciso, pues, que los bolcheviques se apoderen antes del poder mediante un golpe de fuerza. El partido puede contar con los soldados si se les ofrece «mañana» la paz, y con los campesinos si se les ofrece el reparto de las tierras «inmediatamente». En cuanto a las masas obreras, se muestran indiferentes —afirma— a la suerte del gobierno provisional. El 10 de noviembre, en un artículo que titula *Carta a los camaradas*, lanza públicamente un llamamiento al golpe de Estado.

El gobierno provisional sabe que la guarnición de Petrogrado es adicta a los bolcheviques. El 2 de noviembre el ministro de la Guerra, el general Verkhovsky, declara a sus colegas que, para quitar a la propaganda bolchevique su principal medio de acción, es indispensable anunciar la paz próxima. Kerensky rehúsa y prepara la resistencia in extremis: echa mano de los regimientos de caballería que deben ser conducidos al frente y ordena cerrar las imprentas de los diarios bolcheviques; el 6, anuncia la voluntad de «liquidar de una forma inmediata, decisiva y definitiva» todo intento de insurrección. Aquella misma noche, Lenin da a los destacamentos bolcheviques de la guarnición la orden de derribar el gobierno «a toda costa».

En la noche siguiente y el día 7 de noviembre (25 de octubre en el calendario ruso), triunfa el golpe de Estado: todos los «puntos estratégicos» (estaciones, centrales telefónicas y telegráficas, centrales eléctricas) caen, sin casi disparar un tiro, en manos de los bolcheviques, pues los regimientos cosacos que el 17 de julio salvaron al gobierno rehúsan atacar, y los refuerzos de caballería esperados del frente no llegan; el Palacio de Invierno, sede del gobierno provisional, defendido por los alumnos de las escuelas militares, sólo resiste hasta la noche. El Congreso de los Soviets decide formar un nuevo gobierno, el «Consejo de Comisarios del Pueblo», cuyo presidente es Lenin. Kerensky consigue llegar a las afueras e intenta organizar un contragolpe, al mismo tiempo que la municipalidad de Petrogrado forma un Comité de Salud Pública que intenta agrupar a los adversarios de los bolcheviques. Pero el comandante en jefe del ejército y el comandante del grupo de ejércitos del norte, el más cercano a la capital, rehúsan sostener esta tentativa, y los empleados de

¹ Ver pág. 84.

ferrocarriles no quieren asegurar el transporte de las escasas tropas que se han prestado a ayudar a Kerensky. Entonces el jefe del gobierno provisional se refugia en Rusia meridional. La conquista del poder se ha conseguido.

El nuevo gobierno se apresura, para consolidar su situación y obtener el apoyo, o por lo menos la neutralidad, de las masas populares y obreras, a dictar los primeros grandes decretos orgánicos: poner las tierras del Estado, de la Iglesia y de los «ricos propietarios» a disposición de los «comités agrarios cantonales y de los Soviets de diputados campesinos»; confía a los obreros «el control de las fábricas»; pero, sobre todo, por un decreto del 9 de noviembre, proclama la voluntad de «empezar inmediatamente las negociaciones encaminadas a una paz equitativa y democrática», es decir, una paz sin anexiones ni indemnizaciones de guerra. Admite, no obstante, que Rusia puede ceder territorios si los habitantes expresan tal deseo «de forma precisa y sin violencia». La realización de este programa de paz es un hecho esencial para el destino de la guerra mundial.

II. — La paz separada rusa

El Consejo de Comisarios del Pueblo declara en seguida que pretende una paz general. El 21 de noviembre pide a los representantes diplomáticos de la Entente que se asocien a las negociaciones de armisticio, pero no recibe respuesta. Francia, Gran Bretaña e Italia se dirigen al comandante en jefe, el general Dukhonin, y le piden «mantener al ejército ruso cara el enemigo común». En suma, oponen al nuevo gobierno, del que no reconocen el poder, el Gran Cuartel General. Dukhonin responde a esta llamada y lanza una proclama a sus tropas en nombre de la «fidelidad a las alianzas», pidiéndoles que apoyen la formación de un gobierno que representara la «verdadera democracia rusa». El Consejo de Comisarios del Pueblo lo revoca inmediatamente, sin que su llamada despierte eco en el ejército. El 26 de noviembre se envía la oferta de armisticio a los Imperios Centrales, siendo en seguida aceptada por Alemania y Austria-Hungría.

El 15 de diciembre, después de rápidas negociaciones, la convención de armisticio entre Rusia y los Imperios Centrales entra en vigor. Deja a los ejércitos en presencia en el frente que ocupan —es decir, que las tropas alemanas continúan teniendo una parte importante del territorio ruso— y prevé la apertura inmediata de las negociaciones de paz. En vano los diarios no bolcheviques protestan de la traición, y los miembros del antiguo gobierno provisional lanzan un llamamiento en el que declaran «vergonzosa y perniciosa» esta marcha hacia la paz separada: la masa de la población no reacciona. Esta masa no es, sin embargo, adicta al nuevo régimen: las elecciones de la Asamblea Constituyente, que tienen lugar en ese mismo momento, dan casi 21 millones de votos a los socialistas revolucionarios (es decir, al partido al cual pertenece Kerensky), contra 9.500.000 a los bolcheviques y 4.500.000 a los partidos «burgueses». Pero, al igual que los soldados, tiene prisa en terminar la guerra.

¿Cuáles son las respectivas posiciones en la negociación que se empieza el 20 de diciembre de 1917 en Brest-Litovsk?

Tan pronto obtiene el armisticio, el gobierno soviético consigue el resultado que ardientemente deseaban las masas obreras y campesinas. No considera en ningún caso reemprender las hostilidades, y decide empezar la desmovilización. ¿Puede olvidar que toda la propaganda bolchevique desde abril tiene por centro la palabra «paz»? ¿Puede perder de vista un solo instante la precariedad de su poder? (Se encuentra en lucha con una fuerte oposición, a la que replica el 19 de enero de 1918 disolviendo la Asamblea Constituyente.) Pero no tiene ninguna razón para acelerar la firma de un tratado que no aumentará ciertamente su prestigio, puesto que esta paz comportará inevitablemente unos abandonos de territorio. También quiere mantenerse en los principios que ha proclamado: paz «sin anexiones», pero derecho para los pueblos del antiguo imperio ruso de disponer libremente de su suerte. En consecuencia, aunque admite la formación de Estados independientes en el área territorial que formó la Rusia zarista, no acepta transferir territorios a Alemania.

En principio, los Imperios Centrales renuncian a reivindicar la anexión de todo o parte de los territorios rusos que ocupan, pero cuentan con la cláusula de «libre disposición» para ejercer un

dominio indirecto sobre estos territorios a través de la formación de Estados que, después de separarse de Rusia, contraerían con Alemania y Austria-Hungría un vínculo de vasallaje. Tal es la aspiración de la diplomacia austroalemana. Sin embargo, en la práctica el comportamiento de los dos aliados es diferente: en Berlín, los medios dirigentes —y sobre todo el Gran Cuartel General— intentan imponer este programa integralmente, incluso si esta intransigencia condujera a romper las negociaciones y a reemprender las hostilidades; en Viena, donde la agitación de las minorías nacionales se acrecienta y la crisis del abastecimiento se agrava, el gobierno se prestaría, para alcanzar la paz, a considerar amplios compromisos.

En el centro del debate se encuentra, pues, de golpe, el ejercicio del derecho de «libre disposición». ¿Cómo expresarán su voluntad las poblaciones polacas, bálticas y lituanas? La delegación rusa dice que por medio de plebiscito, y este debe ser un plebiscito «libre», es decir, que la votación sólo podrá tener lugar después de la retirada de las tropas de ocupación, cuya presencia daría a los austro-alemanes unos medios de presión inadmisibles. El gobierno alemán declara admitir, en rigor, un plebiscito, pero rehúsa la evacuación previa, pues ciertamente no tiene la intención de abandonar las garantías territoriales que retiene; el gobierno austrohúngaro, en su deseo de terminar, estaría dispuesto a consentirlo, pero no se atreve a separarse de su aliado. El desacuerdo es, pues, irreductible. La Conferencia de la Paz se demora, a partir del 28 de diciembre. Reemprende sus sesiones el 7 de enero, sin más éxitos, y se demora de nuevo.

¿Cómo salir de este callejón sin salida?

El gobierno soviético cree poder esperar, con la esperanza de que, en el intervalo, la influencia de la revolución rusa actuará en el campo adversario y que los austroalemanes vacilarán en reanudar las hostilidades. Esta esperanza parece confirmarse por los acontecimientos: a mediados de enero, los jefes sindicalistas deciden, en Austria, una huelga general de 24 horas para protestar contra la insuficiencia del abastecimiento; a fines de mes, durante 8 días, 500.000 obreros de las fábricas de guerra hacen una huelga en Alemania bajo una consigna dada por los socialistas independientes, que pusieron a la cabeza de sus reivindicaciones la «paz sin anexiones». Sin embargo, estos movimientos mueren al nacer.

El Consejo de Comisarios del Pueblo persiste en su táctica. Pero, si los austroalemanes denuncian el armisticio y ponen en marcha sus tropas, habrá llegado la hora de ceder, ya que la lucha es imposible: ha empezado la desmovilización del ejército ruso.

Después de un mes de espera, los gobiernos alemán y austríaco y los estados mayores quieren terminar, pues mientras no se firme la paz con Rusia, no tendrán plena libertad de acción para reemprender la ofensiva contra Francia, Gran Bretaña e Italia. Buscan ejercer presión sobre el gobierno soviético negociando con el gobierno de la República de Ucrania, que rehusó reconocer los resultados de la «Revolución de Octubre» y se encuentra amenazada por los bolcheviques. El 9 de febrero se firma el tratado de paz entre Ucrania y los Imperios Centrales en Brest-Litovsk. Pero, el mismo día, la capital —Kiev— cae en manos de los bolcheviques, que no quieren reconocer la validez del tratado. Este incidente conduce a la delegación rusa a abandonar Brest-Litovsk: las negociaciones de paz separada rusa están, por consiguiente, rotas. Sin embargo, el gobierno soviético se guarda bien de denunciar el armisticio. El alto mando alemán es el que se decide, y el 13 de febrero obtiene, a pesar de la resistencia del ministro de Asuntos Exteriores, el consentimiento del emperador. Las tropas alemanas avanzan sin encontrar resistencia por las provincias bálticas: el 26 de febrero de 1918 alcanzan Narva, a 150 km de Petrogrado.

El gobierno soviético, debido a la reanudación de las hostilidades, se apresura a capitular. Sin embargo, antes de decidirse vacila durante algunos días, ya que los alemanes acrecientan sus exigencias. Lenin acaba por obtener del Comité Central del partido, gracias a abstenciones, un voto favorable a la paz inmediata. Lo que importa ante todo —dice— es «salvar la revolución»: Rusia perderá territorios y se inclinará ante la fuerza, pero el bolchevismo conservará sus posiciones «esperando el levantamiento del proletariado internacional».

El 3 de marzo de 1918 se firma el tratado de Brest-Litovsk. Rusia reconoce la paz firmada entre Ucrania y los Imperios Centrales, renuncia a su soberanía sobre Polonia, Lituania y Curlandia, y abandona también Livonia y Estonia, poniendo en manos de los Imperios Centrales la suerte de tales territorios. «Sí —declara Lenin ante el Congreso Panruso de los Soviets—, esta paz es una humillación inaudita para el poder soviético; pero no estamos en condiciones de forzar la historia.»

¿Han intentado evitar esta paz separada los «Aliados y asociados»? No consideraron un solo instante participar en la negociación, ya que estimaban que el gobierno bolchevique, llegado al poder por un golpe de

fuerza, no tenía «ningún título» para hablar en nombre del pueblo ruso. Ante el programa de paz alemana, sólo presentaron el suyo. El presidente Wilson, en un mensaje al Senado el 8 de enero, define los «Catorce Puntos», que deberían ser —dijo— las bases de una paz «justa y duradera»: respeto del derecho de las nacionalidades en Alsacia-Lorena, en Rusia, en Austria-Hungría y en el imperio otomano; y, además, la formación de una «Sociedad de Naciones», que daría a todos los Estados garantías de «independencia política y de integridad territorial». Los gobiernos británico y francés se adhieren a estos principios. A última hora, sin embargo, el embajador de Francia en Petrogrado, en el momento en que Alemania acababa de reanudar las hostilidades, ofrece al gobierno bolchevique la ayuda militar y el apoyo financiero de Francia por si decide resistir. El Comité Central acepta, por una débil mayoría, «da ayuda de los bandidos del imperialismo francés contra los bandidos alemanes». Al mismo tiempo, el gobierno británico ha enviado un cuerpo expedicionario a la costa murmana para apoyar a los bolcheviques si se presentara el caso. Pero esta asistencia, en la cual Estados Unidos no tenía intención de tomar parte, ¿habría podido intervenir a tiempo para impedir el hundimiento del poder ante el movimiento ofensivo de las tropas alemanas? Lenin no lo pensó.

III. — Las consecuencias militares de la defección de Rusia

La defección de Rusia, seguida inmediatamente por la de Rumania (preliminares de la paz de Buftea, el 5 de marzo de 1918), abre nuevas perspectivas. El secretario de Estado de Estados Unidos piensa que va a «prolongar la guerra 2 ó 3 años», pero Alemania espera ahora obtener una victoria militar contra Francia y Gran Bretaña. Desde la firma del armisticio del 15 de diciembre de 1917, el alto mando alemán ha transportado hacia el frente occidental una gran parte de sus tropas del frente oriental. A principios de marzo está preparado para entablar el esfuerzo decisivo. Sin embargo, no espera llegar al éxito de un solo golpe. «La lucha —declara Ludendorff al Consejo de la Corona el 13 de febrero— será formidable; empezará en un punto, proseguirá en otro y exigirá mucho tiempo.» Ahora bien, este tiempo está medido: en julio, las tropas americanas se encontrarán en línea y podrán representar un papel importante en la batalla; es necesario, pues, vencer antes de esta fecha. También es necesario empezar la ofensiva en marzo, tan pronto lo permitan las circunstancias atmosféricas.

El ejército alemán, aunque mantiene numerosas tropas de ocupación en Rusia y en Rumanía — casi un millón de hombres—, alinea en este momento en el frente occidental 192 divisiones de infantería, posee una artillería pesada considerable —500 baterías— y una aviación que se desarrolla rápidamente; le faltan, a decir verdad, carros de combate, porque el Gran Cuartel General no reconoció a tiempo la importancia de esta nueva arma, y medios de transporte automóviles, puesto que el bloqueo impide el abastecimiento de caucho: estas lagunas en el equipo ofensivo no impedirán el éxito de los «ataques de ruptura», pero dificultarán un poco la explotación de tales éxitos.

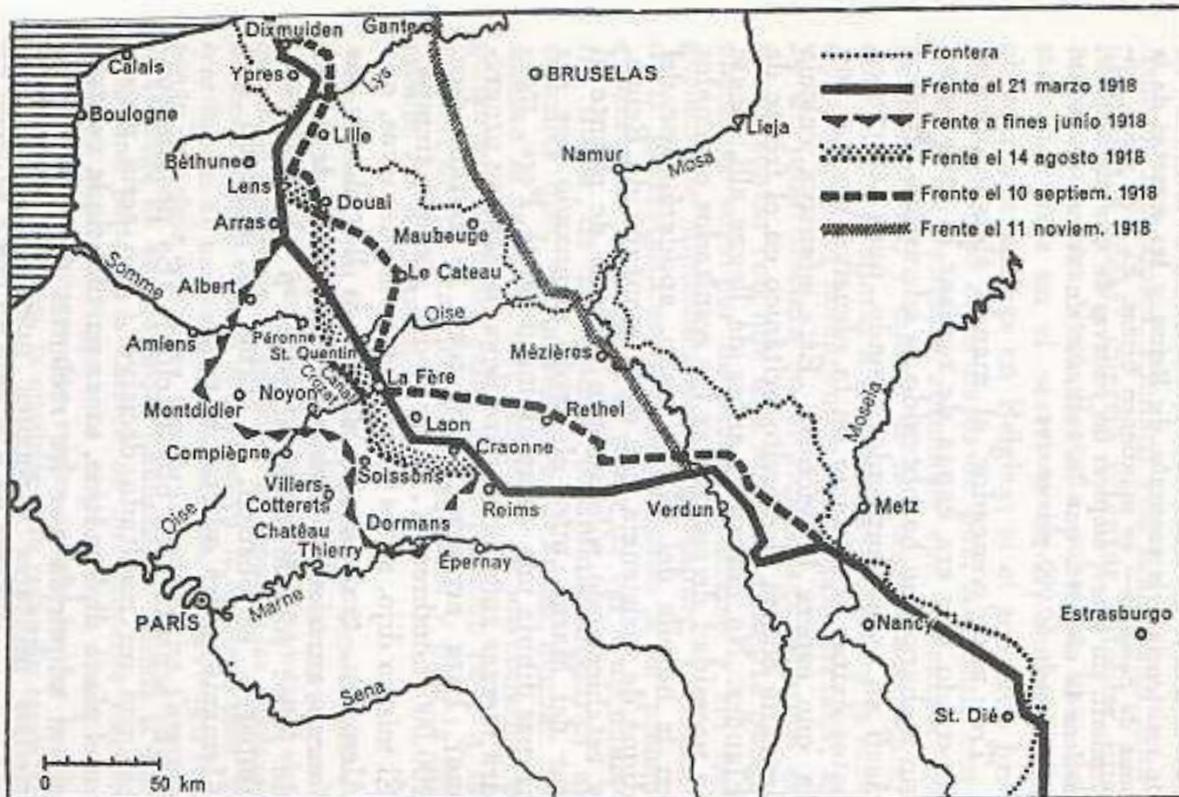
Durante dos meses y medio, el ejército alemán irá de victoria en victoria sin obtener, no obstante, todos los resultados calculados.

El primer ataque empieza el 21 de marzo de 1918, con 65 divisiones en el punto de unión del frente francés con el frente británico, en la región de Saint Quentin. Desde el primer día se obtiene la ruptura en la línea del canal Crozat, mantenida por las tropas británicas. El objetivo que Ludendorff asigna en seguida a su ofensiva es separar las fuerzas británicas de las fuerzas francesas y repeler ambas «en abanico». El 24 de marzo está en vías de conseguirlo: la brecha se ensancha entre los dos ejércitos aliados, cuyos comandantes en jefe, absortos por las preocupaciones inmediatas, conducen cada uno su propia batalla sin asegurar la cohesión. Mientras que Pétain espera antes que nada «mantener sólidamente el armazón del ejército francés...; después, si es posible, conservar la unión con los ejércitos británicos», y quiere, si la retirada debe alargarse, «cubrir» la ruta de París, Haig considera combatir en retirada, «cubriendo los puertos del Pas-de-Calais», donde están sus bases de abastecimiento. Las fuerzas alemanas podrían, pues, introducirse entre los dos ejércitos. Para detener el peligro, es preciso entregar a un solo jefe la dirección de las operaciones. El día 26, la conferencia francobritánica de Doullens encarga a Foch «coordinar la acción de los ejércitos aliados en el frente oeste». Las órdenes dadas inmediatamente por Foch prescriben que la unión entre franceses y

británicos debe ser restablecida a toda costa. Ello asegura la formación de un frente defensivo delante de Amiens, en el que tropezará el empuje alemán. Pero las tropas francobritánicas han retrocedido 60 km y han perdido 90.000 prisioneros.

El segundo ataque alemán es de menor envergadura. El 8 de abril, la ofensiva, conducida con 36 divisiones de infantería, se lanza contra el frente británico, de Armentières a La Bassée; el objetivo inmediato es adueñarse de las colinas de Cassel; el objetivo a largo plazo es alcanzar los puertos de la Mancha, es decir, amenazar gravemente el abastecimiento del ejército británico, tanto en hombres como en material. Pero este ataque, llevado por tropas cansadas o por divisiones de mediocre calidad, no obtiene la «ruptura»; sólo consigue la conquista del monte Kemmel.

El tercer ataque se prepara en seguida. El objetivo es la posición del Chemin des Dames, al norte del Aisne, entre Laffaux y Craonne. En este frente de 50 km, mantenido solamente por 9 divisiones francesas y británicas, el mando alemán lanza 30 divisiones apoyadas por 1.150 baterías de artillería. El 27 de mayo, de un solo asalto, este ataque arrebató la posición y llega a la línea del Aisne sin gran dificultad, ya que las reservas francesas que Foch ha mantenido al norte del Somme no pueden intervenir. Ludendorff da orden de dirigirse rápidamente a los puentes del Marne, de Dormans a Château-Thierry, adonde sus tropas llegan el 31. En este momento la situación es tan grave que Pétain teme verse obligado a una retirada general. Pero en las dos alas de la zona donde se desarrolla el ataque alemán, las fortificaciones de resistencia —la montaña de Reims y las mesetas de la zona de Soissons— se mantienen firmes. El 5 de junio, Ludendorff, sin querer emplear las reservas de que aún dispone, detiene la ofensiva, que ha realizado un avance de 60 km y capturado 50.000 prisioneros.



MAPA 2. — El frente occidental en 1918

Tres veces vencedor, el mando alemán ha demostrado que era capaz de realizar la «ruptura»; sin embargo, no ha obtenido la «decisión». Ludendorff no se ha empleado a fondo, pues sólo ve en estos éxitos el prefacio de la ofensiva general con la que espera la victoria. Esta ofensiva calcula lanzarla contra el ejército británico en el frente de Flandes. No obstante, antes de llegar allí, siente la necesidad de completar los resultados obtenidos en la batalla del 27 de mayo, apoderándose del dique de resistencia que es la montaña de Reims, y estableciendo sólidamente cabezas de puente al sur del Marne, pues el frente alcanzado por sus tropas dibuja una «hernia» inquietante. Pero, ¿tendrá fuerzas suficientes para llevar a cabo su programa? Para arrancar la victoria le faltan, dice, 200.000

hombres. Y, sobre todo, ¿tendrá tiempo? Él mismo dijo, antes de empezar sus ofensivas, que Alemania, teniendo en cuenta la llegada de las fuerzas americanas, debería vencer antes de finales de julio: sólo le quedan, pues, 6 semanas. Sin embargo, se obstina, y afirma al gobierno que Alemania podrá «dictar la paz».

¿Es sensata esta obstinación? ¿Es posible contar con un resultado decisivo? ¿No sería mejor, en el plano diplomático, sacar partido de la ventaja moral adquirida por los recientes éxitos? En los medios militares alemanes más elevados, unos piensan y dicen que no es posible obtener la victoria y que es necesario negociar antes de jugar las últimas cartas. El secretario de Estado de Asuntos Exteriores, Richard von Kühlmann, comparte estas ideas; querría intentar entablar una negociación con Gran Bretaña sobre la base del *statu quo ante* en el oeste, es decir, renunciando a obtener «garantías» en Bélgica; si el gobierno británico aceptase estas bases de paz, Alemania conservaría las ventajas obtenidas con el tratado de Brest-Litovsk, y saldría de la guerra como vencedora. Para preparar a la opinión pública en la idea de una paz de compromiso con Gran Bretaña, el 24 de junio declara en el Reichstag: «Apenas se puede contar con que una solución absoluta pueda obtenerse sólo por decisiones militares y sin negociaciones diplomáticas». Hindenburg y Ludendorff protestan: en un comunicado a la prensa expresan su sorpresa y su pesar de ver a un ministro dudar de la victoria completa; declaran al canciller que, en lo sucesivo, rehúsan ocupar un asiento al lado de este ministro en un consejo de gobierno. El 8 de julio, el emperador cede a la presión de los grandes jefes militares y pide la dimisión de Kühlmann.

En Francia y en Gran Bretaña, donde las derrotas provocaron en la opinión pública una corta debilitación, y provocaron en los medios parlamentarios vivas críticas contra el alto mando, la firmeza de los gobiernos ha superado las amenazas de crisis moral. Cuando el 9 de mayo la oposición pide la constitución de una comisión de encuesta, Lloyd George, responde con rigor y obtiene que la Cámara de los Comunes se abstenga de «controversias paralizantes». Cuando el 4 de junio una parte de la Cámara de los Diputados reclama sanciones «contra los generales responsables», Clemenceau, en una vibrante intervención, rehúsa pedirles incluso «explicaciones». En Londres, la oposición sólo reúne un tercio de los votos; en París, no llegó ni a un cuarto.

Al mismo tiempo, los gobiernos de la Entente estimulan en Austria-Hungría los movimientos de protesta de las minorías nacionales: prometen a estas minorías la independencia, con la esperanza de provocar una acción revolucionaria que paralizaría el esfuerzo militar de la Doble Monarquía. El presidente Wilson, yendo más allá de lo que dijera en sus «Catorce Puntos», el 29 de mayo se decide a hacer las mismas promesas.



CAPÍTULO VIII

EL HUNDIMIENTO DE LOS IMPERIOS CENTRALES

El 8 de julio Ludendorff descartaba toda eventualidad de negociación y aun afirmaba que llegaría a arrancar la «decisión». Un mes más tarde tiene ya conciencia de que la guerra está perdida. El 18 de julio marca en la lucha militar el «giro» de los acontecimientos. Los Aliados y asociados están ya seguros de vencer. Sin embargo, a fines de julio Foch no cree aún poder obtener la victoria antes del invierno, pero la rapidez de los éxitos desborda pronto sus previsiones. Dos meses son suficientes para que la derrota de los Imperios Centrales sea evidente, y tres meses para obtener la capitulación.

I. — La «decisión» militar

1. La batalla del 15 de julio de 1918. — En el mismo momento en que el alto mando alemán se prepara a lanzar sobre el Marne, el 15 de julio, la ofensiva que debería consagrar el declive de las fuerzas francesas y permitir emprender contra los británicos la batalla final, el comandante en jefe de los ejércitos aliados prepara una réplica. Desde finales de marzo, su gran preocupación fue economizar reservas para detener el próximo choque alemán, del cual nunca supo prever el lugar ni la fecha. Ahora, la presencia de las tropas americanas le da más libertad. Cuando recibe de su servicio de informaciones la indicación de las intenciones del adversario (la próxima ofensiva alemana tendrá lugar el 15 de julio en Champagne), decide, a propuesta de Pétain, una maniobra «defensiva-ofensiva»: romper el impulso del ataque alemán evacuando la primera posición y trasladando la principal línea de defensa a la segunda posición; luego, cuando el fracaso de este ataque sea evidente, lanzar una ofensiva francesa sobre el flanco de la «hernia» que dibuja, del Oise al Marne, el frente alemán.

Este plan se ejecuta exactamente. El 15 de julio el ataque alemán fracasa en Champagne. Desde el 16, y aunque sus tropas hayan conseguido atravesar el Marne cerca de Epernay y avanzar 5 km más allá, Ludendorff comprende que el efecto sorpresa ha fallado. La contraofensiva francesa está a punto. No obstante, Pétain está a punto de renunciar a ella, pues necesita todas sus reservas para detener el avance alemán al sur del Marne. Pero Foch mantiene su decisión. El 18 de julio, las tropas del general Mangin, concentradas en el bosque de Villers-Cotterêts, van al ataque y, desde el primer día, toma las posiciones enemigas en un frente de 40 km; amenazadas de envolvimiento, las tropas alemanas al sur del Marne se ven forzadas a batirse en retirada en difíciles condiciones; sin embargo, el 2 de agosto consiguen establecer un nuevo frente en la línea del Vesla, de Soissons a Reims. En esta segunda batalla del Marne el ejército alemán escapa de un desastre, pero la alarma es mayúscula.

Esta vez Alemania perdió toda esperanza de victoria. El Kronprinz de Prusia, en un informe que envía a su padre, declara que «es preciso negociar», pues las fuerzas alemanas en lo sucesivo van decreciendo, mientras que las del adversario aumentarán sin cesar gracias a la entrada en línea de los americanos. Sin embargo, Ludendorff espera aún que Foch se limitará a ataques parciales y que el ejército alemán podrá reemprender la iniciativa, si no para «ganar terreno», al menos para «golpear al enemigo»: el esfuerzo militar ya no puede, pues —reconoce—, dar importantes resultados; no es más que un medio de cansar, quizás, al adversario.

2. Las ofensivas de Foch. — «Ha llegado el momento —escribe entonces el comandante en jefe interaliado— de dejar la actitud defensiva impuesta hasta ahora por la inferioridad numérica y pasar

a la ofensiva.» A fines de julio el mando alemán dispone en el frente de Francia de 205 divisiones, 13 más que en marzo; pero las «tropas de asalto» encargadas de ejecutar las operaciones de ruptura han sido diezmadas. Los ejércitos francés, británico y belga consiguen alinear 194 divisiones, a las que se unen 2 divisiones italianas y 2 divisiones portuguesas; pero ahora tienen el apoyo de 20 divisiones americanas colocadas bajo las órdenes del general Pershing, y pueden contar con certeza que cada mes vendrán otras a reforzarlas. El margen de superioridad de los «Aliados y asociados» se acrecentará inexorablemente. ¿Cómo podría Alemania conjurar la derrota? El 24 de julio Foch indica a los comandantes en jefe francés, británico y americano su plan de campaña: en el curso del verano cuenta asestar al enemigo repetidos golpes en breves intervalos en diversos sectores del frente para «despejar las vías férreas indispensables para las ulteriores maniobras» (París-Amiens y París-Avrucourt) y liberar la cuenca minera del Pas-de-Calais. Si se consiguen estos resultados antes de que la temporada esté muy avanzada, consideraría el planteamiento de una gran ofensiva; estima prematuro decir nada más.

Ahora bien, la primera de estas ofensivas obtiene un éxito evidente: entablada el 8 de agosto en el sector de Montdidier con potentes medios en carros de asalto, se apodera de toda la posición alemana y obliga a Ludendorff a replegar a sus tropas en la «línea Sigfrido» (Saint Quentin - La Fère), es decir, a abandonar, de golpe, el terreno conquistado en primavera.

Ante estos resultados, Foch (recibió el 7 de agosto el bastón de mariscal) decide preparar inmediatamente la acción general de la que, hasta entonces, no había podido prever la fecha. El 3 y el 8 de septiembre da sus órdenes. Del 25 al 28 de septiembre lanzará tres grandes ofensivas a intervalos de 24 horas: por ambos lados de la región de Argonne en dirección a Mézières; en el norte del Oise contra la «línea Sigfrido»; y en Flandes contra las posiciones de Passchendaele, en dirección a Brujas. En esta ofensiva general, los «Aliados y asociados» dispondrán de una superioridad numérica aumentada: entrarán en combate 22 divisiones americanas, mientras que el ejército alemán, falto de refuerzos para cubrir sus pérdidas, debe disolver 14 divisiones. El propio Ludendorff, después de la batalla del 8 de agosto, reconoce que la guerra está perdida. El emperador, escuchando su comunicado, concluye: «Veo que es preciso presentar nuestro balance; estamos en el límite de nuestras fuerzas».

Al mismo tiempo que el ejército alemán empieza a tambalearse en Francia, los Aliados y asociados consiguen establecer, por primera vez desde el comienzo de la guerra, un plan a escala europea e incluso mundial. Pero su ejecución es desigual.

Francia y Gran Bretaña persuaden a Estados Unidos de que es preciso reconstituir un frente de combate en Siberia destinado a «fijar» los efectivos alemanes que aún se encuentran en los territorios del antiguo imperio ruso. Este cuerpo expedicionario está formado principalmente por tropas japonesas apoyadas por la legión checa, formada de ex prisioneros de guerra liberados por el tratado de Brest-Litovsk.

En junio, el ejército italiano probó que había terminado su reorganización y recuperado sus cualidades combativas: rompió una ofensiva austríaca en la línea del Piave. El 6 de agosto, aunque sus poderes de mando no se extendían al frente italiano, Foch pide al comandante en jefe, el general Diaz, que prepare una gran ofensiva con el fin de sacar partido sin tardanza «del giro obtenido en la situación militar». Diaz acepta el principio, pero no fija fecha. Contra un enemigo superior en número, establecido en sólidas posiciones, vacila en meterse a fondo en una aventura que podría ser prematura. Solamente seis semanas más tarde, después de las derrotas alemanas, empieza los preparativos de una ofensiva.

El estado mayor británico, que en diciembre de 1917 emprendió una operación en Palestina para poner el canal de Suez al abrigo de las tropas turcas y ocupado Jerusalén, desea tomar la ofensiva en Siria contra los turcos, apoyándose en las poblaciones árabes. El general Allenby, comandante de este cuerpo expedicionario, gracias a la aportación de contingentes llegados de la India puede alinear fuerzas cuatro veces superiores a las del adversario. El objetivo no es sólo vencer al imperio otomano, sino también establecer una zona de ocupación británica y tener una garantía que asegure el éxito de las reivindicaciones británicas cuando se celebre la Conferencia de la Paz. El 19 de septiembre, un ataque por sorpresa hunde el frente turco en el norte de Jerusalén: la caballería se mete en la brecha y corta las líneas de retirada del enemigo en Tiberiades. De los tres ejércitos turcos que actuaban en este frente, dos son rodeados y capitulan; el tercero huye precipitadamente hacia Alepo.

El gobierno francés quiere reanimar el frente balcánico, donde el ejército interaliado, formado por

contingentes franceses, británicos, serbios e italianos, ha sido reforzado por contingentes griegos después de que la intervención de un cuerpo de desembarco francés apremió al rey Constantino, en julio de 1917, a abdicar, permitiendo a Venizelos tomar el poder. Las posiciones enemigas en el valle del Vardar y en las zonas montañosas que lo rodean están ocupadas casi únicamente por tropas búlgaras, cuya inferioridad numérica es sensible. Las perspectivas estratégicas son importantes: en el caso de que este frente búlgaro se hundiera, las fronteras meridionales de Austria-Hungría podrían quedar abiertas a la ofensiva interaliada. Empezada el 15 de septiembre, esta ofensiva obtiene de golpe la ruptura del frente: es la batalla del Dobropolio. Ocho días más tarde el ejército búlgaro es cortado en dos y la caballería francesa, lanzada en la brecha, marcha hacia Uskub, nudo de comunicaciones del enemigo.

Entre el 26 y el 28 de septiembre la crisis militar se agudiza gravemente para los Imperios Centrales. El 26 empieza el gran ataque llevado por las tropas francesas y americanas en Champagne, así como entre Argonne y el Mosa; al mismo tiempo, el comandante en jefe del ejército búlgaro pide el armisticio. El 27, el ataque británico «hiera» en varios puntos la posición Sigfrido. El 28, la ofensiva aliada se extiende al frente de Flandes. El 29, se firma el armisticio búlgaro. ¿Qué medios encontrará Ludendorff para intentar detener la invasión que amenaza a Austria-Hungría en su frontera meridional, cuando en el frente de Francia las divisiones alemanas hacen frente a ofensivas convergentes? Sin duda sería posible trasladar de Ucrania las 20 divisiones que aún se encuentran allí, pero esto sería renunciar a tomar de allí los recursos alimenticios indispensables para el abastecimiento de Austria-Hungría y de Alemania. Y, por otra parte, en algunos días el ejército de Franchet d'Esperey puede alcanzar el Danubio: estos refuerzos llegarían, pues, demasiado tarde.

II. — Las peticiones de armisticio y de paz

Entonces se manifiestan las consecuencias de las derrotas militares.

El ministerio «Jóvenes Turcos», que en agosto de 1914 firmó la alianza de Turquía con Alemania, está en pleno desconcierto desde la noticia de la defección búlgara; espera ver el ejército de Franchet d'Esperey penetrar en Tracia oriental, marchar sobre Constantinopla y la flota francobritánica atacar los Dardanelos, mientras sólo dispone de 8 divisiones para resistir, pues sus tropas se encuentran en Siria o en los confines del Cáucaso. Está acorralado. El 7 de octubre dimite. El nuevo ministerio está dirigido por Izzet Bajá, adversario muy antiguo de la política de los Jóvenes Turcos. Sólo tiene un deseo: apresurarse a firmar un armisticio separado en la esperanza de que obtendrá, si hace defección, condiciones menos duras. El general británico Townshend, prisionero de guerra, es liberado el 18 de octubre para llevar esta demanda al comandante de la escuadra británica en el mar Egeo. El 31 de octubre, el armisticio de Mudros, negociado por los británicos, pone en manos de los aliados los principales puntos estratégicos del imperio otomano, incluyendo el Bósforo y los Dardanelos.

Después de haber proseguido una vana discusión con el gobierno alemán, el ministro austrohúngaro de Asuntos Exteriores, Burian, por medio de una nota hecha pública el 14 de septiembre, intentó, sin conseguirlo, entablar negociaciones. Quince días más tarde, el derrumbamiento de Bulgaria hace pesar sobre la Doble Monarquía la amenaza de una invasión. Las «minorías nacionales», a las que los aliados y asociados prometieron la independencia, ya no vacilan en tomar la dirección de movimientos separatistas. El emperador, sin medios, intenta evitar la dislocación de sus Estados concediendo a las nacionalidades, en Austria (pero no en Hungría, donde el presidente del Consejo rehúsa), un estatuto de autonomía. En una nota al presidente Wilson, pide que esta autonomía sea aceptada como «base de la paz». El gobierno de Estados Unidos responde que es demasiado tarde: las poblaciones de Austria-Hungría son las únicas que tienen el derecho en lo sucesivo para determinar la extensión de sus aspiraciones nacionales. Esta respuesta hace «saltar el chasis de la monarquía». Los checos, los eslavos del sur, los rumanos de Transilvania y los magiares mismos, proclaman o anuncian su independencia. «El imperio austrohúngaro ha muerto.»

Evidentemente, es el momento favorable para la ofensiva que el mando italiano prepara desde hace un mes. Este ataque, lanzado el 24 de octubre, choca con un ejército en pleno desorden: ¿por qué los eslavos o los rumanos debían sacrificarse para defender a un Estado del cual no querían

formar parte? El 28 de octubre se rompe el frente del Piave; la derrota se torna en ruina. El 29, el emperador Carlos solicita directamente del mando italiano el armisticio, mientras que los nuevos Estados independientes se constituían sobre las ruinas de la monarquía austrohúngara. ¿Cómo este gobierno, que incluso ni tiene ya la apariencia del poder, podía discutir las condiciones de la capitulación? Y él fue el que firmó el armisticio de Villa Giusti el 3 de noviembre: el ejército austrohúngaro queda disuelto y debe entregar la mitad de su material; los ejércitos aliados tienen el derecho de atravesar el territorio austríaco para atacar el sur de Alemania.

En Alemania, la petición de negociación fue enviada el 4 de octubre al presidente de Estados Unidos. La decisión fue tomada a instancias del alto mando. El 29 de septiembre, Hindenburg y Ludendorff habían declarado al emperador y al canciller que el ejército no podía ya continuar la lucha; insistieron para que el gobierno, después de un arreglo necesario (pues importa poner a su cabeza un hombre «nuevo» que no esté mezclado en las reivindicaciones anexionistas), solicite inmediatamente el armisticio y la paz: «Cada hora de retraso agrava el peligro». Durante 48 horas ambos generales enviaron al emperador ansiosos llamamientos: la ruptura del frente —decían— podría «sobrevener en cualquier instante»; el 3 de octubre repitieron por escrito al nuevo canciller, el príncipe Max de Baden, que era indispensable «terminar el combate». Es indiscutible, pues, que el alto mando tomó la decisión, y que la impuso al gobierno con una insistencia a veces vehemente.

Sin embargo, durante más de 3 semanas, el gobierno y los grandes jefes militares no se resignaron aún a aceptar las consecuencias lógicas de esta decisión, porque la moderación ejercida por los acontecimientos militares es un poco menos urgente (las tropas alemanas se batían en retirada por doquier, pero sin desorden), y también porque cuentan obtener de Estados Unidos alguna indulgencia. Pero la política americana corta esta esperanza. Después de mandar al gobierno alemán una primera nota bastante anodina, el presidente Wilson, en dos notas del 14 y del 23 de octubre, expresa sus puntos de vista de forma categórica: las condiciones del armisticio serán de tal forma, «que una reanudación de las hostilidades por parte de Alemania sea imposible, y las condiciones de paz sólo podrán negociarse con "representantes del pueblo alemán" y no con "aquellos que hasta ahora fueron los jefes"». Exige, pues, una capitulación militar y, al mismo tiempo, una transformación radical de las instituciones políticas.

¿Puede Alemania pensar en romper la negociación? Ludendorff, que tres semanas antes atravesó una crisis de pesimismo excesivo, ostenta ahora un optimismo sorprendente. El armisticio —declara el 25 de octubre al gobierno— debe ser tal, que el ejército alemán pueda, si llega el caso, reanudar las hostilidades: «la respuesta de Wilson pide la capitulación militar; ello es inaceptable para nosotros, soldados». Propone traer de Rusia y de Rumanía las 24 divisiones que aún están allí, y recuperar, además, 600.000 hombres, suprimiendo las prórrogas concedidas a los obreros de las industrias de guerra, es decir, condenando al ejército a vivir de sus reservas de material. Así la resistencia podría prolongarse durante algunos meses. ¿Y después? Los efectivos americanos, evaluados por el momento en 1.200.000 hombres, aumentarán en más de un millón en el curso del invierno. El desequilibrio de las fuerzas irá, por consiguiente, aumentando. Pero, afirma Ludendorff, «no se perderá nada, no puede haber nada peor». «Oh, sí —replica el canciller—, invadirán Alemania y devastarán el país». Por lo demás, el gobierno no piensa que el estado moral de la población permita hacer un llamamiento a la lucha a ultranza. El emperador, bajo el requerimiento expreso del canciller, pide la dimisión de Ludendorff. El 27, el gobierno acepta las condiciones impuestas por el presidente de Estados Unidos.

Sólo entonces es cuando el presidente Wilson consulta con sus «asociados». El acuerdo se establece sin demasiada dureza para las cláusulas militares: el ejército alemán deberá evacuar en 15 días no sólo los territorios belgas, luxemburgueses o franceses que aún ocupa, sino los territorios alemanes de la orilla izquierda del Rin, así como una zona de 10 km de anchura en la orilla derecha; además entregará, 5.000 cañones y 25.000 ametralladoras. La flota entregará 26 grandes navíos de combate y todos sus submarinos. El bloqueo se mantendrá hasta la firma de la paz, salvo «en la medida reconocida como necesaria» por los Aliados y asociados. El interés que podría haber para rehusar el armisticio, invadir el territorio alemán y proseguir las hostilidades hasta el aplastamiento total del enemigo, no se toma en consideración. Desde el momento en que Alemania está «a merced» de los vencedores, ¿por qué continuar batiéndose? «No tenemos derecho —dijo más tarde Clemenceau— a exponer la vida de un solo hombre en una cuestión militar ya resuelta.» Y Foch, en este punto, está de acuerdo con el presidente del Consejo.

Las cláusulas políticas dan lugar a discusiones más vivas, pues el presidente Wilson quiere tomar como base de la negociación con Alemania sus «Catorce Puntos», a los que Clemenceau, Lloyd George y Sonnino querían evitar adherirse completamente. Para empujar a los «asociados» a inclinarse, el coronel House, representante personal de Wilson en París, deja entrever que Estados Unidos, en caso de rechazo, podría firmar con Alemania una paz separada. Estas discusiones dejan presagiar los desacuerdos que aparecieron durante la Conferencia de la Paz.

Alemania ya no se halla en estado de aprovecharse de estas divergencias de puntos de vista. En el frente, el ejército está bajo la amenaza de una ofensiva aliada inminente, en Lorena. En Baviera, la frontera está abierta a la invasión desde la derrota de Austria-Hungría. En la flota de guerra, el 3 de noviembre, cuando reciben la orden de prepararse para una «salida» en el mar del Norte, las dotaciones se amotinan. El día 8 este movimiento revolucionario comienza a extenderse por algunas ciudades; el 9 llega a Berlín, donde se proclama la República. El emperador huye del Gran Cuartel General y pasa a los Países Bajos. El día 7, la delegación alemana que ha ido a pedir a Foch las condiciones del armisticio recibe del nuevo gobierno la orden de firmar, incluso en el caso de que no pueda obtener ningún atenuante. El 11 de noviembre a las cinco, en Rethondes, se capitula.

Han transcurrido cinco semanas entre la petición de armisticio (4 de octubre) y esta capitulación. ¿Por qué ha terminado hundiéndose la resistencia alemana?

Las condiciones económicas sólo han representado un papel secundario. Sin duda los efectos del bloqueo habían contribuido a trastornar la moral de la población; pero en ningún momento tal escasez fue invocada en las deliberaciones gubernamentales como un motivo para poner fin a la guerra.

Fueron más importantes las circunstancias de la política interior. Pero la resistencia del ejército de ningún modo quedó paralizada por los trastornos revolucionarios; de hecho, estos no comenzaron a extenderse hasta el 8 de noviembre y, en ese momento, la comisión alemana para el armisticio estaba ya en Rethondes.

Las causas militares, y sólo ellas, fueron las determinantes. El alto mando temía la ruptura del frente de un día a otro. La firma del armisticio corroboró la derrota, pero permitió evitar el completo desastre.



CONCLUSIÓN

Austria-Hungría dejó de existir en noviembre de 1918. Alemania, Bulgaria y Turquía, firmando los armisticios, suscribieron cláusulas militares que las dejaban sin posibilidad de reemprender la lucha. En el reglamento de la paz sólo cuenta prácticamente la voluntad de los vencedores. Pero entre estos vencedores la solidaridad del combate terminó y las divergencias de los puntos de vista, al igual que las oposiciones de intereses, se manifestaron netamente, a veces ásperamente. Sería imposible, en el marco de este libro, dar una historia, incluso muy resumida, de los debates diplomáticos en el curso de los cuales la Conferencia de la Paz elaboró los tratados. Lo que importa indicar son los resultados generales de la guerra y del reglamento de la paz para Europa y para el mundo.

Europa está jadeante. Las pérdidas en vidas humanas debidas a la guerra alcanzaron alrededor de 8.500.000 hombres, pertenecientes casi todos a la población activa: Rusia, Alemania, y Francia sobre todo, que perdió el 20 % de su población activa, fueron los Estados castigados más duramente. En la vida económica, el rasgo dominante fue una crisis de subproducción: agotamiento de las reservas de materias primas, falta de abonos químicos, desgaste o destrucción del equipo mecánico, desorganización de los transportes y escasez de mano de obra. Sin embargo, más que estas consecuencias demográficas y económicas de la guerra, lo que es necesario observar es la transformación del mapa político del continente.

De los tres grandes imperios que existían en 1914 en el continente, uno desapareció y los dos restantes perdieron una parte importante de sus territorios. Alemania cedió Alsacia-Lorena, las provincias prusianas de población polaca, Slesvig del Norte —cuya población era de lengua danesa— y los pequeños territorios de Eupen y Malmedy, reivindicados por Bélgica; Rusia abandonó sus territorios polacos y los países bálticos. En el dominio territorial que antes de la guerra fuera de estos tres imperios, intentan sobrevivir 9 nuevos Estados¹. Este desmenuzamiento, cuyo rasgo esencial fue la balcanización de la Europa danubiana, se basó en el principio de las nacionalidades y en el derecho de «libre disposición de los pueblos» adoptados por el presidente Wilson en sus «Catorce Puntos». Antes de 1914, la masa global de las poblaciones que en Europa protestaban contra su subordinación a un dominio extranjero, era del orden de 60 millones, o sea, una quinta parte de la población total; en 1919-20 quedó reducida a alrededor de 30 millones. Pero en los jóvenes Estados el nacionalismo es exasperado, agresivo. Las regiones donde cohabitan, en una mezcla a menudo inextricable, poblaciones diferentes por su lengua, su religión y sus tradiciones, ofrecen ocasiones favorables a este choque de los nacionalismos rivales: el litoral septentrional y oriental del Adriático, Macedonia, los límites de Polonia y los de Rumania, las zonas de contacto entre Rusia y los nuevos Estados formados en el territorio del antiguo imperio de los zares en 1919-20, son los puntos sensibles en este desencadenamiento de convulsiones.

Allende estas dificultades, que ponen a ruda prueba los principios wilsonianos² y reservan al arbitraje de los vencedores unos penosos momentos, el porvenir del estatuto territorial establecido por los tratados depende en gran medida del comportamiento de Alemania y de Rusia.

Alemania, a pesar de su derrota militar, de las pérdidas de territorios y de los movimientos insurreccionales que ha sufrido, salvaguarda su unidad. Perdió 1.800.000 hombres y se encuentra, a consecuencia del bloqueo, en un estado de escasez económica, pero no ha sufrido ninguna invasión (salvo en Prusia oriental, durante el primer mes de la guerra) y ha escapado pues, casi enteramente, de las destrucciones: su utillaje industrial está intacto. Ahora bien, el Tratado de Versalles, que le ha arrebatado territorios en nombre del derecho de las nacionalidades, le ha negado la aplicación de este mismo derecho cuando le debía beneficiar, es decir, en el caso de los alemanes de Austria y de

¹ Polonia, Finlandia, Estonia, Letonia, Lituania, Checoslovaquia, Yugoslavia, la República de Austria, y Hungría.

² Ver pág. 98.

los alemanes de los Sudetes. El mismo Tratado ha establecido la obligación de reparar «los daños sufridos por los gobiernos aliados y sus ciudadanos a consecuencia de la guerra que les fue impuesta por la agresión de Alemania y de sus aliados»; el cumplimiento de esta deuda de reparaciones debe extenderse, por anualidades, durante medio siglo. Estas estipulaciones refuerzan en los alemanes la voluntad de liberarse de las cláusulas del Tratado. Desde fines de 1919, los medios políticos alemanes calculan que las divergencias entre los intereses de los vencedores les permitirán obtener una revisión progresiva del Tratado de Versalles.

Rusia está «ausente» del reglamento establecido por este Tratado. Desde el verano de 1918, las potencias Aliadas y asociadas llevaron, de hecho, una política de intervención en la guerra civil rusa³. No quisieron, sin embargo, llegar hasta una acción masiva, que sin duda habría provocado la caída del gobierno bolchevique en provecho de los rusos «blancos». «Si el elemento militar y reaccionario de la antigua Rusia vuelve a adquirir preponderancia, el peligro de un acercamiento entre Rusia y Alemania será grande», decía Lloyd George. En suma, los vencedores no consiguen definir una política en las relaciones con Rusia. Se limitan a mantenerla al margen y a establecer en sus límites un «cordón sanitario». Pues este gran Estado, que está poniendo en marcha las bases de un nuevo orden social y de una nueva doctrina de la organización de la producción, establece un régimen político fundado en la omnipotencia del Estado y en la subordinación total del individuo a este poder; y pone el Estado al servicio de una clase. Por su sola existencia, por su ejemplo, y también por la propaganda de la Tercera Internacional, creada en enero de 1919, Rusia soviética agrava en toda Europa la inestabilidad de las relaciones entre las clases sociales, al mismo tiempo que conmueve las ideas liberales y parlamentarias. ¿Cómo creer que no buscará, cuando haya recuperado sus fuerzas, reencontrar el acceso al mar Báltico y, sin duda, también reanudar la política de los zares a costa de Polonia?

Frente a estas inquietudes o amenazadoras perspectivas, Francia, Gran Bretaña e Italia tienen puntos de vista e intereses divergentes. Estos disentimientos entre los aliados de la víspera son una profunda causa de incertidumbre en la aplicación de la paz. ¿Es posible, para mantener el nuevo orden establecido por los tratados, que a falta de un entendimiento entre los vencedores se pueda contar con una nueva organización de las relaciones internacionales? La Sociedad de Naciones, cuyo pacto constitutivo ha sido establecido bajo la iniciativa del presidente Wilson, debe conceder una garantía a la integridad territorial y a la independencia de todos sus miembros. Teniendo en cuenta que ni Rusia ni Alemania son llamadas en 1919 para formar parte de la Sociedad, esta cláusula de garantía va en provecho de los Estados vencedores. Pero el Senado de Estados Unidos se niega a ratificar el pacto de la Sociedad de Naciones, al mismo tiempo que el Tratado de Versalles. Este repliegue de Estados Unidos hacia el aislacionismo es la esencial fuente de precariedad en la aplicación de la paz.

A escala mundial, los resultados esenciales de esta guerra son, por una parte, el declive de Europa occidental y central y, por otra, la «ascensión» de la potencia de Estados Unidos y de Japón.

Los Estados de Europa occidental y central —Gran Bretaña, Francia y Alemania principalmente— habían ocupado a fines del siglo XIX y a principios del siglo XX, un lugar aventajado en el desarrollo económico del mundo; habían impulsado la explotación de los recursos de los «países nuevos» con sus técnicas y con sus inversiones de capitales, al mismo tiempo que en Asia y en África habían establecido colonias o zonas de influencia. Este papel se ha visto acusadamente debilitado en el curso de los años de la guerra. Los exportadores europeos han perdido mercados porque la industria, absorbida por las necesidades militares, no ha podido suministrar los productos; las inversiones de capital han cesado.

En 1919, la crisis de subproducción y la crisis financiera no permiten emprender en breve plazo el esfuerzo de expansión económica y financiera. La influencia política está amenazada más directamente aún, pues los colonizados, cuando han visto a los colonizadores destrozándose, han entrevisto la esperanza de escapar del dominio de los europeos. Estas aspiraciones de independencia han sido alentadas tanto por la difusión de los principios wilsonianos de «libre disposición de los pueblos», como por la doctrina comunista; las ideologías americana y soviética, tan opuestas entre sí, tienen ahora un punto de convergencia, que es la condena del «colonialismo». De hecho, movimientos de resistencia al dominio de los Estados europeos se

³ Ver pág. 109.

han manifestado en 1919 en la India, Egipto, Unión Sudafricana, África del norte e Indias neerlandesas, al mismo tiempo que se desarrollaban movimientos dirigidos contra la influencia política de los «occidentales» en China y entre las poblaciones turcas y árabes del ex imperio otomano. Casi por doquier los europeos han permanecido dueños de la situación. Pero estos primeros intentos de «descolonización» señalan la entrada del mundo en una nueva etapa.

Mientras aparecen estos signos del declive de Europa, los dos grandes competidores que la expansión europea en el mundo había encontrado ya en los primeros años del siglo XX, están en pleno desarrollo.

Entre 1914 y 1918 Japón ha adquirido grandes ventajas políticas: en China ha obtenido, en mayo de 1915, amplios privilegios económicos y financieros, y ha ocupado la provincia de Chantung; en Siberia, toda la parte occidental se encuentra, desde 1918, bajo una ocupación interaliada, que es, de hecho, una ocupación japonesa; en el Pacífico, corren la misma suerte los archipiélagos alemanes situados al norte del ecuador. En Extremo Oriente se ha instalado, pues, una hegemonía nipona. En la mentalidad colectiva, se apoya en un vigoroso nacionalismo, y se beneficia de la crisis interior que sacude China, desde 1918 en guerra civil. Sin embargo, las bases económicas son frágiles.

Estados Unidos, en su papel de proveedor de los Estados beligerantes que ha representado durante dos años y medio, ha acrecentado a un ritmo rápido su producción industrial, cuadruplicando el tonelaje de su flota mercante y en 4 años ha obtenido en su balanza comercial un excedente igual al que había realizado entre 1787 y 1914. Poseedor de la mitad de las reservas mundiales de oro, ha prestado 10.000 millones de dólares a los Estados europeos y rescatado una gran parte de los títulos americanos que se encontraban en manos de capitalistas extranjeros. Finalmente, mientras que hasta 1914 fue siempre importador de capitales, se ha convertido en exportador, tomando ahora un sitio de primer orden en la vida financiera mundial.

¿Se resignarán a ello los grandes Estados industriales europeos? Tan pronto puedan reorganizar su vida económica se esforzarán por recuperar las posiciones que habían perdido en el comercio mundial. Sin embargo, no llegarán a recuperar el puesto que tuvieron antes de 1914. Su influencia política saldrá perjudicada con ello. Las iniciativas de Estados Unidos y el resplandor de Rusia comunista serán, en lo sucesivo, factores esenciales en la vida del mundo.



BIBLIOGRAFÍA SUMARIA

Las obras generales que tratan de todos los principales aspectos del conflicto son poco numerosas. Ver:

Crutwell, J., *A History of the Great War*, Oxford, 1934.

Erdmann, K. D., *Die Zeit der Weltkriege*, Stuttgart, 1959.

Halévy, E., *L'ère des tyrannies. Etudes sur le socialisme et la guerre*, París, 1938.

Renouvin, P., *La crise européenne et la première guerre mondiale (1904-1918)*, col. «Peuples et Civilisations», PUF, París, 1969.

SOBRE ASUNTOS MILITARES

Daille, Duffour, Hellot y Tournès, generales, *Histoire de la guerre mondiale*, 4 vols., Payot, París, 1934-36.

Gambiez, general, y Suire, coronel, *Histoire de la première guerre mondiale*, 2 vols., París, 1968.

Laurens, A., *Histoire de la guerre sous-marine allemande*, París, 1930.

Schwarte, M., *Der grosse Krieg*, resumen de una obra del mismo autor en 10 vols., Berlín, 1932.

SOBRE ASUNTOS DIPLOMÁTICOS

Fischer, F., *Griff nach der Weltmacht*, Dusseldorf, 1961.

Pingaud, A., *Histoire diplomatique de la France pendant la guerre*, 3 vols., París, 1938.

Potemkine, V., *Histoire de la diplomatie*, 3 vols., París, 1947.

Wheeler Bennett, J., *Brest-Litovsk: the forgotten Peace*, Londres, 1938.

SOBRE ASUNTOS ECONÓMICOS

Siney, M. C., *The Allied Blockade of Germany*, Ann Arbor, 1957.

SOBRE ASUNTOS SOCIALES

Kriegel, A., *Histoire du mouvement ouvrier français (1914-1920)*, 2 vols., París, 1964.

Van der Slice, A., *International Labor diplomacy and Peace*, Filadelfia, 1941.

SOBRE LA REVOLUCIÓN RUSA

Coquin, F. X., *La révolution russe*, col. «Que sais-je?», núm. 986, PUF, París.

Ferro, M., *La révolution de 1917. La chute du tsarisme et les origines d'octobre*, París, 1967.

Pares, B., *The Fall of the Russian Monarchy*, Nueva York, 1939.

Trotsky, L., *Istorii rouskii revoloutsii*, 2 vols., Berlín, 1933.

SOBRE LA ENTRADA EN GUERRA DE ESTADOS UNIDOS

Duroselle, J. B., *De Wilson à Roosevelt. La politique extérieure des Etats-Unis (1913-45)*, Colin, París, 1960.

Seymour, C., *American Diplomacy during the World War*, Baltimore, 1934.

Spencer, S. R., *Decision for War, 1917*, Rindge, 1953.

SOBRE LOS ARMISTICIOS

Renouvin, P., *L'armistice de Rethondes, 11 novembre 1918*, París, 1968.



ÍNDICE*

INTRODUCCIÓN	5
I. Las potencias europeas frente a frente	9
II. El fracaso del plan de guerra alemán (agosto-noviembre de 1914)	23
III. La guerra de posiciones (1915-16)	35
IV. La Europa beligerante a fines de 1916	51
V. El momento crucial de la guerra	65
VI. Las crisis de 1917	79
VII. La revolución bolchevique y la defección de Rusia.	91
VIII. El hundimiento de los Imperios Centrales	105
CONCLUSIÓN	117
BIBLIOGRAFÍA SUMARIA	124

* La paginación hace referencia al libro impreso [Nota del escaneador].